

CRÓNICAS  
DEL TEMPLO

Vol. 5

*La  
Magia  
del  
deseo*

∞

Noelia  
Amarillo



Lectulandia

Laura ha conseguido su propósito, ha destruido todas las defensas y murallas con las que se protegía Karol y le ha robado el corazón. Ahora Karol tiene que demostrarle que es el hombre adecuado para ella. Y mientras Karol está ocupado en trazar planes para convencer a su ladrona hasta qué punto es perfecto para ella, Tuomas se siente cada vez más perdido. Está abatido por los remordimientos y la mala conciencia. Necesita pagar por todo lo que hizo, por todos los pecados que cometió. Con Silvia encuentra la mejor manera de pagar: mediante la humillación y el sometimiento.

**Lectulandia**

Noelia Amarillo

# **La magia del deseo**

**Crónicas del Templo 5**

ePub r1.0

Titivillus 27.10.2018

Título original: *La magia del deseo*  
Noelia Amarillo, 2014

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

La magia del deseo

Karol

Laura

El cruel conjuro del miedo

El sombrío maleficio de la desesperación

El trepidante embrujo del amor

El traicionero encanto de la esperanza

El poderoso sortilegio del valor

El reconfortante ensalmo de la verdad

La sorprendente magia del amor

Karol

Tuomas

Nota de la autora

Notas

## Karol

Lunes, 21 de junio de 2010. 14:48 h

**P**OR fin sé dónde vive Laura.  
Y voy a ir a por ella.

Subo a la Torre y me visto deprisa. Los pantalones negros con largas tiras de tachuelas, el pañuelo que me regaló Laura atado al muslo, la camisa blanca con chorreras en el cuello y las mangas, y las botas con la puntera metálica. Me perfilo los ojos con kohl y luego corro la pintura con el dedo, tal y como me han enseñado a hacer Alba y Elke, para sombrear de negro los párpados. Escuchó el timbre del videoportero, pero lo ignoro, ya se ocuparán Zuper o Tuomas de contestar. Miró el último pintalabios que me han regalado mis amigas y me planteo la conveniencia de usarlo. No sé si a Laura le gustará besarme si tengo los labios pintados. Sonrío y me los pinto de rosa pálido. Yo haré que le guste. Por último, engomino mi brillante pelo azul hasta dejarlo de punta y bajo de nuevo al salón.

Tuomas me espera inmóvil en mitad de la estancia, pálido como un muerto.

—Tu padre está en la puerta —me dice señalando la pantalla del videoportero.

—Así que me ha encontrado —consigo decir antes de que un puño invisible atravesase mi pecho oprimiéndome los pulmones y el corazón.

Impidiéndome respirar.

Paralizándome.

¿Por qué hoy? ¿Por qué ahora? ¿No puede la diosa Fortuna mostrarme un poco de piedad? No pido mucho, solo una pizca de consideración. Acabo de encontrar a la mujer de mi vida... y mi padre me ha encontrado a mí. Claro que yo he permitido que me encontrara. Tuomas me avisó y yo en lugar de ocultarme o escapar, acepté mi destino. Pero eso fue antes de perder el miedo a amar. Antes de atreverme a amar a Laura. Ahora tengo mucho que perder. Acaricio con dedos trémulos el pañuelo que llevo atado en el muslo. Ella me lo regaló. Mi increíble ladrona. Y yo lo lavé, eliminando su olor. A veces me sorprendo de mi estupidez supina. Ojalá pudiera oler ahora su aroma. Inspiro lentamente. Tuomas me mira impávido. La furia y el miedo compitiendo en su cara, emanando de su cuerpo en una esencia punzante y ácida. Miro a mi alrededor buscando a Zuper, mi carismático y deslenguado asistente personal. No está. Imagino que sigue en la cocina, devorando la lasaña que Esmeralda, mi cocinera, ha hecho *ex profeso* para él. Lo prefiero así. No quiero que suelte su descarada lengua cuando mi padre comience a insultarme.

Sacudo la cabeza y yergo la espalda. Lo que tenga que ser, será.

—¿Ha venido solo? —pregunto mientras me recoloco las mangas de mi camisa de chorreras.

—¿Cuándo ha prescindido tu padre de sus guardaespaldas en las negociaciones? —responde Tuomas con hosquedad, señalando el automóvil de lujo que muestra la pantalla.

Cierto. Cuando Wlod quiere algo usa todos los medios a su alcance para conseguirlo. Y sus guardaespaldas son un admirable instrumento de coacción. Lo sé por experiencia. Hace tres años me impidieron escapar cuando me golpeó y casi me dejó ciego del ojo derecho. También imposibilitaron que Tuomas me ayudara.

Me sobresalto cuando vuelve a sonar el timbre del videoportero. En esta ocasión no se detiene, sino que sigue sonando. Sin parar. Amenazante. Vehemente. Premonitorio.

La paciencia jamás ha sido una de las cualidades de Wlod.

Que yo le ignore, haciéndole esperar en la puerta de mi casa, solo empeora las cosas.

—Eh, qué pasa, tíos, ¿estáis sordos? ¿Por qué no contestáis? —nos increpa Zuper entrando en el comedor para dirigirse al panel de la entrada—. Joder —silba admirado al aproximarse a la pantalla—. ¡Pedazo de coche! ¿Algún amigo tuyo, Tuomas? —inquire. No me pregunta a mí; sabe que yo no tengo, ni quiero, más amigos que los que él ya conoce.

—No. Es Wlod, el padre de Karol —contesta Tuomas, tan oportuno como siempre. ¿Por qué no puede tener la boca cerrada? No quiero que Zuper se inmiscuya en esto.

—¿Tu padre? Mierda. ¿Qué vamos a hacer?

—Regresa a la cocina, Zuper. Esto no te incumbe —le espeto malhumorado.

—Claro, jefe, ahora mismo —replica sentándose en un sillón a la vez que saca el móvil y teclea algo.

No es difícil entender su irónica respuesta.

Arqueo una ceja, reprimiendo las ganas de echarme a reír. Mi secretario y amigo, un delgado pelirrojo sin un solo músculo en el cuerpo, ha escogido el mejor asiento para la función, sin importarle correr el riesgo de convertirse en un maltrecho actor de esta estúpida comedia.

No es cuestión de defraudarle.

Me quito el pañuelo que me regaló Laura y lo dejo sobre la mesa, no quiero que el olor de mi padre se acerque siquiera a él. Voy al panel de la entrada y abro la cancela del muro sin molestarme en contestar. Luego camino con pasos medidos a la puerta y salgo a recibir al padre que tanto me desprecia y al que tanto me esforcé en complacer.

Me alejo de la casa adentrándome en el camino de baldosas amarillas que divide en dos el jardín de piedra. No quiero que Wlod entre en el Templo. No quiero que lo contamine con su presencia. No quiero en mi hogar el olor de mi padre.

Zuper y Tuomas me acompañan, colocándose uno a cada lado cuando me detengo.

Mis intrépidos protectores. Como si ellos pudieran impedir lo que va a suceder.

El Lincoln MKS se detiene frente a mí. El conductor y el copiloto abandonan el coche, unos tipos de casi dos metros de altura y con la envergadura de un oso. Me miran despectivos y yo les sonrío con sorna. Los conozco desde hace una década. Hace tres años fueron sus manos las que me sujetaron los brazos y me tiraron del pelo para levantarme la cabeza mientras mi padre me golpeaba.

Hay cosas que nunca cambian. Wlod sigue usando el miedo y la coacción contra mí.

Uno de los guardaespaldas abre la puerta trasera del Lincoln y mi padre se apea del coche. Su esencia llega hasta mí, haciéndome tambalear por los recuerdos que despierta. Huelo otra vez el penetrante olor de mi sangre en sus nudillos, el almizclado furor que desprende su sudor. Sacudo la cabeza para liberar mi memoria y centró mi lastimada mirada en él. Apenas ha cambiado en estos años. Su rostro alargado está decorado con más arrugas y su pelo canoso es más escaso, pero la dureza y frialdad de sus ojos y el rictus severo de su boca continúan inmutables mientras me recorre una despreciativa mirada.

—Mírate, vestido como un mendigo y maquillado como una puta; me das asco —dice en polaco—. Pareces un maricón. Quizá lo seas —sisea entre dientes, sus ojos saltando de Tuomas a Zuper antes de quedarse fijos en mí—. No importa, aún sirves para mi propósito. Sube al coche.

—Yo también estoy encantado de verte, Wlod —le contesto en español, hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón para que no pueda ver cómo me tiemblan—. Tal vez quieras explicarme por qué debería montarme en tu coche.

Tuomas, a mi lado, se cruza de brazos con belicosa soberbia mientras que Zuper, quizá entendiendo por fin en qué lío se ha metido, teclea algo con urgencia en el móvil. ¿Tal vez su testamento? Espero que no esté escribiendo a Alba, Elke, Sofía o Eberhard. Ninguno de mis amigos puede hacer nada por evitar lo que va a suceder. Avisarles solo puede traerles complicaciones y eso es lo último que quiero.

Wlod arquea una ceja al escucharme; una sonrisa peligrosa me acecha desde su cara.

—¿Explicaciones, Karol? —murmura divertido, en español y con un fuerte acento polaco. Sus guardaespaldas se miran entre sí, confundidos—. Por supuesto. Me sorprende que no te las haya dado Tuomas, al fin y al cabo me ocupé de que se enterara de mis planes para que viniera a avisarte y así poder encontrarte —explica divertido. Tuomas se tambalea al escucharle—. Quiero tu esperma. Considéralo un regalo retrasado de Papá Noel; por fin vas a conseguir el hermanito que tanto me pediste —dice con voz suave, casi cariñosa antes de retomar de nuevo su tono airado—. *Wsiadaj do samochodu!*

—No —rechazo con firmeza su orden de entrar en el coche—. Si no quieres nada más, puedes irte. No eres bienvenido en mi casa.



Mi padre me mira sorprendido. No está acostumbrado a que rechace sus órdenes, menos aún a que me muestre desagradable. Un instante después, las aletas de su nariz comienzan a agitarse y sus labios tiemblan incontenibles en una mueca feroz que me ha asustado desde que tengo recuerdos. Sus guardaespaldas esbozan sonrisas peligrosas, no han entendido una palabra de lo que he dicho, pero saben interpretar el lenguaje corporal de su jefe, y Wlod está furioso. Mucho. Conmigo. Tuomas los sonrío beligerante a la vez que se frota los puños en la camisa de seda. Por lo visto no tiene suficiente con un ojo morado y el labio partido; ahora quiere que le hagan una cara nueva. Y Zuper, fiel a su carácter, en vez de estar asustado y pensando en huir, sigue trasteando con el móvil.

Inspiró despacio, intentando normalizar los agitados latidos de mi corazón. Wlod está al límite de su escasa paciencia. Puedo oler su rabia. Puedo verla en su mirada, su repulsa choca contra mí en oleadas de desprecio que hace tres años me hubieran hecho arrepentirme y plegarme a sus deseos. Hoy no. Nunca más. Y él lo sabe. Lo lee en mis ojos bicolors cuando no los aparto de los suyos, enfrentándome a él por segunda vez en mi vida.

Esboza una sonrisa orgullosa.

Y yo me siento tentado de mirar por encima de mi hombro para comprobar si hay alguien detrás de mí a quien le esté dedicando esa sonrisa.

¿Orgullo? ¿Wlod? ¿Dirigido a mí? ¡Imposible!

Deja escapar una insidiosa risotada al ver mi gesto atónito y luego ladra una orden a sus guardaespaldas; estos le arrancan el móvil de las manos a Zuper.

—¡Eh, tíos! Eso es mío —se queja, intentando recuperarlo.

El gorila de mi padre se limita a darle un empujón que le tira al suelo.

Tuomas se coloca frente al pelirrojo, protegiéndole con su cuerpo y, con más valor que talento, le devuelve el empujón al matón.

Yo me interpongo entre ambos en el mismo momento en el que el guardaespaldas levanta el puño para demostrar a Tuomas lo que sucede cuando alguien se mete donde no le llaman. Lógicamente, su atención, y sus manos, se centran en mí.

A veces soy de lo más oportuno.

—*Na razie wystarczy!*<sup>[1]</sup> —grito, a pesar de que el gorila me aferra por el cuello de la camisa, robándome la respiración.

Mi padre me mira pensativo y curva los labios antes de ordenarle que me suelte y vigile a Tuomas y Zuper.

Maldigo en silencio al darme cuenta de que acabo de demostrarle que mi punto débil sigue siendo el mismo de siempre: mis amigos.

—¿A quién escribes con tanta urgencia? —le pregunta Wlod a Zuper con suavidad viperina a la vez que busca en el móvil los últimos mensajes que ha enviado. Frunce el ceño mientras lee y luego una autentica carcajada escapa de su garganta—. Imagino que, o bien tienes un rabo muy grande o bien un culo muy estrecho; no encuentro otro motivo para que mi hijo te mantenga a su lado. Eres

tonto. Eres débil. Eres feo. Y encima, eres pelirrojo —le espeta con desprecio antes de encararse a mí—. ¿No podías haber buscado a alguien un poco más inteligente? Nunca has sabido elegir a tus amigos —masculla con inquina, fijando la mirada en Tuomas antes de tirarme el móvil.

Lo tomo al vuelo y miro los mensajes. Todos los correos que ha mandado Zuper tienen un único destinatario: yo. Y son del todo incomprensibles para alguien que no haya vivido en España y por ende no haya aprendido los giros y frases hechas del español. Arqueo una ceja, confundido, y miro a mi amigo. Él me responde con una ufana sonrisa. ¿Qué demonios se propone?

—Monta en el coche, Karol —me ordena Wlod. Niego con la cabeza—. No tienes otra opción, no lo hagas más difícil.

# Laura

*Lunes, 21 de junio de 2010. 14:53 h*

—¿C UÁNTO crees que tardará mi ratoncito en encontrarnos? —le comento a *Pixie* mientras implemento los algoritmos de encriptación para el protocolo de la capa superior del canal de comunicaciones de uno de los clientes de TGSystem—. Imagino que ya habrá puesto a Zuper a trabajar en nosotros. Tal vez esta tarde recibamos visita —digo esperanzada antes de arrugar la nariz y echarme a reír a carcajada limpia.

No me reconozco a mí misma.

Parezco una adolescente con las hormonas disparadas en vez de una ladrona mala malísima. Incluso me estoy planteando darle alguna pista al pelirrojo para que pueda encontrarme antes y que así mi ratoncito travieso venga a buscarme. ¡Qué ganas tengo de verlo! ¡Y de follarlo! Y eso que solo han pasado tres días desde que lo hicimos por primera y última vez. Es lo que tiene el amor, te funde las neuronas...

—¡Y te hace ir más lento en el trabajo! —gruño, obligándome a dejar de pensar en mi rey para seguir tecleando algoritmos.

Me detengo esbozando una enorme sonrisa cuando en mi móvil personal comienza a sonar Tubular Bells, pues esa música significa que Karol ha recibido un correo a la dirección que le tengo craqueada. ¡Me está desafiando! Estoy segura. Le advertí de que los leía. Y él no solo no se ha dado de baja, sino que sigue enviando y recibiendo. Pobre. No sabe con quién se la está jugando. Me lamo los labios con morbosa perversidad, lo voy a poner tan cachondo que no va a poder ni andar...

Cierro el programa que estoy utilizando, bloqueo todos los accesos al protocolo y dejo en espera la base de datos de TGSystem mientras el teléfono sigue avisándome de más mensajes. Vaya. Parece que mi ratoncito se aburre, porque no para de sonar. Tomo el móvil y, muerta de curiosidad, entro en su correo.

Abro los ojos como platos al ver el primer mensaje. Los entorno preocupada al leer el segundo y aprieto los dientes con el tercero y el cuarto mientras mis dedos se mueven a toda velocidad sobre el teclado del ordenador.

21 junio 2010 15:01

**De:** Zupermanchorizoconpan

**Para:** Karol

**Asunto:** Wlod está en el Templo

\* \* \*

21 junio 2010 15:03

**De:** Zupermanchorizoconpan

**Para:** Karol

**Asunto:** T, K y yo salimos a encontrarnos con él

\* \* \*

21 junio 2010 15:04

**De:** Zupermanchorizoconpan

**Para:** Karol

**Asunto:** Y con dos tipos que parecen casas y tienen cara de matones.  
Joder qué cague.

\* \* \*

21 junio 2010 15:07

**De:** Zupermanchorizoconpan

**Para:** Karol

**Asunto:** El viejo de K tiene muy mala baba.

Desbloqueo el acceso a la base de datos de TGSystem y busco la entrada al protocolo de Karol. El móvil vuelve a sonar. Echo un vistazo. No puedo controlar mi rabia, me palpita un músculo de la mejilla y enseño los dientes en una mueca feroz.

21 junio 2010 15:08

**De:** Zupermanchorizoconpan

**Para:** Karol

**Asunto:** Quiere que el ratoncito suba al carro.  
El roedor dice que *nastin de plastic*. W dice quiere sus soldaditos ya.  
K dice cuando ranas críen pelo. Ni te imaginas la cara de mala hostia que se le ha puesto al carcamal.

Hijo de puta.

Muevo los dedos a velocidad de vértigo y me cuelo en el sistema de seguridad del Templo. Yo lo diseñé para mi empresa, ergo dejé una puerta trasera abierta solo para mí. Ahora estoy dentro.

¡Es la hora de las tortas!<sup>[2]</sup>

21 junio 2010 15:10

**De:** Zupermanchorizoconpan

**Para:** Karol

**Asunto:** El vejestorio echa humo por las orejas.

Se va armar la de Dios es Cristo. Nos vendría bien que nos echaras un cable.

Abro una ventana de reproducción en el monitor y cambio la trayectoria de las cámaras del videoportero, orientándolas hacia el camino de baldosas amarillas. Los veo. Enfoco el *zoom* y las pongo a grabar. Tuomas, Karol y Zuper están frente a un coche que parece muy caro, discutiendo con un viejo y dos hombres enormes. Zuper no exagera, los matones son tan grandes como jodidos gorilas, y parecen gozar de la misma inteligencia que estos.

Entorno los ojos al escuchar la música de *El exorcista*, el pelirrojo acaba de mandarme otro mensaje.

21 junio 2010 15:13

**De:** Zupermanchorizoconpan

**Para:** Karol

**Asunto:** Eooo, una ayudita porfaplease.

Como los gorilas se pongan a repartir galletas nos hacen papilla.

Observo el monitor tras leer el mensaje, Zuper tiene razón, parece que la tensión está a punto de explotar. Vuelvo a centrarme en el teclado y cambio los parámetros de seguridad del control de acceso. Da igual que Karol haya quitado la alarma para poder tener las ventanas abiertas, yo he vuelto a activarla... y las ventanas abiertas significan una grave grieta en la seguridad. También cancelo la orden de avisar al dueño de la casa antes de actuar. Se pone en marcha el protocolo. Ahora solo queda esperar.

Un movimiento me llama la atención, miro la ventana de reproducción de las cámaras de vigilancia. Zuper está tirado en el suelo y un gorila tiene a Karol agarrado por el cuello de la camisa mientras otro se encara a Tuomas.

Joder.

Subo el nivel de alerta y modifico los parámetros mínimos del sensor de la alarma antiincendios. Ahora, si la temperatura sube por encima de 15 °C el sensor considerará que hay un incendio. Y estamos en pleno verano.

## El cruel conjuro del miedo

—**M**ONTA en el coche, Karol —le exigió Wlod. Karol negó con la cabeza—. No tienes otra opción, no lo hagas más difícil.

—No voy a contribuir a que hagas desgraciado a otro niño —aseveró Karol, enfrentándose a su padre con un valor que desconocía poseer.

—Eres tan estúpido como tu madre —siseó Wlod antes de ladrar una orden en polaco y meterse en el coche.

Y, en ese momento, se desató el caos.

El móvil de Karol sonó insistente, pero no pudo cogerlo porque el matón que instantes antes había estado a punto de asfixiarle estaba volviendo a intentarlo. Algo que casi agradecía, pues al impedirle respirar, el olor a rabia y decepción de Wlod se diluía. También el de los matones, que, vestidos con traje negro al más puro Hollywood, sudaban copiosamente. Arrugó la nariz con asco. ¡Ojalá pudiera librarse de ese hedor!

Mientras tanto, Tuomas, entendiendo el significado de la orden de Wlod, no perdió el tiempo y proyectó un buen rodillazo a las joyas de la familia del guardaespaldas que le vigilaba, quien a su vez le estaba lanzando un puñetazo. La rodilla impactó en los testículos del gorila un instante después de que el puño de este colisionara contra el ojo que Tuomas no tenía morado.

Zuper por su parte, aunque no había entendido ni una sola palabra, había interpretado a la perfección el sentido de la frase del viejo, y, como el chico listo que era, se había levantado del suelo de un salto para correr hacia el lateral del coche en el que no había guardaespaldas y por ende no volaban los puñetazos ni las patadas.

Tuomas sacudió la cabeza para despejarse del golpe y acto seguido propinó una patada al hombre que se retorció en el suelo aferrado a sus maltrechos testículos. Luego se dirigió hacia Karol, no sin antes echar una mirada de desprecio al cobarde pelirrojo.

Karol jadeó aliviado al comprobar que Zuper había tenido la prudencia de abandonar la zona de guerra e, ignorando el móvil que no paraba de sonar y la fetidez que le estaba revolviendo el estómago, intentó defenderse de su agresor. Incluso llegó a atizarle un par de puñetazos. En respuesta, el matón le agarró del pelo y le estrelló la cara contra el capó del coche, enseñándole con vehemente pasión la mejor manera de aturdir al oponente de un solo golpe. Iba a continuar enseñandoselo cuando Tuomas se lanzó contra él, por lo que dejó a Karol incrustado en la chapa y se giró para ocuparse del que tenía los dos ojos morados.

Wlod arrugó disgustado la nariz cuando, desde el asiento trasero del coche, vio a su guardaespaldas abollar el capó con la cara de su hijo. Les había dicho mil veces que tuvieran cuidado con el MKS, ¿acaso no tenían puños, que tenían que destrozarse

su precioso Lincoln? Gruñó enfadado cuando Karol se despegó de la chapa dejando un charquito de sangre en ella. Le haría limpiarlo con la lengua.

Karol se tocó los dientes para comprobar que estuvieran todos mientras observaba aturdido al hombretón que le había golpeado, y que en ese mismo instante envolvía con los dedos la garganta de Tuomas, enseñándole la mejor manera de no respirar. Tomó una gran bocanada de aire, en solidaridad con su amigo, y se lanzó contra la espalda del gorila, pasándole los brazos por el cuello para demostrarle que él también sabía asfixiar a la gente.

Y, de repente, se hizo la luz. No porque fuera de noche, que no lo era. Ni porque hiciera falta, que no la hacía; el sol lucía con aterradora fuerza en el cielo despejado. Simplemente se encendieron todas las luces de la casa. También las del jardín. Y las que iluminaban el muro y que jamás en la vida habían lucido. Y lo hicieron todas a la vez. De golpe. Como por arte de magia. Y también empezaron a sonar todos los teléfonos del interior del Templo. Quizá para hacer compañía al móvil que vibraba frenético en los pantalones de Karol.

Ninguno de los hombres que peleaban junto al coche se percató de un hecho tan asombroso.

El gorila de los huevos espachurrados consiguió reponerse, se levantó renqueante y, con los ojos enrojecidos por las lágrimas vertidas —una patada en los huevos siempre hace llorar un poco, da igual lo duro que seas—, se encaró a un casi estrangulado Tuomas, quien en ese momento recuperaba el aliento mientras Karol era zarandeado por el gorila de los huevos intactos.

Wlod, la única persona que en medio del caos reinante se había percatado del repentino estallido de luz, estrechó los ojos irritado. Había algo en el hecho de que todas las luces y todos los teléfonos se hubieran puesto en marcha a la vez que no le gustaba nada. Bajó la ventanilla para ordenar a sus hombres que se dieran prisa en reducir a Karol.

Y, de repente, se abrió la puerta del conductor.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —exclamó Wlod al ver que el estúpido pelirrojo se sentaba tras el volante. ¡Sin que sus guardaespaldas se percataran de la intrusión! ¡Inútiles!

—Siento llevarle la contraria, abuelo, pero creo que se ha equivocado en casi todas sus apreciaciones. No soy tonto. No soy débil. No soy feo. Sí soy pelirrojo. Y sí, según mis dos novias, tengo un rabo impresionante —dijo Zuper, abrochándose el cinturón de seguridad. Pulsó el botón de arranque del salpicadero y el motor del coche emitió un fuerte rugido—. ¿Este cacharro no tiene marchas? —siseó, buscando la caja de cambios. Sonrió al ver una palanca. Tiró de ella y pisó el acelerador hasta el fondo—. Oh. Joder.

Tuomas, Karol y los dos guardaespaldas detuvieron su pelea al escuchar el fragor del motor. Acto seguido el moderno, carísimo e inmaculado Lincoln salió despedido

hacia atrás, realizando un espectacular giro que le llevó a invadir el pétreo jardín e impactar contra uno de los menhires.

—Espero que lo tenga asegurado —musitó Tuomas, observando el coche.

La carrocería del Lincoln era una maravilla, dura como ella sola. Pero el menhir era enorme. De granito. Y se hundía dos metros en el suelo para que nada pudiera tumbarlo; ni siquiera un MKS conducido por un pelirrojo que no sabía nada de marchas automáticas.

Zuper se bajó del coche algo aturdido. Miró a sus amigos y, esbozando una satisfecha sonrisa, se frotó la nuca.

—Una retirada a tiempo es una victoria —afirmó caminando tambaleante hacia Karol y Tuomas mientras los dos guardaespaldas corrían hacia el Lincoln para rescatar a un aturdido y malhumorado Wlod quien, en cuanto pisó el suelo y comprobó que no estaba herido, comenzó a ladrar órdenes en polaco.

—Sal corriendo hacia la casa y enciérrate, Zuper —le dijo Karol, colocándose, al igual que Tuomas, delante de él cuando escuchó a Wlod.

—¿Por qué? ¿Va a matarme por abollarle una pizca de nada el coche? Tampoco le he hecho tanto —musitó Zuper asomando la cabeza entre los hombros de los polacos—. Oh, vaya.

Sí le había hecho *tanto*. Bastante de hecho.

—Van a romperte todos los dientes, y también los dedos de las manos, y los de los pies, y las piernas, y los brazos —siseó Wlod furioso mientras sus matones sonreían haciendo crujir los nudillos.

—¿Y van a tardar mucho? —inquirió Zuper con total tranquilidad por encima del estruendo del móvil de Karol—. Lo digo porque la policía está a punto de llegar y no me gustaría que metieran en la cárcel al padre de mi mejor amigo por unos huesecitos rotos de nada —comentó encogiéndose de hombros antes de dirigirse a un atónito Karol—. Contesta el móvil, jefe, me está volviendo loco.

Karol sacó el teléfono del bolsillo, percatándose al fin de las sirenas que se oían en la distancia. No fue el único. Wlod y sus esbirros giraron sobre sus talones para mirar más allá de las puertas del muro.

—¿Un incendio? Eh... no —balbució Karol en ese momento, respondiendo al fin la llamada del teléfono.

—Trae, tío, que no te enteras —dijo Zuper quitándole el teléfono.

Y, bajo la atónita mirada de los cinco polacos, le explicó al oficial de policía que sí era necesaria la intervención de los bomberos, pues habían tenido un pequeño percance y un Lincoln se había empotrado contra un menhir. Esto tuvo que repetirlo un par de veces. Por lo visto el pobre policía no estaba acostumbrado a que hubiera menhires ni coches de lujo en esa zona casi deshabitada. Estaba a punto de decirle al oficial que no había habido ningún robo en la casa, cuando un camión de bomberos y un furgón de la policía se detuvieron frente a las puertas del muro.



—No se preocupe, señor, ya lo aclaro todo con los agentes —dijo Zuper cortando la llamada. A continuación, leyó un breve mensaje de texto en el móvil de Karol y, tras esbozar una diabólica sonrisa, se encaró al padre de su amigo—. ¿Ve las cámaras que hay en el muro? ¿Y esas otras, las que están sobre la puerta de la casa? Como verá, están orientadas hacia aquí. Toda la escenita está grabada —comentó encogiéndose de hombros a la vez que se dirigía a la cancela—. Voy a abrir a la *poli*, no es de buena educación dejarles fuera, menos aún con la historia tan interesante que tenemos para contar.

—Zuper... —le llamó Karol.

—*Tranqui*, tío, no abriré la boca, eso te lo dejo a ti y a tu labia. Tienes cinco minutos para inventarte una historia creíble —aseveró Zuper caminando con rodillas temblorosas. ¡No había pasado más miedo en su vida!

Karol tuvo el tiempo justo de limpiarse la sangre de la nariz con la manga de la camisa antes de que Zuper, acompañado de dos policías, llegara hasta él. Los oficiales observaron con el ceño fruncido a los gorilas y al viejo, los tres vestidos con caros trajes, las camisas perfectamente remetidas en los pantalones y las caras intactas en contraposición con los ojos morados, el labio partido y las marcas en el cuello de Tuomas, y al pómulo que comenzaba a hinchársele a Karol y la sangre que continuaba brotando de su nariz. Se giraron lentamente y observaron el Lincoln empotrado en el menhir.

—¿Alguien nos puede explicar qué ha pasado aquí? —exigió uno de los policías.

Y Karol se apresuró a inventar la historia más disparatada de todas las que alguna vez había inventado. Los agentes, por supuesto, no creyeron ni una palabra. Pero, tras confirmar que tanto el coche como la finca pertenecían a los implicados y, como nadie interpuso denuncia contra nadie, más bien al contrario, todos estaban de acuerdo en la versión de los hechos relatada por el tío del pelo azul y, como los gastos derivados de la intervención de los bomberos para desempotrar el coche fueron asumidos por el dueño de la finca, decidieron que no había motivos para detener a unos ricos pasados de coca que se habían dedicado a hacer el loco con un coche de su propiedad en una finca también de su propiedad. Eso sí, todos recibieron una buena bronca. Al fin y al cabo se lo merecían.

Poco menos de dos horas después el furgón de la policía abandonaba por fin la finca, seguido del camión de bomberos y de la grúa que remolcaba el abollado Lincoln MKS.

Karol observó malhumorado el menhir al que ahora adornaba una gruesa línea discontinua de esquirlas, producto del choque. Luego su mirada se dirigió a las huellas de ruedas que rompían las espirales y círculos de colores que formaban las piedras, el Lincoln no era el único vehículo que se había colado en el jardín, destrozándolo; también el camión de los bomberos y la grúa. Silvia y Benito tendrían mucho trabajo al día siguiente.

Maldijo entre dientes, furioso. Había dejado a Wlod entrar en su paraíso, y él lo había destruido, como hacía con todo lo que tocaba. Negó con la cabeza, no iba a permitirlo. Se acercó al elegante BMW que llevaba algo más de un cuarto de hora parado sobre el sendero de baldosas amarillas. Wlod estaba junto a él. Echando humo por las orejas, literalmente. La empresa de alquiler de coches no tenía otro vehículo disponible, excepto ese, que por supuesto, no cumplía los requisitos de sobriedad, lujo y prestaciones que su padre reclamaba. Pero claro, con tan poco tiempo de antelación había sido complicado conseguir un Mercedes clase S, o un Lincoln, que era lo que Wlod necesitaba para sentirse el rey del mundo. Por tanto, el sufrido conductor del BMW estaba soportando una de las mayores broncas de su vida. Sin merecerlo.

Karol sabía cómo se sentía. Él había sufrido cientos de esas broncas. Impotencia. Frustración. Rabia. Solo que el conductor no tenía que luchar por ganarse el afecto de su padre, mientras que él sí había intentado conquistar su respeto y su cariño.

Pero eso era antes. Ya no. Había asumido que jamás obtendría de Wlod otra cosa que desprecio, y con eso le valía. Tampoco era que necesitara más. No ahora que contaba con amigos de verdad. De los que no se compran.

Harto del olor a sangre y sudor que le rodeaba y emanaba de él, buscó en el bolsillo del pantalón el pañuelo impregnado en la esencia de Laura para llevárselo a la cara. Cesó en su empeño al recordar que había sido tan estúpido de lavarlo. Sacudió la cabeza disgustado, deteniéndose a pocos pasos de su padre. No sabía exactamente para qué se había acercado. Le era indiferente si Wlod montaba en cólera por el maldito coche; su trabajo ya no consistía en calmarle o conseguirle cualquier cosa o información que se le antojara. Y tampoco necesitaba complacerle para obtener un cariño y un respeto que, francamente, le importaban un pimiento. Que Wlod y sus secuaces hicieran lo que les diera la gana, pensó girando sobre los talones para dirigirse a la casa. Iba a subir a la torre y tumbarse en la cama para sentir el olor de Laura, impregnado en las sábanas que esa misma mañana se había negado a entregar a Esmeralda para que lavara.

—¿Adónde vas? —le reclamó Wlod en polaco—. No creas que tú y yo hemos terminado de hablar.

—Tú y yo jamás hemos hablado, difícilmente podemos acabar algo que nunca hemos empezado —replicó Karol, dándose la vuelta para mirarle.

Wlod arqueó una ceja, sorprendido. Su hijo volvía a plantarle cara. A pesar de la paliza que había recibido, seguía mostrándose desafiante.

—Tal vez no he sido lo suficientemente claro en mis deseos. ¿Quieres que les diga a mis guardaespaldas que te lo expliquen mejor? No siempre vas a tener tanta suerte como hoy —amenazó.

—Oh, no. Has expuesto tus deseos con una claridad diáfana. Quizás he sido yo quien tal vez no se ha explicado bien. ¿Recuerdas aquel turbio asunto con varios parlamentarios del Sejm<sup>[3]</sup> que jamás se llegó a resolver? —siseó amenazante

aproximándose al anciano—. Yo tengo las claves para resolverlo. Y, ¿te acuerdas del escándalo aquel con el sindicato? Todavía me remuerde la conciencia, tal vez debería confesar mis pecados.

—¿Me estás amenazando? —le espetó Wlod clavando sus ojos azules en él.

—No. Te estoy advirtiendo. Déjame tranquilo, a mí y a mi gente. He pasado más de una década manejando todos tus asuntos sucios y tengo un montón de datos recopilados que no te interesa que salgan a la luz. Y saldrán si me obligas a ello. No me detendré ante nada. Y, por si te planteas deshacerte del problema, debes saber que si desaparezco, las personas a los que se los he confiado los sacaran a la luz —dijo, tirándose el farol más grande de su vida.

No tenía ninguna información guardada porque, cuando aún luchaba por el cariño de su padre, jamás se le había ocurrido guardar nada que pudiera perjudicarlo. Y después... Después estuvo demasiado entretenido abandonando el país y creándose una nueva vida como para pensar en recopilar una información que sabía que había sido borrada con exquisita pericia.

—¿Deshacerme del problema? ¿Crees que te mataría? —inquirió Wlod divertido. Y secretamente complacido. El mocosito se había convertido en un hombre en esos tres años. Lástima que vistiera como una puta. Y que fuera un maricón. Pero eso podía solucionarse.

—No. Claro que no lo harías, se lo ordenarías a otro. No tienes el valor necesario como para ocuparte tú mismo. Eres un cobarde, siempre lo has sido —aseveró dándose media vuelta, fingiendo una serenidad y un valor que estaba muy lejos de sentir.

—Has cambiado, hijo —murmuró Wlod con algo parecido al respeto en la voz—. Te han sentado bien estos tres años...

—Lárgate de mi casa —le espetó Karol, sin molestarse en mirarle.

Caminó hacia la casa con pasos medidos, luchando a cada instante contra la necesidad de echar a correr para llegar lo antes posible a su torre y encerrarse allí. Abrió la puerta con manos trémulas y, una vez protegido por los muros de su hogar, atravesó presuroso el salón para servirse un *zubrówka*<sup>[4]</sup>.

—El viejo cascarrabias acaba de salir de la finca —comentó Zuper tras él, alargando la mano para tomar un refresco de la nevera—. Sí que da miedo, tío. Tiene una mirada que...

—Ya hemos comprobado que te daba miedo —le interrumpió Tuomas antes de agarrar la botella de vodka y llevársela con él a uno de los sillones—. Casi no te ha dado tiempo a salir corriendo para esconderte detrás del coche —masculló tras dar un buen trago.

—Vamos, tío, no me he escaqueado, ha sido parte de una estrategia muy estudiada.

—Estrellar el coche contra un menhir, ¿una estrategia? —se burló Tuomas dando otro trago a la botella.

—Estaba ganando tiempo para que Laura mandara a la *poli* —replicó Zuper encogiéndose de hombros—. Además, reconócelo, mapache, si no es por mí os machacan.

—¿Mapache?

—Tienes los dos ojos morados, tío, pareces un mapache —apuntó Zuper sentándose en el sofá enfrentado al del polaco.

Tuomas se tocó los ojos con cuidado. Sí los tenía hinchados. Y probablemente morados. Y le dolían bastante. También los labios. Y el estómago, justo donde le había golpeado el matón antes de que Zuper estrellara el coche. Sonrió complacido. Había recibido la paliza que debería haber sufrido hacía tres años, en el jardín de la casa de Karol en Polonia.

—¿Te hace gracia? Joder, tío, estás muy mal —musitó Zuper mirando a Karol tras observar la extraña sonrisa de Tuomas.

Karol asintió en silencio. Sí. Tuomas estaba mal. Su actitud resultaba cada vez más autodestructiva, sin embargo, él no sabía qué hacer para sacarlo de ahí... y tampoco sabía si quería hacer algo.

—Fue un acierto que me mandaras esos correos electrónicos, Zuper —dijo, apartándose del tema.

—¿Cómo sabías que Laura leería los mensajes y mandaría a la *poli*? —inquirió Tuomas, intrigado. A él nunca se le hubiera ocurrido hacer eso.

—Era lo lógico. Todos sabemos que lee los correos de Karol, ella misma lo confesó. Y también fue ella quien insistió —y eso era un eufemismo— en que contratáramos a TGSystem para la seguridad de esta casa. Se coló en mi ordenador, en el móvil de Tuomas, en los de Karol... es una fiera con la informática. Así que sumé dos y dos, y aposté.

—Y acertaste. Te debo una, amigo —murmuró Karol revolviéndole el pelo.

—Podrás pagármela a final de mes, con una subida del sueldo.

Karol exhaló una carcajada ronca y desganada, y se dirigió a la torre. Tenía que ducharse, quitarse el hedor a sangre, sudor y Wlod del cuerpo. Luego volvería a ser él mismo.

No esperó a estar en su dormitorio para quitarse la ropa, al contrario, no pensaba permitir que el olor de Wlod entrara allí. Se deshizo de la camisa y los pantalones frente a la puerta de la torre, le pidió a Zuper que los tirara a la basura para no tener que volver a tocarlos ni sentir el pútrido olor que emanaba de ellos y subió a sus dominios. Atravesó el dormitorio en una apresurada carrera y se encerró en el cuarto de baño. Puso el agua tan caliente que, al contacto con ella, su piel enrojeció y se frotó con fuerza todo el cuerpo. Hasta borrar cada rastro de su padre. Pero no era suficiente. Tenía su olor impregnado en la nariz, en cada célula gris de su estúpido cerebro, en cada maldita gota de sangre que recorría sus venas.

Abandonó la ducha y, sin molestarse en secarse, se tumbó en la cama. Hundió la nariz en la almohada, buscando un consuelo que no encontró. Sí. Todavía había trazas

de la esencia de Laura, pero tan tenues que no conseguían borrar el olor de la sangre, de la rabia, de la frustración... del miedo. Se encogió sobre las sábanas y, abrazándose el cuerpo, inhaló con fuerza. Un volátil atisbo de su aroma se coló en él, anulando por un instante la fetidez que parecía rodearle. Pero se acabó tan pronto como empezó. Volvió a inspirar, recreándose en la sutil esencia que apenas captaba. No era suficiente. Nunca sería suficiente. Porque no era solo su olor lo que necesitaba. Era a ella. Por completo.

Porque el amor es más fuerte que el miedo.

Saltó de la cama, se puso los vaqueros negros con tachuelas y la cazadora de piel morada y bajó a la carrera las escaleras. Atravesó el salón, deteniéndose un instante para tomar de la mesa el pañuelo que ella le había regalado, las llaves del coche y el papel con la dirección que le había dado Zuper esa misma mañana y salió de la casa.

—¡Karol, espera! —le llamó el pelirrojo—. Vas descalzo...

Karol asintió con la cabeza, ignorándole. Corrió hacia el garaje, se subió al coche, tomó el parche del salpicadero, se lo colocó en el ojo derecho y arrancó el motor.

—Eh, tío, no me he molestado en salvarte el culo para que te mates con el coche, ¡frena un poco! —le gritó Zuper al ver que enfilaba a toda velocidad hacia las puertas del muro, aunque estas todavía estaban abriéndose.

Pasó por los pelos. O mejor dicho, por los retrovisores. Más exactamente, por un retrovisor. El otro se quedó en el suelo. En el lugar en el que había caído al ser arrancado de cuajo.

—¿Debería advertir a Laura de que va a ir a visitarla?

—No, deja que se lleve la sorpresa —rechazó Tuomas con cierta amargura mientras se dirigía a su habitación; la botella de vodka firmemente sujeta en la mano—. Es su chica, seguro que sabrá animarle.

—Dame una —le pidió Laura a *Pixie*, alargando la mano.

El hurón, buen conocedor de los gestos de su humana, agarró con los dientes la bolsa de patatas que estaba devorando y la acercó hasta la mano de la joven.

Laura la volcó sobre la caja con restos de la *pizza* que les había servido de almuerzo/merienda, y que aún estaba sobre la cama, muy cerca del escritorio, y luego se llevó un par de ellas a la boca. Se lamió los dedos pensativa, mientras observaba con meticulosa atención lo que le mostraba el monitor del viejo ordenador. Tenía que haber una brecha en algún lado... solo debía encontrarla. Y ella era la mejor encontrando brechas. Pero tenía que darse prisa. Había conseguido echar al viejo vampiro del Templo, pero no tenía ninguna duda de que volvería. Y cuando lo hiciera, necesitarían algo que le hiciera más daño que una abolladura en el coche para librarse de él.

Subió el volumen de la música e hizo volar los dedos sobre el teclado mientras que *Pixie*, aburrido, se metía en su jaula para echarse la siesta en su cojín favorito.

Y ahí seguía tiempo después, cuando el sonido del timbre le despertó. Salió perezoso de la jaula y avanzó hasta la puerta principal. Olisqueó la ranura que había entre el suelo y la madera y, tras comprobar que era un olor conocido, se dirigió a su humana y le mordió los tobillos para llamar su atención. Cuando lo hubo conseguido regresó a su cojín. Aún era de día, no era hora de trastear, sino de dormir.

Alertada por los suaves mordiscos de *Pixie*, Laura se quitó los cascos de los oídos y los dejó sobre la mesa, *The Islander* de *Nightwish* se escuchó en ellos a todo volumen. Se estiró sobre la silla y sus vertebras crujieron agradecidas tras tanto tiempo de forzada inmovilidad mientras ella miraba a su alrededor. La escasa luz del sol se colaba débilmente por las ventanas, síntoma de que comenzaba a anochecer; el estudio estaba en silencio y *Pixie* había regresado a su cojín.

—¿Por qué narices me has mordido? —inquirió malhumorada antes de girarse de nuevo hacia el monitor. Le estaba resultando mucho más difícil de lo esperado encontrar la jodida brecha, lo último que necesitaba era una distracción. Se frotó los irritados ojos y tomó los cascos para volver a colocárselos.

Y en ese momento volvió a sonar el timbre.

—¡No compro nada! —gritó, la mirada fija de nuevo en la pantalla.

Quien quiera que estuviera fuera, respondió a su desplante pulsando el timbre con insistencia.

Laura puso los ojos en blanco, se levantó y se dirigió malhumorada a la puerta.

—He dicho que no quiero na... —siseó exasperada asomándose a la mirilla—. Oh, vaya. —Abrió la puerta, sorprendida al ver a Karol parado en el rellano—. No te esperaba.

Era lo último que había esperado. Había imaginado que su rey del deseo se mantendría en el Templo, rodeado por sus amigos. De hecho, pensaba hacerle una visita a la Torre cuando se hiciera de noche. Al fin y al cabo ella sería una ladrona mala malísima que le había lanzado un reto, pero también estaba loquita por los huesos de ese hombre. Y quería consolarle. Y estar junto a él en ese momento. Y... mil cursiladas más.

Karol contempló embelesado a su ladrona mientras inhalaba despacio, deleitándose con su olor, impregnándolo en cada célula gris de su cerebro para no olvidarlo nunca. Por fin la tenía ante él. Tan hermosa. Tan perfecta. Tan... ella misma vestida con una ajustada camiseta de tirantes que no le tapaba el ombligo y unos calzoncillos blancos. Sonrió. Solo a ella se le ocurriría abrir la puerta vestida con ropa interior de hombre. Miró sus labios. Se movían. ¿Estaba hablando? Intentó prestar atención a sus palabras.

—... conducido hasta aquí descalzo. Estás chalado. Pasa, anda —dijo dándole la espalda para dirigirse a la nevera—. Tienes la cara hecha un desastre, te pondré un poco de hielo.

—No —consiguió contestar él a la vez que la asía por la muñeca.

Laura enarcó una ceja, sorprendida.

—¿No? ¿No, qué? ¿No quieres pasar? ¿No quieres que te ponga hielo?

—No quiero que te alejes —susurró Karol con voz ronca, entrando por fin en la casa.

Tiró de ella, aproximándola a él a la vez que cerraba la puerta con el talón. Le envolvió la cara entre sus manos de dedos largos y delgados e, ignorando el escozor de sus labios hinchados, la besó. Primero en la frente, paladeando el aroma a cítricos de su pelo. Después en los párpados, deleitándose con las cosquillas que le hacían las largas pestañas en su maltrecha boca. Luego frotó sus mejillas contra las de ella, seducido por la suavidad de su piel, por su olor limpio y sincero. Y, por último, deslizó la lengua sobre sus preciosos y carnosos labios, los lamió y succionó, saboreándolos con avidez hasta que ella los abrió, dándole la bienvenida al paraíso. Exhaló un desgarrado jadeo y se sumergió en su boca para acariciar los dientes que podían llegar a ser tan afilados y cortantes como su lengua y, al igual que esta, tan apasionados y melosos.

Le sujetó la nuca con una mano mientras la besaba, impidiéndole apartarse, a la vez que envolvía con el otro brazo su cintura, pegándola más a él. Pero no era suficiente. Nunca lo sería. Quería entrar en ella y quedarse ahí para siempre. Tomarla de la mano y saber que no le soltaría nunca. Mirarse en sus ojos y verse reflejado en sus pupilas. Quería impregnarse en su esencia, beber de ella, tener cada centímetro de piel en contacto con la de ella. Bufó enfadado contra sus labios. Era demasiado intenso; la asustaría. Tenía que controlarse. Conquistarla poco a poco.

Se apartó remiso.

—Ah, no. Ahora no vas a dejarme a dos velas —gruñó Laura asiéndole el pene erecto, borrando con ese gesto cualquier asomo de control que él todavía poseyera.

Emitiendo un agónico gemido, bajó la cabeza para besarla con ferocidad apenas contenida a la vez que la alzaba contra él, alejándola del suelo. Laura se apresuró a rodearle la cintura con las piernas y él se apartó de los tentadores labios para recorrer con sus ojos bicolors la pequeña estancia, buscando un lugar donde posarla. No lo encontró. Todo estaba ocupado por revistas, cajas, envoltorios, libros... Incluso la cama. Se dirigió hacia allí, con ella meciéndose contra su endurecida polla. Aferró con dedos trémulos la colcha que la cubría y tiró, arrojándola al suelo junto con las cajas y los restos de comida. Se arrodilló sobre el colchón y la dejó suavemente sobre las sábanas. Le quitó casi con violencia la camiseta y después asió los delgados tobillos, obligándola a apartar las piernas de su cintura. Recorrió las pantorrillas en una caricia ascendente que la instaba a abrirse a él y, cuando lo hizo, dibujó con las yemas de los dedos el blanco algodón de los calzoncillos masculinos que cubrían su sexo.

Un ronco jadeo escapó de sus labios al palpar su humedad, al oler su deseo. Agarró la prenda y tiró de ella con brusquedad, deslizándola casi con violencia por las piernas hasta deshacerse del molesto incordio. Colocó los pies sobre sus hombros y acto seguido hundió la cabeza entre sus muslos, exhalando un agónico gruñido. Eso

era lo que tanto añoraba. Lo que tanto había necesitado y no tenía. Su olor. Su excitación. La esencia de su pasión y su furia. El aroma de su entrega, de su amistad, de su ¿amor? Todos esos trazos estaban en su olor. Y su necesidad de ellos era más fuerte que el simple deseo. Frotó la cara contra su pubis, impregnándose con su esencia. Se deslizó hasta la vulva y la acarició con la nariz, llenándose con su fragancia, borrando con cada inhalación el hedor que había dejado en él su padre. Abrió los pliegues con los dedos y, afilando la lengua, la enterró en la vagina. Libó de ella con desesperada necesidad. Bebió hasta empaparse el paladar con su miel, eliminando con cada succión el repugnante sabor de la sangre. Solo ella podía hacerle olvidar. No volvería a perder su olor, su sabor. La llevaría siempre consigo. Lo necesitaba para seguir respirando. Se apartó apenas un instante y sacó el pañuelo que había guardado en el bolsillo.

Laura gimoteó cuando él se alejó. Y luego abrió los ojos como platos al sentir que le cubría el sexo con... ¿una tela? Jadeó cuando la arrugó contra sus labios vaginales y la frotó contra el clítoris, arrancándole un espasmo de placer. Más intrigada de lo que se había sentido nunca, se apoyó sobre los codos, incorporándose ligeramente para averiguar qué se le había ocurrido a su perverso ratoncito.

Estrechó los ojos, atónita.

¿Eso que Karol tenía en las manos era el pañuelo que ella le había regalado?

¿Qué estaba haciendo con él?

Y entonces lo comprendió.

Se le paró el corazón al entender lo que su asustado y perdido ratoncito estaba haciendo.

Volvió a tumbarse y cerró los ojos, decidida a darle lo que él necesitaba.

Karol gimió embelesado al sentir que el aroma de su excitación se hacía más suave, más difuminado a la vez que otra esencia se tornaba más fuerte, más intensa. Una esencia muy parecida a la que olía cuando sus amigos hacían el amor con sus parejas. ¿El dulce y penetrante aroma del amor? No. Solo su imaginación desbocada. Sacudió la cabeza y, con la mirada fija en el sexo de su ladrona, se envolvió los dedos con el pañuelo. La penetró con ellos lentamente a la vez que bajaba la cabeza para lamerle el clítoris. Lo chupó sin dejar de moverse dentro de ella, impregnando la tela con su esencia. Y, cuando la sintió temblar bajo sus caricias, cuando la vagina le ciñó los dedos y los fluidos de su orgasmo empaparon más aún el lienzo, intensificó la succión hasta que la fuerza de orgasmo anegó de placer su nariz y su paladar. Siguió lamiéndola, alargando el éxtasis, hasta que ella se quedó inmóvil, agotada.

Se apartó lentamente y deslizó el pañuelo por la vulva y pubis, recogiendo su esencia para después llevárselo a la nariz. Inhaló despacio, degustando el olor impregnado en la tela, y luego lo dobló con cuidado, guardándolo reverente en el bolsillo de sus pantalones.

—Muchas personas considerarían que eso que has hecho es asqueroso —comentó Laura.



—Sí —musitó Karol, fijando su mirada en ella—. Pero tú no.

—No. Yo no. Lo considero un halago. ¿Vas a librarte del empalagoso pañuelo rojo empapado en Chanel? Me mata de celos pensar que vas a llevar ambos en el bolsillo —afirmó lamiéndose los labios.

—Hace tiempo que dejé de usarlo.

—Bien.

Karol sonrió, una sonrisa apenas esbozada, más tímida que radiante. Saltó de la cama, la pujante erección abultándole la entrepierna de los pantalones y, bajo la cazadora abierta, su torso húmedo por el sudor. La miró indeciso, sin saber bien qué hacer a continuación. No estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones, se sentía desubicado. No estaba en su casa, en su terreno, sino en el de Laura; la mujer que le volvía loco. Estaba anocheciendo y no tenía ni idea de qué era lo que ella quería que él hiciera. Aunque sí sabía qué era lo que él quería hacer.

—Tienes una cama muy estrecha —comentó metiendo la mano en el bolsillo para acariciar su nuevo talismán.

—Mejor, así no tendrás otro remedio que abrazarte a mí —replicó ella arqueando una ceja a la vez que se movía hasta quedar pegada a la pared.

Karol asintió despacio, se deshizo de la ropa y se tumbó de lado en la cama. Culebreó hacia abajo, encogió las piernas, envolviendo las de ella, y posó la cabeza sobre el vientre femenino para después mantenerse en una silenciosa inmovilidad.

Laura llevó la mano hasta el pelo azulado de él y jugó con sus cortos mechones para luego descender lentamente por su nuca, haciéndole estremecer.

—Duele, ¿verdad? —musitó acariciándole la cara.

—No demasiado. Parece más de lo que es —balbució Karol elevando el rostro para frotarse contra la mano de ella.

—No hablo de tu cara —replicó Laura—. Tu padre te duele.

—No —rechazó tajante, escamoteándole la mirada.

—Sí, duele —aseveró ella, aferrándole los cortos mechones azules para obligarle a levantar la cabeza y mirarla—. Duele tanto que no te deja respirar —aseveró soltándole, permitiéndole ocultarse.

Karol se acurrucó contra ella, hundiendo el rostro en su vientre y envolviéndole la cintura con los brazos, como si de una almohada se tratara.

—Me arranca el corazón cada vez que le veo —susurró, conteniendo a duras penas las lágrimas que no deseaba verter.

Su reina era una mujer dura, no aguantaría lloros de nadie, menos aún de él. Y él no podía perderla. No ahora. Ya la quería demasiado como para arriesgarse a decepcionarla como había hecho con todos aquellos a los que había amado.

Laura sintió una cálida humedad sobre el vientre y supo qué significaba. Deslizó los dedos por la mejilla de su rey, hasta tocar la húmeda senda que emanaba de sus ojos bicolors. La recorrió despacio, indicándole que lo sabía y que no le importaba y

luego llevó la mano hasta su espalda para continuar acariciándole mientras él se estremecía abrazado a ella.

Le despertó un extraño ruido, similar al de alguien removiendo un cubo de palomitas. Abrió los ojos desorientado y se giró para quedar tumbado de espaldas.

Estuvo a punto de caerse.

—Ten cuidado —murmuró una adormilada Laura junto a él, alargando el brazo para sostenerle por la cintura y pegarlo de nuevo a ella.

Karol asintió tembloroso, percatándose al fin de dónde estaba. En la casa de Laura. En su cama. Que por cierto era muy estrecha. Se había quedado dormido. Con ella. Entre sus brazos. Llorando como un niño mientras le acariciaba.

Contempló embelesado a la hermosa mujer que dormía a su lado. El liso pelo castaño, los pómulos altos, las expresivas cejas, la altiva y respingona nariz y los preciosos labios que estaba tentado de besar. Poseía un cuerpo delgado y fibroso, atlético. Hermosa. Así era ella. Perfecta. Deliciosa. Estaba a punto de caer en la tentación y besarla, cuando volvió a escuchar el ruido que le había despertado. Se giró con sumo cuidado, decidido a continuar encima del estrecho colchón.

El lugar estaba tenuemente iluminado por una pequeña lámpara anclada a la pared; emitía una cálida luz azulada y le permitía ver lo que antes no se había detenido a mirar: el interior de la casa. Mejor dicho, del estudio. En una de las paredes había una puerta que imaginó que llevaría al cuarto de baño mientras que el resto de la estancia era diáfana. Estaba ocupada por una diminuta cocina americana y una mesa baja junto a un sofá de tres plazas; frente a estos, un estrecho armario, la cama en la que estaba y, a los pies de esta, una alargada mesa con estanterías que ocupaba toda la pared frontal y en la que había varios monitores y ordenadores. No había adornos, a no ser que contaran como tales las cajas de *pizza* y de comida china, los envoltorios de las hamburguesas y las bolsas de patatas fritas que inundaban la mesa. También las miles de revistas y libros que se acumulaban en cada rincón libre del suelo, y de las estanterías, y sobre la encimera de la cocina. Arrugó la nariz, era raro que su afinado olfato no se hubiera quejado por el maremágnun de olores que debería haber allí, pero lo cierto era que no olía a nada que no fuera a Laura.

Su pene se engrosó y los latidos de su corazón se aceleraron al pensar que estaba allí. Con ella. En su cama. En su casa. Con alguien que estaba jugando con un cubo de palomitas. Estrechó los ojos y buscó el origen del ruido. Cuando lo encontró estuvo a punto de estallar en carcajadas. *Pixie* estaba metido dentro de una caja llena de virutas de embalaje, buceando y saltando sobre ellas. No cabía duda de que el hurón se lo estaba pasando bomba. Observó hechizado su juego hasta que el animal se cansó y comenzó a jugar con las cajas de comida que había sobre la mesa, armando un escándalo impresionante.

—No le hagas caso, enseguida se cansa —murmuró Laura somnolienta, pasándole el brazo por la cintura y acercándole a ella—. Te echo de menos, estás muy lejos y me siento sola.

Karol parpadeó perplejo.

Ella le echaba de menos.

A él.

Su corazón se saltó varios latidos y luego volvió a recuperar el ritmo, un poco acelerado, eso sí.

Se giró lentamente, hasta quedar encarado a ella, sus piernas entrelazadas y sus cuerpos tan estrechamente unidos que ni siquiera el aire les separaba. Esbozó una risueña sonrisa. Laura tenía razón, la cama era tan estrecha que tenían que dormir abrazados.

No se le ocurría otra manera mejor de hacerlo.

Cuando se despertó de nuevo el sol comenzaba a salir y una tonalidad dorada bañaba el pequeño estudio. Seguía abrazado a Laura. Y ella a él. Sus piernas continuaban enredadas mientras que sus respiraciones se mezclaban. Era maravilloso despertar así, junto a la mujer que le robaba el aliento. La observó embelesado hasta que, incapaz de contenerse, hundió la nariz en el lugar en el que cuello y hombro se unen. Inspiró despacio, deleitándose en su olor. Ella ronroneó zalamera, removiéndose hasta que la pierna que mantenía entre las de él alcanzó el lugar que pretendía. Karol la vio abrir lentamente los ojos y esbozar una pícara sonrisa que presagiaba problemas. Problemas para él. De esos con los que tanto disfrutaba. Curvó los labios expectante, y ella comenzó a frotarle el cada vez más endurecido pene con el muslo. Él cerró los ojos, excitado. Ella se detuvo. Él gruñó. Y ella se rio.

Una risa traviesa, intrigante... Problemática.

—¿Quieres follar? —le preguntó al oído mientras su mano se escurría entre ambos cuerpos para acariciarle con insoportable levedad el pene.

—No. Quiero hacerte el amor —murmuró él, meciendo las caderas.

Ella esbozó de nuevo esa peligrosa y lasciva sonrisa.

—¿Sabes lo que quiero hacer yo? —susurró mordiéndole la oreja con punzante suavidad. Karol gimió a la vez que negaba con la cabeza—. Quiero sentarme a horcajadas sobre tu polla —aferró la gruesa verga entre los dedos y comenzó a masturbarle—. Quiero metérmela bien adentro y cabalgarte hasta oírte gritar —jadeó mordiéndole el cuello antes de succionar con fuerza, marcándolo—. O mejor todavía, quiero comértela; chuparla hasta que esté tan mojada y resbaladiza que entre de una sola estocada en mi culo —gimió, lamiéndole la garganta para después deslizarle la lengua por la clavícula hasta llegar a su torso y atraparle una tetilla entre los dientes. Tiró con fuerza, arrancándole el jadeo que estaba conteniendo—. ¿Te gustaría eso? —inquirió melosa, ascendiendo de nuevo para besarle suavemente en los labios.

Karol asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Sus palabras y su olor le habían llevado a un estado de excitación tal que apenas si podía respirar.

—¿Lo quieres? —reiteró ella, jugando con el pulgar sobre el glande. Presionando y aflojando mientras volvía a marcarle el cuello con un nuevo chupetón.

Karol exhaló un enronquecido «sí», estremeciéndose contra ella.

—Pues entonces, cúrratelo —exclamó Laura, dándole un fuerte empujón que lo sacó de la cama—. Por favor, ratoncito, ¿qué te habías creído? Soy una ladrona mala malísima, no una chica fácil. Que haya sido débil y te haya dejado dormir conmigo esta noche no significa que puedas conquistarme tan fácilmente. Tienes que esforzarte más —le desafió divertida.

Karol la miró perplejo y luego estalló en una estentórea carcajada. ¡Esa era su ladrona! Dura pero suave. Difícil pero fácil. Complaciente y desafiante. Nunca debía dar nada por sentado con ella, porque era única. Perfecta para él.

—Como deseas, bella dama —aceptó, levantándose del suelo para comenzar a vestirse—. Tejeré a tu alrededor una red de sueños y placer de la que no podrás librarte nunca —le advirtió, apoyando una rodilla en la cama para cernirse sobre ella.

—Inténtalo, ratoncito, pero te aviso de que no soy fácil de atrapar.

—No olvides, mi reina, que yo soy el rey del Templo del Deseo, sabré atraparte, no lo dudes. —Y la besó despacio, paladeando cada recoveco de su boca, saboreando su lengua y bebiendo de su aliento hasta que ella gimió contra sus labios, temblorosa. Y entonces, se apartó.

—Tramposo. No puedes besarme así. Sabes que me derrito cuando lo haces —se quejó Laura, abriendo apenas los ojos.

—En el amor y en la guerra todo vale —replicó Karol succionándole el labio inferior para luego dirigirse a la puerta—. Antes de lo que piensas, mi reina, volverás a sentarte a mi lado en el trono, y esta vez será para siempre —afirmó antes de abandonar la casa.

—Date prisa, mi rey, muero por estar contigo —susurró Laura a la puerta cerrada.

# El sombrío maleficio de la desesperación

22 de junio de 2010

**T**UOMAS apartó la vista de la ventana cuando escuchó que la puerta principal se abría. Se giró despacio. Karol regresaba al templo. Y lo hacía solo. Enarcó una ceja, intrigado.

—¿Tu ladrona te ha echado de casa? —inquirió burlón cuando pasó a su lado.

Karol se detuvo frente a él, estaba despeinado y sin maquillar, algo extraño en él. Y continuaba descalzo. Tenía marcas de chupetones en el cuello, las tetillas erizadas, el pene duro y la mirada radiante.

—¿Has dormido alguna vez con alguien a quien amaras? —indagó Karol en respuesta a su pregunta.

—Difícilmente, ya sabes que no creo en el amor.

—Es increíble, Tuom. Verla despertar, desperezarse, abrir los ojos lentamente... Es una lástima que no seas capaz de experimentarlo —le espetó arrogante.

—Suenas muy romántico, no cabe duda, pero por tu aspecto parece un poco frustrante. —Tuomas señaló mordaz la gruesa erección que se le marcaba debajo de los pantalones.

Karol bajó la mirada a su entrepierna y se echó a reír. Una risa espontánea y sincera que tardó en apagarse. Una risa como hacía años que Tuomas no escuchaba en su amigo.

—Laura es una mujer... especial —susurró al fin, con mirada soñadora—. Quiere que la conquiste. Y esto —dijo señalando su erección—, es su manera de animarme para que me dé prisa.

Tuomas enarcó una ceja, desdeñoso.

—¿Te pone duro como una piedra y luego te echa de casa? —inquirió hiriente, solo para abrir los ojos como platos cuando Karol asintió ufano.

—Más bien de la cama. Como método de persuasión es muy efectivo, te lo aseguro —afirmó, esbozando una maliciosa sonrisa—. Tal vez algún día, cuando vuelvas a ser capaz de empalmarte, quieras probarlo —dijo, fustigándole con sus palabras antes de dirigirse a la Torre—. Ahora, si me disculpas, voy a idear un plan para conquistarla.

—No permitas que se te escape, amigo. Tú que has aprendido a amar, hazlo por los dos —murmuró Tuomas antes de volver a mirar por la ventana.

Karol se detuvo indeciso al escucharle. La voz de Tuomas poseía el mismo deje de desesperación que había tenido la suya hacía tres años. Le había costado más de un año salir de la vorágine de autodestrucción en la que había caído, y solo lo había logrado porque había conocido a Eberhard y este había trastocado su mundo

haciéndole desear de nuevo lo que tanto se había esforzado en olvidar. Amistad. Amor. Lealtad.

Observó a su amigo, y por fin se atrevió a ver lo que tan denodadamente Tuomas se esforzaba en ocultar y él mismo en no descubrir. Bajo todo su cinismo, bajo toda esa cháchara insolente, bajo sus sonrisas descaradas, Tuomas agonizaba.

Se acercó a la ventana, deteniéndose junto a él. Los ojos de su amigo estaban centrados en Silvia, la jardinera.

—No es complicado aprender a amar —le confesó Karol, posando una mano sobre su hombro—. Silvia parece una buena chica.

—¿Quieres que la destroce como he hecho contigo una y otra vez? —siseó Tuomas con los dientes apretados, apartándose de su mano conciliadora.

—Olvida el pasado, Tuomas, yo intentaré hacer lo mismo. No nos hace ningún bien.

—Y el presente, ¿lo olvido también? —replicó Tuomas. Karol estrechó los ojos, sin comprender a qué se estaba refiriendo—. Wlod te encontró por mi culpa —declaró, mostrando en su voz todo el desprecio que sentía hacia sí mismo.

—No debes hacer caso a la lengua viperina de mi padre, solo sabe decir mentiras. Tú no tienes la culpa de nada —rechazó Karol con rotundidad—, antes o después me hubiera encontrado, bien sabes que no he hecho nada por ocultarme.

—Aun así, fui yo quien lo traje hasta aquí —masculló Tuomas asqueado—. Vine a avisarte sobre él, a salvarte y protegerte. A ganarme tu respeto y de alguna manera recuperar tu amistad, y lo que hice fue mostrarle el camino a tu padre —aseveró bajando la mirada—. Destruyo todo lo que toco. Debería pagar por mis pecados pero no encuentro la manera de hacerlo. Merezco un castigo que nadie quiere proporcionarme. Ni siquiera tú.

—No sigas por ese camino, Tuom —le advirtió Karol, obligándole a girarse para fijar sus ojos bicolors en los verdes de él—. Yo lo seguí durante un tiempo y es horrible. No lo quiero para ti. Abandona esa actitud, no te librarás de tus pecados y te destrozará por dentro.

—Ya no queda nada por destrozarse —masculló Tuomas, girando sobre sus talones para encaminarse a la puerta principal.

—¡Tuomas! No me des la espalda —exigió Karol.

—Esa frase llega tres años tarde, ¿no crees? —replicó Tuomas con su cinismo habitual antes de salir de la casa.

Karol apretó los puños ante la respuesta y se dirigió presuroso a la puerta. Apenas había dado el primer paso fuera de la casa cuando se percató de cuál era la dirección que había tomado su desdichado amigo. Entornó los párpados, volvió a entrar y atravesó raudo el salón hasta llegar a la ventana en la que Tuomas se apostaba cada mañana.

Una sonrisa esperanzada se dibujó en su semblante al verle. Había disminuido la velocidad de sus pasos y caminaba despacio, como si fuera remiso a seguir colocando

un pie delante de otro, pero se obligara a hacerlo. Se dirigía al jardín que había tras la casa. El mismo que cada mañana miraba hora tras hora desde esa misma ventana. El único lugar de la finca en el que había flores. Flores que Silvia se ocupaba de cuidar.

Karol asintió complacido y se dirigió a la Torre. Tenía una conquista que planear.

Tuomas se detuvo junto a un menhir, ocultándose tras este de las ventanas de la casa. Había acudido al Templo buscando la redención y no la había encontrado. Karol lo había aceptado en su casa, pero no le había obligado a pagar por sus pecados. Y él necesitaba saldar esa cuenta. Acallar su conciencia. Más ahora que había vuelto a traicionarle al mostrarle a Wlod el camino hasta él. Pero no había modo. Lo había intentado por todos los medios, pero Karol era demasiado decente para odiarle, sus amigos se limitaban a ignorarle y Laura... Ella le había golpeado un poco. Pero no había sido suficiente. ¡Ni remotamente! Un ojo morado —ahora los dos— y el labio partido no podían ni empezar a compensar todos los errores que había cometido. Y, además, el dolor ni siquiera había servido para atontar su conciencia. No cabía duda de que estaba sobrevalorado. No era la solución, al menos no la que él necesitaba. Él requería un castigo especial. Uno que fuera más grande que sus pecados. Uno que le hiciera caer de rodillas y llorar hasta la extenuación. Pero no encontraba a nadie que quisiera castigarle.

Exhaló una carcajada ronca, despectiva, asqueada.

Si el mismísimo ángel caído había recibido el castigo que merecía, ¿por qué no podía él conseguir el suyo?

Pero eso no era cierto.

Sí había recibido un castigo. Inesperado. Insuficiente. Pero satisfactorio en cierto modo.

Fijó la mirada en el jardín de flores inodoras que se abría ante él. En la mujer que, vestida con unos pantalones de trabajo de color caqui y una amplia camiseta de manga corta, se afanaba en cuidar las plantas.

Ella le había dado su merecido. Le había hecho avergonzarse. Le había hecho recular y perder un desafío. Ella había hecho que se sintiera humillado por primera vez en su vida.

Y eso era exactamente lo que necesitaba para pagar sus pecados.

Se apartó del menhir y echó a andar hacia ella.

Había huido acobardado tres días atrás, cuando ella le había retado a que se manchara de barro la erección. Y había pasado las tres últimas noches dando vueltas en la cama. Excitado pero no empalmado. Pensando en ella, en lo que le había ordenado y en la paz que había sentido al ser tratado como la escoria que era.

Aceleró el paso, esquivó las flores azules y las blancas, saltó sobre las anaranjadas y se detuvo ante las rojas que asemejaban enormes vulvas con abultados clítoris amarillentos. Sacudió la cabeza, perplejo ante la comparación que su cerebro

había hecho. Elevó la mirada, y ahí estaba Silvia, tras las libidinosas flores rojas, mirándole como si se hubiera vuelto loco. Y puede que así fuera.

—Hola —saludó, metiéndose las manos en los bolsillos, nervioso. No sabía por qué, pero cuando ella le miraba, un millón de hormigas paseaban por su pene y cientos de abejas zumbaban en su estómago, y eso era... agradable.

Silvia lo miró de arriba abajo con los ojos entrecerrados y luego se quitó los cascos con un gesto de hastiado desdén.

—¿Qué narices quieres ahora? —le increpó. Tenía miles de cosas que hacer, entre ellas acabar de plantar los anturios, antes de ir a ayudar a su abuelo con el jardín de piedras que los muy imbéciles habían destrozado jugando con el coche. ¡No podía perder el tiempo con chorradas!

—Quiero que me humilles —soltó Tuomas sin darse tiempo a pensar. Jamás le había importado exponer sus perversos y variados apetitos sexuales, no veía por qué tenía que ser diferente con Silvia, al fin y al cabo pensaba pagar por sus servicios tal y como siempre hacía con todo lo que deseaba.

—¿Perdona? —resopló ella arqueando una ceja a la vez que apoyaba las manos en la caderas. Altiva. Desdeñosa. Sensual. Excitante—. ¿Qué narices te has fumado, tío?

No. Con Silvia no debería ser diferente, pero lo era. Dios, como lo era. Un escalofrío le recorrió la espalda ante su mirada despectiva.

«Esto es lo que quiero —pensó—. Esto es lo que necesito».

—No fumo, aunque no creo que eso sea de tu incumbencia —replicó arrugando la nariz. ¡Malditas frases hechas! No estaba muy seguro de lo que ella quería decir con esa pregunta, pero no parecía bueno—. Quiero acabar lo que empezamos el otro día.

—¿Quieres acabar qué? —inquirió intrigada—. Ah, espera, ya sé. ¿Aquello que dijiste de que necesitabas pagar tus deudas? —Tuomas asintió remiso. Aquel día había hablado demasiado, había admitido demasiado—. Traicionaste y humillaste a tu amigo... y ahora estás arrepentido y buscas la manera de hacerte perdonar, al menos ante ti mismo —afirmó burlona.

—No —rechazó Tuomas con rotundidad—. No quiero el perdón de nadie. No lo necesito. Está sobrevalorado y es demasiado fácil de conseguir. Quiero expiar mis pecados. Sufrir por ellos. Quiero que me duelan —siseó desesperado—. Quiero arrancarme los remordimientos de la cabeza, y eso solo lo puedo conseguir pagando humillación con humillación y traición con traición. Quiero que me humilles —reiteró apretando los puños—. Lo necesito.

Silvia observó a Tuomas, atónita ante lo que estaba escuchando. Ese hombre estaba destrozado... y quería destrozarse aún más. Ella sabía lo que era caer en la desesperación y seguir cavando para hacer más profundo el pozo. Era muy complicado salir, de hecho, ella aún seguía escalando las resbaladizas paredes en busca de la esperanza que atisbaba al final del túnel. Pero, para desear salir, primero



era necesario tocar fondo y tomar impulso. Y ella no pensaba volver a recorrer ese camino ni loca. Que se buscara la vida él solito.

—¿Y qué pretendes que haga yo? —le increpó—. ¿Quieres que te ponga el culo rojo, como a los niños malos? —se burló, fingiendo un desdén que no sentía.

—No. Mis pecados son más fuertes que el dolor, también mis remordimientos. Quiero que me humilles. Que me hagas sufrir como yo hice sufrir a mi amigo.

—¿Y qué consigo yo a cambio? —bufó, cruzándose de brazos.

—¿El placer de humillarme? —declaró irónico, sacando la cartera del bolsillo.

—Eso no es ningún placer, eres demasiado patético como para que sea divertido —replicó, interpretando el papel que había asumido el día que le conoció: el de mujer malvada y retorcida que odiaba a los hombres.

Algo que no distaba mucho de la realidad; era retorcida y odiaba a los hombres guapos. Pero no era malvada. Solo estaba herida. Pero eso él no lo descubriría nunca, porque, al igual que a todos los demás, ella no le importaba lo suficiente como para intentar ir más allá de su cuerpo imperfecto y su cara anodina, y tratar de conocerla.

Cerdos egoístas, incapaces de mirar más allá de su ombligo.

—¿Cuánto dinero quieres? —inquirió Tuomas, abriendo la cartera sin ningún pudor.

Silvia puso los ojos en blanco. Genial, ahora la tomaba por una puta.

—Pon un precio, el que sea —reiteró él con toda tranquilidad.

—No quiero tu dinero —replicó Silvia asombrada.

El polaco estaba peor de lo que pensaba. ¡Joder, si incluso estaba dispuesto a pagarle para que lo humillara! Abrió la boca para mandarlo bien lejos, y, en ese momento se percató del desconcierto reflejado en el semblante del hombre. Y lo comprendió todo. No era que él estuviera dispuesto a pagar. Era que estaba acostumbrado a pagar. Había una gran diferencia.

Una diferencia jodidamente enorme.

¿Por qué un tío guapo y perfecto como él estaba acostumbrado a pagar por follar?

¿Con qué clase de gentuza se juntaría? Y, lo más importante, ¿qué mierda de vida había vivido?

Sintió pena por él. Y ese era un sentimiento que llevaba meses experimentando en sí misma.

—Entonces... ¿Qué quieres a cambio? —preguntó Tuomas, mirándola confundido.

Silvia tragó saliva a la vez que tomaba una decisión, había recurrido a ella porque creía que disfrutaba humillándole, y no pensaba sacarle de su error. Era mucho mejor para él caer en sus *amorosas* manos que en las de un sádico sin escrúpulos. Y a ella le vendría de perlas el dinero que podría conseguir con él. ¿Quería que lo humillara? Lo haría sin problemas, le daría lo que él ansiaba. Lo llevaría hasta cada uno de sus límites y le obligaría a cruzarlos... o eso era lo que le haría creer.

—Si me pagas no será tan divertido para mí... ni tan humillante para ti —dijo al fin, caminando alrededor de él. Fingiendo examinarle—. Colgué las fotos que te hice el viernes en la página web de pajilleros, tal y como te dije que haría —comentó pellizcándole el culo—. Gané bastante dinero con ellas. ¿Quieres saber cuántas visitas tuvieron? ¿Cuántos tíos y tías se pajearon mirándote la polla? —inquirió desdeñosa, parándose al fin frente a él. Tuomas negó con la cabeza, y ella chasqueó la lengua, burlona—. Este es el trato: harás lo que yo te diga, sin protestar y sin perder el tiempo, sin importar qué sea lo que te ordene o cuánta vergüenza te dé hacerlo. Lo harás y punto. Y yo te haré fotos y vídeos, y los colgaré en la página web —explicó con rudeza. Tuomas palideció, pero aun así asintió con la cabeza. Lo que ella le ofrecía era justo lo que necesitaba—. Si te quejas o te haces el remolón, me largo. No tengo tiempo ni ganas que perder contigo. El dinero no me hace tanta falta como para soportar tus gilipolleces. ¿Queda claro?

Tuomas parpadeó perplejo ante su advertencia. También sintió una punzada de deseo. Ella iba a humillarle, sí, pero no a cambio de dinero, al menos no de *su* dinero, acababa de dejárselo bien claro. Iba a hacerlo porque quería hacerlo. Y eso era una novedad. Todo el mundo hacía las cosas por dinero. Todos excepto Karol. Pero Karol no sentía nada por él, no le despreciaba, tampoco le quería. Pero Silvia sí sentía algo: odio. Y él se merecía todo el odio que quisiera darle. Lo quería. Lo deseaba. Lo necesitaba para expiar sus pecados.

Aceptó las condiciones sin dudar.

Silvia curvó apenas los labios y señaló con un gesto el cobertizo en el que guardaba las herramientas del jardín.

Tuomas tragó saliva.

—¿Ahora? —murmuró renuente. No pensaba que fuera a empezar tan pronto, no le había dado tiempo a prepararse.

Silvia arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

Él asintió en silencio y se dirigió al cobertizo. Entró. Tras cinco minutos de espera la puerta volvió a abrirse.

Silvia le observó con los ojos entrecerrados. Estaba apoyado en la pared, vestido con unos elegantes pantalones grises y un polo del mismo color pero un par de tonos más claro.

—Quítate los pantalones y los calzoncillos, ponte de rodillas y enséñame ese culito tan duro que tienes.

Tuomas se apresuró a obedecer, intrigado. Esperaba que no se limitara a pedirle que le enseñara el culo para meterle un par de dedos, eso ya se lo habían hecho infinidad de veces y no era en absoluto humillante. Al contrario, le resultaba muy placentero. Un ramalazo de deseo le recorrió el cuerpo al pensar en los dedos de Silvia penetrándole. Su pene se endureció, sacudiéndose en el aire. En el mismo aire que ahora olía a ella, a su aroma. A lavanda.

—Ábrete las cachas, no veo nada —le regañó ella—. Vamos, no seas tímido. Pon una mano en cada nalga y sepáralas.

Tuomas bufó despectivo, apoyó la frente en el suelo e hizo lo que le ordenaba. Ella tomó algo de la pared, pero no alcanzó a ver qué era. La sintió colocarse tras él. Sus manos en la espalda, clavándole las uñas, descendiendo en dirección al culo. Sí. Iba a hacerlo. Iba a meterle los dedos. Se estremeció ante el inesperado brote de placer que le atravesó el estómago y le tensó los testículos. Sintió sus dedos recorrerle la grieta del trasero e introducirle algo en el ano. Algo grueso y a la vez maleable que le colgaba entre las cachas, ¿una cuerda? ¿Qué era eso? Encorvó la espalda y abrió más las piernas, intentando ver qué pendía entre ellas. Sí. Era una jodida cuerda, deshilachada en el extremo, que se balanceaba rozándole los testículos.

—Ya sé que no está muy logrado, pero ahora mismo no tengo otra cosa mejor —comentó ella con indiferencia—. Imagínate que es el rabo de una vaca. Tu rabo. —De repente, le colocó un pequeño cubo entre las rodillas y se sentó en el suelo, a su lado, con el móvil en la mano—. Ordéñate.

Tuomas se quedó inmóvil. No podía masturbarse así, en esa postura, con una cuerda en el culo imitando a un rabo.

—Vamos, no seas tímido. Aparta las manos del culo y comienza a meneártela —insistió Silvia.

Tuomas se estremeció al oír su voz; la cuerda que descansaba sobre sus testículos osciló, acariciándolos. Jadeó excitado.

—No es tan complicado, solo tienes que echar la leche en el cubo. ¿No quieres? Está bien —dijo quitándole el balde de entre las rodillas y haciendo ademán de levantarse.

—¡No! Espera. Lo haré... lo haré —jadeó quejumbroso.

—Date prisa, no tengo todo el tiempo del mundo —le advirtió volviendo a colocarle el cubo entre las piernas.

Tuomas se agarró remiso el falo y comenzó a mover la mano sobre él. Escuchó el clic de la primera foto. Un sollozo escapó de su garganta al sentir que su estúpido pene, después de tres años de intentarlo todo, por fin respondía a sus caricias. Lo ciñó con fuerza y aceleró los movimientos. Quería acabar rápido. Quería salir en la menor cantidad de fotos posibles. Pero sobre todo, quería correrse. Sentir un puto orgasmo por fin. ¿Era tanto pedir? Sí lo era. No tenía derecho a correrse. Aún no había sufrido lo suficiente. Disminuyó el ritmo de sus caricias. Tenía que salir en las fotos. Tenía que soportar esa humillación para comenzar a amortizar sus pecados. Era lo que quería. Lo que deseaba. Lo que necesitaba para ahogar los gritos de su conciencia y desterrar los remordimientos.

Silvia entrecerró los ojos al percatarse de que él se detenía. Le vio apretarse con fuerza la base del pene y luego el glande, retrasando la eyaculación. Se tumbó en el suelo y le miró la cara. Tenía los ojos cerrados y tras los labios entreabiertos podía ver que sus dientes estaban tan apretados que rechinaban. Conocía ese gesto.

Determinación mezclada con dolor. No quería correrse. Posiblemente pensaba que todavía no se lo merecía.

Se levantó para colocarse acucillada tras él. Tomó la cuerda que le colgaba del culo y comenzó a darle suaves azotitos en el escroto con el extremo deshilachado mientras que con la otra mano sujetaba el móvil, haciendo fotos. Él se sacudió, jadeando al borde del orgasmo. Pero resistió. Silvia arqueó una ceja, y comenzó a tirar lentamente de la cuerda, sacándosela del ano sin que el clic de la cámara dejara de sonar. Él se estremeció con violencia, emitiendo un sollozo agonizante a la vez que se apretaba con fuerza la base del pene.

—Ya tengo todas las fotos que necesito —afirmó Silvia, dejando caer la cuerda al suelo. Él no estaba preparado para correrse. De hecho, le veía capaz de lastimarse para evitar llegar al orgasmo—. Qué lástima que no te haya dado tiempo a correrte, la próxima vez tendrás que darte más prisa —le dijo con fingido desdén, saliendo del cobertizo.

Tuomas se dejó caer de espaldas, observó con atención su rígida polla y estalló en una ronca carcajada. Había estado a punto de correrse. Después de tres años sin experimentar ningún placer había estado al borde de un éxtasis brutal. Y lo había impedido. Porque no se lo merecía. Y, por extraño que pareciera, eso hacía que se sintiera en paz consigo mismo.

Por fin comenzaba a saldar sus pecados.

*23 de junio de 2010*

Tuomas miró por enésima vez las dos direcciones escritas en la nota que Silvia le había dado antes de irse de la casa tras la comida. Le había indicado que si quería seguir con su acuerdo, tendrían que verse en un sitio mucho más discreto que no pusiera en riesgo su trabajo allí. También le había impuesto dos normas más que cumplir. La primera, que no mantendrían ningún tipo de contacto allí. Ella era la jardinera y él, el amigo del dueño. No quería que se acercara a ella en la casa, no eran amigos, no eran compañeros de juegos ni iban a serlo nunca, entre ellos no había nada, y por tanto no estaba dispuesta a que el amigo de su jefe la molestara mientras realizaba su trabajo.

La otra norma era más sencilla de cumplir, menos dolorosa. Solo se verían cuando ella lo decidiera, y se lo comunicaría mediante notas que escondería en el jardín. Ya podía buscar bien, porque si faltaba a alguna cita por no haber encontrado el mensaje, no volverían a verse.

Maldita mujer. Magnífica jugadora. Quería verlo de rodillas sobre el barro, buscando las notas que le dejara... y él lo haría. Porque era exactamente lo que le había pedido. Que le humillara. Que le hiciera sufrir. Gimió, tapándose la cara con ambas manos, le hubiera gustado poder hablar con ella en el templo o en el jardín,

pero entendía que no se lo merecía. Y por supuesto, cumpliría sus reglas. Necesitaba seguir liquidando sus pecados.

Tragó saliva y, mientras acariciaba el papel que tenía entre los dedos, desvió los ojos hacia la ventana. Karol estaba en el jardín. Silvia y sus abuelos se habían ido hacía un buen rato, y él estaba solo en el inmenso salón, frente al portátil, fingiendo ver un documental de un canal polaco que no le interesaba en absoluto. Abrió una pestaña nueva y tecleó en la barra del navegador la primera de las dos direcciones escritas en la nota. Era una página web. Contuvo el aliento al abrir el enlace. Aceptó ser mayor de edad, entró en la página, y ahí estaba su polla. Y su culo. En primera plana. En una página de colores chillones que era un atentado al buen gusto. Y no porque fuera una página sobre sexo, que lo era, sino porque la mayoría de las imágenes que había en ella eran de pésima calidad, estaban mal enfocadas, carecían de imaginación y eran estéticamente deficientes y, por si eso no fuera suficiente, las secciones estaban mal organizadas y contenían un exceso de cuñas publicitarias que aparecían y desaparecían sin el menor control.

Silvia no había colgado sus fotos en una página de sexo de cierto renombre y calidad. No. Las había colgado en un sitio cutre, mediocre... Un lugar en el que de ninguna manera podría sentirse orgulloso de estar. Un lugar en el que destacaban por encima de las demás porque, para que negarlo, Silvia sabía perfectamente qué escenario y postura elegir para llamar la atención. La calidad de las imágenes no era muy buena, al fin y al cabo estaban tomadas con un móvil, pero los comentarios que había sobre ellas no tenían desperdicio. Y eso que no entendía ni la mitad de lo que decían. ¿Qué narices sería un badajo? Lo buscó en Internet. Abrió los ojos como platos y jadeó ofendido. ¡Sus huevos no parecían un badajo! Continuó leyendo. Por lo visto a los usuarios de la página web les había parecido muy divertida la idea de Silvia. Se ruborizó sin poder evitarlo. Se mofaban de él, de su postura, del tamaño de su polla y de la forma de sus huevos...

—¿Te encuentras mal, Tuom? Estás rojo como un tomate. —Escuchó en ese momento a Karol.

Cerró de golpe la tapa del portátil y negó nervioso con la cabeza.

—¿Seguro? —preguntó Karol, mirándole preocupado—. Pareces enfermo.

—No soy yo quien lleva un ramo de flores inodoras entre las manos, eres tú el que pareces enfermo... de amor —replicó Tuomas al punto—. ¿Son para tu ladrona? —Karol asintió, sin dejar de observarle con los ojos entrecerrados—. Quizá sean un obsequio demasiado... tradicional —comentó con sorna—. No sé por qué, pero me da la impresión de que a Laura le gustaría más el plano de un banco o de una joyería.

Karol curvó los labios en una sonrisa tan mordaz como soñadora y, sin dedicarle una sola mirada más, se dirigió a la torre.

Tuomas se apresuró a abrir el portátil de nuevo en cuanto su amigo desapareció del salón.

Sus fotos seguían allí, obscenamente humillantes.

Despojado de su cara y elegante ropa. A cuatro patas sobre el astillado suelo de madera de un cobertizo. Con una cuerda saliéndole del culo, los testículos colgando como badajos y la polla apuntando a un cubo metálico.

No había sido difícil para Silvia humillarle. Había visto su emponzoñado interior con diáfana claridad. Solo había tenido que despojarle de la carcasa que le cubría para dejarle sin defensas. Sin dignidad. Porque, para qué negarlo, él tenía un cuerpo magnífico, una cara atractiva, un vestuario digno de envidia y un alma putrefacta que le había impulsado a traicionar y humillar a su mejor amigo.

Se merecía las mofas y burlas de los comentarios. Se merecía la humillación de verse expuesto en una página de sexo cutre. Se merecía todo lo que ella quisiera hacerle. Pero, era tan difícil de aceptar. Tan duro de asumir.

Cerró el portátil y arrugó la nota entre los dedos.

Miraba el jardín desierto a través de la ventana cuando Karol regresó al salón tiempo después. Se giró lentamente y, al verlo con las flores en la mano y vestido como un figurín, esbozó una cáustica sonrisa que no le llegó a los ojos.

—¿Ya has ideado el plan magistral para conquistar a tu ladrona? —inquirió divertido.

—He decidido que voy a improvisar —replicó Karol, encogiéndose de hombros.

—Desde que volviste ayer de París has estado encerrado en la Torre, pensando, ¿y ese es el mejor plan que se te ha ocurrido? —Karol se encogió de hombros, más nervioso de lo que quería aparentar—. Es el mejor plan de todos, amigo, tu chica no admitirá nada que no sea la sinceridad más absoluta. Suerte —le deseó con la misma sinceridad que acababa de mencionar.

Karol sacudió la cabeza, agradecido, y enfiló hacia la puerta principal.

Tuomas le observó abandonar la casa, estaba radiante, esperanzado. Iba a reunirse con su enamorada. A buscar su felicidad. Bien sabía Dios que se la merecía. Había luchado por alcanzarla durante toda su vida. Y ahora la tenía al alcance de las manos.

Sintió un dolor como no había sentido en su vida.

Quería formar parte de lo que Karol había conseguido.

Quería que su amigo le contara sus planes y volviera a confiar en él.

Más aún, quería disfrutar de su propio pellizco de felicidad.

Pero antes tenía que pagar por ello.

Esperó hasta escuchar el motor del todoterreno alejarse y abrió el puño que había mantenido cerrado. Volvió a leer la segunda dirección escrita en él, correspondía a la calle de un pueblo situado a pocos kilómetros de Alicante. Bajo la dirección Silvia había escrito una hora. Miró el reloj de su muñeca, tragó saliva y se apartó de la ventana. No podía seguir viviendo sumido en los remordimientos. Tenía que liberarse de ellos. Y la única manera de conseguir eso era pagando para sacar la cuenta de sus pecados de los números rojos.

## El trepidante embrujo del amor

23 de junio de 2010

L AURA tecleó la última orden, subió el volumen de los altavoces al máximo y, dando una eufórica palmada, saltó de la silla y comenzó a bailar una peculiar danza de la victoria. *Pixie*, por supuesto, se unió a ella. Saltó entre los pies de su humana mientras esta bailaba como lo harían los egipcios, o como las Bangles decían que bailaban los egipcios que, seguramente, no tendría nada que ver con cómo bailaban los egipcios en realidad. Fuera como fuese, Laura estaba eufórica y necesitaba dar salida a esa efervescencia que bullía en todo su ser. Esa misma mañana había conseguido encontrar por fin la minúscula brecha en la seguridad de la Sapk que tanto necesitaba. Y ya había abierto una puerta trasera y el *rootkits* que la ocultaba. Ahora solo le faltaba colarse dentro y decidir con qué le podía hacer más daño al papá de Karol.

—¡Te voy a joder vivo, cabrón! —gritó feliz mientras sacudía con fuerza las caderas y proyectaba los brazos, con las manos y los dedos muy estirados, a ambos lados de su cuerpo.

*Pixie* se irguió —más o menos— sobre las patas traseras, imitando a su humana. Laura meció la cabeza con fuerza al más puro estilo *heavy metal*, mezclado eso sí, con el baile ficticiamente egipcio. *Pixie* alzó las patas delanteras y arrugó los bigotes. Laura metió el pie derecho en la caja de virutas de embalaje del hurón. *Pixie* se lanzó ofendido contra la estúpida humana que estaba destrozando su juguete favorito. Laura perdió el equilibrio cuando, al intentar esquivar al proyectil animal en que se había convertido *Pixie*, pisó con el pie libre una caja de *pizza* que había en el suelo. La caja de *pizza* salió disparada. Laura cayó de culo, haciendo volar la caja de virutas y *Pixie*, destrozado por la pérdida, se vengó de la única manera que sabía: saltó a la mesa y empujó con saña una pila de revistas, tirándolas al suelo. Laura gritó enfadada, ¡había tardado siglos en hacer esa torre! *Pixie*, herido por los gritos de su humana, saltó a la encimera de la cocina, se irguió sobre las patas traseras y se apoyó, con muy mala leche, en el *brick* de zumo —abierto, por supuesto— que allí había. Laura se lanzó hacia él para impedir el desastre. *Pixie* empujó. Laura gritó. La música terminó. Y el timbre sonó.

Laura se quedó petrificada.

El timbre volvió a sonar.

Con insistencia.

Como si quien estuviera tras la puerta llevara un rato llamando sin que nadie le hiciera caso.

Laura miró a *Pixie*.

*Pixie* se escondió en su jaula. De tonto no tenía ni un pelo.

Laura apagó los altavoces y luego se acercó a la puerta. Se puso de puntillas y pegó un ojo a la mirilla para ver si sus temores eran acertados.

Lo eran.

Karol estaba en el rellano. Tan atractivo como impecable. Se había engominado el pelo azul y lo llevaba de punta. Vestía unos ajustadísimos pantalones, de un blanco nuclear, abarrotados de cremalleras negras de distintas longitudes, todas ellas abiertas, mostrando su pálida piel. Piel que quedaba bien a la vista gracias a la camiseta sin mangas, y casi sin costados, que apenas le cubría el torso. Completaban su imagen unos botines tan azules como su pelo y la raya de los ojos profusamente pintada de negro, sombreando el párpado inferior con un ligero estilo gótico que no desentonaba en absoluto con la claridad marmórea de su piel. Estaba guapísimo.

Y ella estaba hecha un desastre.

Suspiró.

Soltó un sentido «¡joder!».

Volvió a suspirar y abrió la puerta.

Karol la miró de arriba abajo, parpadeó, miró tras ella, parpadeó más rápido, volvió a mirarla y arqueó una ceja. Estaba (des)vestida con unos *boxer* de hombre y una vieja camiseta manchada de...

—Espero que eso sea zumo de tomate —comentó, tendiéndole las flores que había recogido esa misma tarde para ella.

—He tenido un pequeño percance con *Pixie* —replicó Laura arrebatándole el ramo de las manos—. ¿Flores, Karol? Vaya, ¡qué original! —comentó con sorna, llevándose las a la nariz—. ¿Las has recogido tú? —inquirió sorprendida al no oler nada. Era imposible que él las hubiera cortado, su ratoncito no era el tipo de hombre que se tomaba la molestia de meterse en un jardín con unas tijeras de podar y elegir flores para su chica. ¿O sí?

Karol asintió esbozando una orgullosa sonrisa. No había sido fácil cortarlas, o quizá sí lo hubiera sido con una herramienta apropiada, pero como había querido hacerlo él mismo, había esperado a que Silvia se marchara y justo cuando ella ya no estaba, se había dado cuenta de que había olvidado preguntarle cómo cortarlas. Así que se había decantado por uno de los cuchillos de la cocina. Quizá no había hecho la mejor elección. Pero ¿quién iba a pensar que los tallos de las flores fueran tan duros? Él no, desde luego. Además, el cuchillo de sierra debería haber cortado. Para eso tenía sierra. Para cortar. ¡Pero no sus dedos!, pensó mirándose el pulgar envuelto en una tiritita.

—Debí haberlo imaginado, solo tú eres capaz de elegir esta mezcla de colores y que quede tan bonito —comentó Laura ignorando con una sonrisa los daños colaterales en las manos de Karol—. Son preciosas, gracias —dijo, dándole un ligero beso en la barbilla antes de apartarse de la puerta e indicarle con un gesto que pasara.



Karol entró en el estudio, esquivó el enorme charco rojo que se extendía junto a la cocina y las cientos de revistas desparramadas en el suelo y esperó junto al sillón lleno de cajas de *pizza* a que Laura cortara la boca a una botella de refresco de cola de dos litros para luego llenarla de agua. Frunció el ceño. Cualquiera diría que una ladrona tan buena como ella viviría con algunas cuantas comodidades más. Pero no. El estudio seguía siendo tan diminuto, desordenado y espartano como recordaba.

—¿Trabajas en algo? —preguntó de repente, al darse cuenta de que eso era algo que desconocía de su ladrona. De hecho, eran muchas las cosas que no sabía de ella. Aunque no le importaba. Conocía lo importante. Cómo era. Cómo sentía. Cómo amaba. Y que trataba las flores que acababa de regalarle como si fueran el regalo más valioso del mundo. Sonrió ufano.

—¿Aparte de dedicarme a robar, quieres decir? —replicó ella al punto. Karol asintió—. Trabajo para una empresa de seguridad —indicó, mirando los tallos de las flores según las colocaba en la botella.

¿Con qué demonios las habría cortado Karol?, pensó mientras acariciaba las enormes flores rojas que parecían vulvas con embelesado cariño. Su ratoncito se había cortado un dedo —lo miró de reajo—, tres dedos por conseguir esas flores. ¡Era un encanto! Se acercó a él y le dio un beso de tornillo que le dejó sin respiración.

—¿TGSystem? —inquirió él cuando recuperó el aliento.

No cabía duda de que había acertado de pleno con las flores. Le regalaría un ramo nuevo cada día. Aunque se quedara sin dedos en el proceso. Y, hablando de dedos, se llevó dos al paquete e intentó colocárselo de manera que la argolla dejara de frotarle la polla, porque, si continuaba así, acabaría por mancharse los pantalones. Había sido un error caer en la tentación, le estaba costando la misma vida contenerse. Y eso por no hablar del dolor de huevos derivado de la excitación constante.

—¿Te ha costado mucho trabajo sumar dos y dos? —se burló Laura, observando de reajo sus tejemanejes en la entrepierna. Pobrecito, parecía estar muy, muy, muy cachondo. Se lamió los labios, lasciva.

—Con todo el dinero que me cobran bien podrían pagarte un buen sueldo —masculló él.

—Ah, eso. Cobro un buen sueldo, pero como no me gustan mucho las tareas de la casa, prefiero tener pocas cosas. Así hay menos que limpiar.

—Ah, pero ¿limpias alguna vez? —inquirió Karol mordaz.

—Es una pena —dijo Laura con desafiante ironía. Karol arqueó una ceja, confundido—. Es una pena que con lo bien que habías empezado, la hayas fastidiado tanto —resopló dirigiéndose a la puerta y abriéndola—. Di adiós.

Karol observó a su ladrona, suspiró profundamente y se quitó la camiseta.

—¿Alguien te ha dado permiso para despelotarte? —inquirió Laura, estrechando los ojos intrigada. Se mordió los labios para no sonreír de oreja a oreja. Su ratoncito iba a pelear. Tal vez fuera buena y le dejara llevarla a la cama, tras una buena lucha, por supuesto. No era cuestión de desaprovechar la increíble erección que lucía.

—¿Te he contado alguna vez que Eberhard secuestró a Sofía? —le soltó él, ignorando los alaridos desesperados de su palpitante pene y sus tensos testículos para dirigirse al fondo del estudio.

Laura parpadeó sorprendida. ¡¿Qué tenía que ver el tocino con la velocidad?! Y, sobre todo, ¿adónde narices se dirigía y por qué no se había quitado aún los pantalones? ¡Pero si estaba a puntito de caramelo! ¿Cómo podía seguir manteniendo encerrada su gorda y deliciosa polla? ¡Menuda crueldad!

—Sí. Eso hizo. La secuestró y la llevó al Templo. Y allí la conquistó —continuó diciendo Karol, dándole la espalda al detenerse frente al estrecho armario.

—¿Y tú crees que esos métodos prehistóricos te van a dar resultado conmigo? —preguntó divertida. Su ratoncito a veces era tan inocente... y tenía un culito tan mono. De buena gana le daría un mordisco.

—No. Además, tú ya has estado en el Templo.

Abrió la puerta y seleccionó de entre todas las prendas que allí había una minifalda vaquera de volantes y una blusa de tirantes que dejó sobre la cama.

Laura lo miró perpleja. ¡¿Pero qué narices estaba haciendo?!

Karol sonrió al ver su gesto. No era fácil sorprender a su ladrona, y él lo estaba haciendo. Irguió la espalda, orgulloso, y se dirigió hacia donde ella continuaba inmóvil, todavía sujetando la puerta abierta. Le apartó la mano del pomo y cerró. Luego se cernió sobre ella, acorralándola contra la pared, y enredó los dedos en el bajo de la vieja camiseta. Ella arqueó una ceja y se cruzó de brazos, desafiante, impidiendo que se la quitara.

—Ya te advertí que no era una chica fácil —le espetó altanera.

—No, no lo eres. Eres una chica manchada de zumo de tomate —replicó Karol con voz suave—. Eber no conquistó a Sofía porque se atreviera a secuestrarla —continuó contando la historia—, sino porque se atrevió a dejar de tener miedo —afirmó pegando su boca a la de ella en un dulce beso a la vez que comenzaba a subirle la camiseta por la tripa.

—Estás haciendo trampas —murmuró Laura contra su boca—. No puedo resistirme a tus besos...

—Lo sé —replicó, cortando el beso para quitarle la camiseta.

Luego, enredó los dedos en los *boxer* que aún vestía y se los fue bajando sin dejar de besarla en el cuello, los pechos, la tripa y por último el pubis. Dio un pequeño lametón en el delicioso clítoris y ascendió de nuevo a su boca.

Laura cerró los ojos, decidida a disfrutar un poco más de sus besos y caricias antes de complicarle un poco el cortejo. Le envolvió las caderas con una pierna y se frotó contra su abultada erección como una gata en celo. Él respondió alzándola contra su pelvis y echando a andar. Laura sonrió maliciosa contra sus labios, pobrecito, en cuanto la dejara en la cama, lo empujaría, tirándolo al suelo. ¿Acaso su ratoncito no aprendía nunca?

Karol sintió la sonrisa de ella contra su boca, y reprimió la suya propia. Profundizó el beso y, sin dejar de restregarla contra su rígida polla, abrió los ojos, comprobando que ella los tenía cerrados, y se dirigió al cuarto de baño. Entró en la ducha y la soltó de repente. Ella bajó los pies al suelo para no acabar cayendo de culo. Él le guiñó un ojo, dio un paso atrás y giró la llave del agua caliente. Una lluvia templada cayó sobre ella, empapándola.

—Dúchate, apestas a zumo de tomate —dijo, saliendo del diminuto habitáculo y cerrando la puerta.

—¡Pero bueno! —le llegó el grito ofendido de ella, seguido de un fuerte golpe en la puerta que sonó a la altura de su cabeza.

Karol tomó nota mental de protegerse la cabeza cuando cabreara a Laura; no cabía duda de que tenía una puntería excelente. Arrugó la nariz mientras se miraba el torso desnudo; tenía restos de zumo de tomate esparcidos por las tetillas, donde se había apoyado contra ella. Había hecho bien en despojarse de la camiseta. Y también en no ducharse con su ladrona. Había imaginado una noche inolvidable, y desde luego no empezaba con una sesión de sexo rápido en la ducha. De hecho, tenía otra cosa mucho mejor que el sexo en mente. Se pinzó la nariz. Apestaba a tomate. Se dirigió al fregadero. Extrañamente no había platos sucios en él. Luego recordó las cientos de cajas de comida preparada que había esparcidas por todo el estudio y entendió el motivo de que no los hubiera. Se inclinó sobre la pila y abrió el agua caliente para asearse. Un grito furioso desde el cuarto de baño le indicó que el calentador no era capaz de proporcionar agua para dos grifos a la vez. Lo cerró con rapidez y continuó lavándose con agua fría.

«Es lo que tiene el amor —pensó—; no importa sufrir si con eso contentas a tu amada».

Acabó de asearse y volvió a colocarse la camiseta, decidido a no olvidar por qué estaba allí y en qué trampa no debía caer.

—Ya estoy —dijo Laura saliendo del baño—. ¿Y ahora qué? ¿Qué maravillosa idea se te ha ocurrido para conquistarme? —preguntó enfurruñada. La había puesto cachonda, la había despelotado, la había metido en la ducha, ¡y se había largado! ¡Cabrón!

—Cierra los ojos —dijo Karol, acercándose a ella con una sonrisa depredadora. Estaba preciosa envuelta en esa toalla de florecitas rosas.

—¿Que los cierre? No estarás pensando en volver a meterme en la ducha para brillantarme, ¿verdad? Porque te lo advierto, soy una ladrona mala malísima que está al límite de su escasa paciencia. Te puedo hacer la vida imposible —le amenazó estirando mucho el dedo índice.

—Quiero vestirme —susurró, retirándole embelesado un mechón de cabello húmedo del rostro.

—¿Vestirme? —Laura echó un vistazo a la ropa que había sobre la cama, se encogió de hombros y cerró los ojos.

Karol la despojó lentamente de la toalla para después susurrarle al oído que se agarrara a sus hombros. Ella obedeció y él se agachó lentamente hasta quedar arrodillado frente a ella. Le hizo levantar un pie y luego el otro, para a continuación comenzar a ascender despacio los dedos por sus piernas llevando con ellos las delgadísimas tiras de lo que Laura imaginó era un tanga.

Pero no lo era.

Porque los tangas no tenían nada de metal en la entrepierna, ¿verdad?

Ni eran tan absolutamente diminutos.

Ni tenían algo que se mecía contra su piel.

Abrió los ojos de golpe.

—No hagas trampas —susurró Karol besándola en los párpados—. Tengo que colocarlo bien antes de que puedas verlo.

Los cerró de nuevo.

Karol colocó el *lo-que-fuera* de metal sobre su clítoris, enmarcándolo. Encajó la cinta que salía de ese marco entre sus labios vaginales de forma que le frotara la entrada de la vagina para luego ascender por la grieta entre sus nalgas como un tanga normal y corriente. Solo que no era normal. Ni corriente. Y además, el marco, o lo que fuera que le había colocado sobre el clítoris, tenía algo que se balanceaba sobre él. Acariciándolo. Excitándolo.

¡Oh, Dios!

—Ya está —susurró Karol dando un paso atrás para contemplar su obra.

Laura abrió los ojos y bajó la mirada a su entrepierna.

—¡Jo-der! —jadeó sin aliento.

El *lo-que-fuera* era un corazón de oro, hueco, que tenía una perla engarzada en oro blanco que colgaba de él y le rozaba el clítoris cada vez que se movía.

—¿Dónde lo has conseguido? —susurró atónita. Jamás había visto nada igual.

—Conozco una joyería erótica en Paris; me pasé a echar un vistazo —comentó Karol, admirando su regalo. Era perfecto para ella.

—Ah... —musitó ella más sorprendida de lo que quería aparentar. Su rey del deseo había volado a Paris para comprarle una joya. ¡WOW!—. Es alucinante... Y me pone a mil —confesó meneando las caderas. Un suave gemido escapó de sus labios cuando la perla le rozó el hinchido clítoris—. ¿No hay joyas para vosotros? —indagó intrigada. Y al ver el destello en los ojos de Karol, sonrió con pícaro curiosidad y se lanzó a desabrocharle los pantalones.

—No —la detuvo él—. Tenemos que irnos; ya lo verás más tarde —dijo poniéndole la blusa y agachándose para hacer lo mismo con la falda.

—Pero ¿qué clase de conquista es esta? —se quejó ella meciendo las caderas. Era extraño sentir el coño tan desnudo bajo la ropa—. Se supone que ahora es cuando tienes que tirarme en la cama e intentar hacerme el amor...

—Mucho me temo que a la ladrona que pretendo conquistar no le gustan las cosas previsibles. Ni fáciles. Me ha pedido que me esfuerce. Y eso voy a hacer —comentó

abriendo la puerta y haciendo una reverencia—. Adelante, bella dama.

Laura arqueó una ceja, esbozó una peligrosa sonrisa, y salió del estudio. Ya se ocuparía al día siguiente de limpiar el desastre, al fin y al cabo, tampoco era que se notara mucho entre todo el caos que siempre reinaba allí.

Acompañó a Karol hasta el todoterreno, y este, tomándola del brazo, la llevó hasta la mismísima puerta del conductor, dándole las llaves.

—¿Quieres que conduzca?

—Tengo ciertos problemas con el enfoque y las distancias, por lo que cuando conduzco necesito taparme el ojo —comentó él poniéndose el parche en el ojo derecho a la vez que daba la vuelta al coche para acomodarse en el lugar del copiloto—. Y por la noche me da la impresión de que mis reflejos menguan. No es que no pueda conducir —especificó—, pero prefiero que tú lo hagas por mí —explicó acomodándose en el asiento—. No corras demasiado.

—Me gustaría matar al hijo de puta de tu padre —siseó Laura arrancando el coche.

—No. No te gustaría —replicó Karol con una embelesada sonrisa en los labios. Su agresiva ladrona no era más que una gatita enfurruñada que arañaba pero no mordía.

—Está bien, no me gustaría matarle. Pero sí me gustaría arruinarle —gruñó pegando un fuerte acelerón.

Karol arqueó una ceja, suspicaz. Eso sí que la veía completamente capaz de hacerlo.

—¿De verdad no quieres que te ayude? —le preguntó Laura tiempo después, casi rozando la media noche. Estaba tumbada bocabajo sobre una enorme manta que Karol había extendido en la arena y le enfocaba con una linterna que dejaba bastante que desear.

—No puede ser tan complicado —gruñó él amontonando por enésima vez los cuatro palos que había sacado del maletero del todoterreno y colocando entre ellos una bola de papel de periódico que se apresuró a encender. Y que el viento apagó de un resoplido.

Laura contuvo una carcajada histérica. Estaba totalmente excitada. El corazoncito de oro y la perlita estaban haciendo estragos en su coño. Y en su clítoris. Y en su vulva. ¡Joder, si incluso le estaba poniendo cachonda el roce de la cinta contra el agujero del culo! Y Karol, en vez de oler su excitación, empalmarse, ponerse *bruto* e intentar follarla como un jodido animal sobre la manta, ¡tenía su estúpida nariz metida en una hoguera que de ninguna manera iba a arder!

Emitió un desesperado gruñido, se puso en pie y se dirigió al sendero de tablones de madera que, en ese lugar recóndito de la playa de la Mata, recorría el linde entre el Parque del Molino del Agua y las dunas que daban inicio a la playa.

Karol esperó a que ella se alejara y luego se giró hasta quedar sentado en la arena. Esbozó una satisfecha sonrisa. Le estaba sacando de quicio, tal y como pretendía. Metió la mano bajo la cinturilla de los pantalones y se colocó la gruesa erección de manera que le molestara lo menos posible. Cosa harto difícil e improbable. Si ella estaba cachonda, él estaba cardíaco; su olor era tan intenso que cada vez que inhalaba sufría una sobredosis de lujuria y, por si eso no fuera suficiente para volverle loco, la argolla estaba haciendo estragos en su contención. Pero resistiría. Estaba en juego su futuro. Tenía que sorprenderla. Demostrarle que jamás se aburriría a su lado. Hacer que le deseara más allá de todo límite y, cuando lo consiguiera, unirla a él para siempre. Se acarició el pene para encontrar un poco de alivio mientras ella deambulaba por los tablones, agachándose de vez en cuando para coger algún palito que encontraba, hasta que de repente...

Karol se incorporó de golpe. Alarmado.

¡¿Qué narices estaba haciendo su ladrona?!

Robar, evidentemente.

Laura arrancó uno de los tablones sueltos que conformaba el paseo. Luego otro. Y así hasta cuatro, que sujetó contra su cuerpo con un brazo. Luego regresó, se arrodilló junto a Karol, excavó un amplio hoyo en la arena y cubrió el fondo con trozos de periódico. A continuación hizo varias bolas de papel que colocó en el centro del agujero, las cubrió con los palitos que había recogido, formando un tipi y, robándole el mechero de la mano, prendió fuego a las bolas, protegiéndolas con la mano libre.

Cinco minutos después, cuando el fuego crepitaba tomando fuerza, colocó los tablones que había arrancado alrededor de la incipiente hoguera, formando un tipi mayor a la vez que sonreía complacida.

—¿Vas a quemar los tablones del paseo? —inquirió Karol, tragando saliva—. Son un bien público. Del ayuntamiento...

—Estaban medio rotos, ni siquiera he tenido que tirar mucho para arrancarlos. Tenían que cambiarlos de todas maneras, así que casi puede decirse que les he hecho un favor —replicó ella encogiéndose de hombros.

—¿No crees que va a ser una hoguera demasiado grande? Se supone que no se puede hacer fuego en la playa —comentó preocupado. Malo era hacer fuego sin permiso, pero hacerlo además con tablones robados... en fin.

—Es la noche de San Juan, estamos en mitad de una playa inmensa, alejados de cualquier asomo de civilización y los vecinos más cercanos están a más de quinientos metros y tienen una hoguera tres veces más grande que la nuestra. Nadie va a venir a detenernos. Relájate —dijo ella burlona, sentándose en la manta—. ¿Podemos cenar ya? —inquirió, apretando los muslos para hallar algún alivio. El que fuera. Caminar buscando palitos no había sido la mejor idea para calmar el fuego que devoraba su cuerpo. ¡Maldita perla!

Karol esbozó una picara sonrisa al ver su gesto, y acto seguido se levantó del suelo, mostrando sin pudor la tremenda erección que se marcaba bajo sus pantalones;

tomó la mochila y sacó un par de bocadillos envueltos en papel de aluminio.

Laura los miró con los ojos entrecerrados.

—¿De qué son? —preguntó, no es que fuera muy romántico, pero lo cierto es que ni esperaba ni deseaba una cena de gala en mitad de la playa. De hecho, prefería eso. Más rápido de comer, para poder follar con su ratoncito lo antes posible.

—De tortilla de patatas.

—Dime que no los has hecho tú —susurró sopesando con cierto resquemor uno de ellos—. Porque si la tortilla es obra tuya, y cocinar se te da igual de *bien* que hacer hogueras, nos vamos a morir de hambre.

—Los ha hecho Esmeralda —replicó él, un poco picado.

—¡Gracias, Señor! —exclamó Laura mirando al cielo, y, acto seguido, abrió el bocata, tomó un pequeño trozo de tortilla y se lo metió en la boca.

Gimió al saborearlo.

Karol gimió también, solo que él no había probado su bocadillo.

Laura sonrió, bebió un largo trago de agua, y volvió a gemir.

—Lo estás haciendo a propósito —gruñó él, removiéndose para recolocar el pene en sus estrechos pantalones.

—¿Ocurre algo? —preguntó toda inocencia, clavando la mirada en la entrepierna de Karol—. Oh, pobrecito, mira cómo estás. ¿Quieres que tu reina te lo cure? —murmuró, dejando el bocata en el mantel, ¿quién quería tortilla, teniendo una deliciosa salchicha disponible?

Se lanzó sobre Karol y, mientras le lamía la boca, le desabrochó con desquiciante lentitud los botones de la bragueta. No había acabado de soltar el último y la endurecida e inquieta verga ya había saltado a sus manos. La sacó de los pantalones, bajando estos lo suficiente para que le enmarcaran los testículos. Se arrodilló y acunó con golosa impaciencia la verga entre los dedos mientras se inclinaba hacia su regazo con una sola idea en la mente: darse un atracón.

Karol soltó el bocadillo que todavía sostenía en las manos cuando el aliento de Laura le calentó la polla. Se echó hacia atrás, recostándose sobre los codos, y observó con lujuria contenida como ella entreabría los labios y depositaba un suave beso sobre su pene. Se estremeció sin control al sentir su ávida lengua acariciándole el glande para luego presionar contra la abertura de la uretra. Jadeó elevando las caderas cuando le arañó la sensible piel de la corona con los dientes. Gimió sollozante cuando le chupó golosa, avanzando cada vez un poco más, lamiéndole las venas que surcaban el tallo y succionándole perezosa el frenillo. Y, a punto estuvo de correrse cuando su cálida y húmeda boca le albergó hasta la empuñadura. Cerró los ojos y arqueó la espalda, al borde del orgasmo, solo para sisear frustrado cuando ella se apartó de repente.

—Eres una caja de sorpresas —susurró Laura, empujándole para que se acercara más al fuego y poder ver mejor la joya que le adornaba el sexo y que acababa de palpar con la lengua—. Es alucinante... ¿La llevas puesta toda la noche? Claro que sí

—se respondió a sí misma—. No te has apartado de mí ni un segundo —susurró asombrada mientras tocaba la alhaja muerta de curiosidad. ¿Cómo podía parecer tan tranquilo? Ella estaba al borde del orgasmo por culpa de su corazón de oro, y llevaba solo un par de horas con él.

Karol emitió un quedo gemido cuando Laura recorrió la suave cinta de algodón elástico que le encerraba los testículos y la base del pene. Cinta que a su vez servía de sujeción para la argolla de oro que le rodeaba el tallo, pero sin ajustarse a él, de manera que a cada movimiento el pesado aro le frotaba las pelotas y la verga.

Llevaba toda la noche sufriendo esa excitante tortura.

Y ahora Laura estaba jugando con ella, acariciándole los huevos y el pene de paso. Respirando sobre el glande. Lamiéndole la gota de semen que acababa de escapar de la uretra. Gimiendo a la vez que se chupaba los labios.

No lo resistió más. La tomó de la cintura y la sentó a horcajadas sobre él para luego agarrarse la polla y dirigirla al único lugar en el mundo en el que quería estar.

—Estamos impacientes esta noche —comentó Laura al sentirle apartar la cinta del tanga.

Dejó que la colocara en posición y descendió con lentitud, empalándose con su pene. Se restregó contra él, sintiendo en el clítoris la suavidad de la perla y la calidez de la piel de su ratoncito. Y cuando Karol, incapaz de mantenerse inmóvil, hincó los talones en el suelo y comenzó a mecer las caderas, dio un salto, apartándose de él y echó a correr.

Karol exhaló una ronca carcajada, se subió los pantalones, sujetándoselos con una mano —en ese momento le era físicamente imposible cerrar la bragueta— y salió corriendo tras ella. La atrapó al llegar al sendero de madera, pero se le escapó de entre los dedos haciendo un ágil quiebro. ¡Gata traviesa! Continuó persiguiéndola sin perder un instante. Se internaron en el Parque del Molino de agua, espantando a los murciélagos que volaban tranquilos por encima de sus cabezas, y volvió a atraparla al llegar a un diminuto estanque de aguas verdosas. La besó apasionadamente, envolviéndola en sus brazos y ella se frotó contra él, debilitándole, para luego darle un fuerte empujón y echar a correr de nuevo. Karol suspiró, y acto seguido fue tras ella, disfrutando como nunca con el juego. Atravesaron iluminados senderos de piedras rosas asustando a lagartijas colirrojas y asustándose a su vez, al menos Karol, poco experimentando en las lides del campo, de una culebra que, ofendida, le sacó su bífida lengua. Laura estalló en una alegre carcajada al escuchar el grito aterrado de su ratoncito, y sin parar de correr, abandonó las sendas humanas para perderse entre dunas pobladas por achaparrados y retorcidos pinos carrascos.

Karol la siguió, feliz de sentir de nuevo la suave arena de la playa bajo sus pies descalzos. Ascendió sin resuello una duna especialmente empinada y cuando llegó a la cima, Laura le estaba esperando. Le echó las manos a la nuca, enredó uno de sus pies en los de él, y lo tiró al suelo. Se montó a horcajadas sobre él y se meció



lentamente contra su pene apenas erecto, haciéndole gemir de placer y, obviamente, endureciéndolo de nuevo.

Karol se incorporó hasta quedar sentado y la envolvió entre sus brazos; esta vez no se le escaparía.

—¿Me quieres? —susurró ella, frotándole las tetas contra los labios.

Karol no respondió, tenía la boca ocupada en paladear los tentadores pechos de su ladrona. Incluso con la tela de por medio eran una delicia.

Laura echó la cabeza hacia atrás y exhaló una risa que acabó convirtiéndose en un gutural gemido. Su travieso ratoncito estaba usando los dientes con sus pezones y los dedos con su clítoris. Le dejó continuar un instante más antes de tensar los músculos de las piernas y repetirle la pregunta.

—¿Me quieres?

—Más que a nada en el mundo.

—Pues entonces... ¡Atrápame y no me dejes escapar! —gritó saltando de su regazo y echando a correr de nuevo.

O al menos intentándolo.

Porque, Karol podía tropezar dos veces con la misma piedra, pero no tres. La aferró el tobillo y tiró, haciéndola caer. Y Laura, en lugar de rendirse, esbozó una juguetona sonrisa y se impulsó pendiente abajo, hacia la playa.

Karol la observó rodar por la duna y luego levantarse de un salto y echar a correr. Por supuesto, fue tras ella. Su ladrona jamás jugaba para perder, y eso incluía no dejarse pillar por él. Ni tan siquiera ponérselo un poco más fácil. Si quería atraparla, en todos los sentidos, tenía que poner toda la carne en el asador y demostrarle que no se arredraba ante nada. Por tanto, cuando se percató de que se le iba a escapar de nuevo, hizo lo único que podía hacer: se lanzó sobre ella y la abrazó con fuerza, tirándola de nuevo al suelo. Rodaron juntos unos cuantos metros hasta detenerse sobre del sendero de madera que separaba la playa del parque. Ella intentó zafarse, pero él no la soltó. Rodaron de nuevo, hasta acabar en la playa, envueltos en fina arena y bulliciosas risas. Ella bajo él. Las piernas de Laura rodeando las de Karol. Y las manos de Karol sujetando las muñecas de Laura.

Él fijó la mirada en ella, y sonrió. «No te dejaré escapar. Nunca».

Ella fijó la mirada en él, y sonrió. «No me dejarás escapar. Nunca».

Karol bajó la cabeza y la besó. Despacio. Con lánguida pasión y contenido frenesí. Embriagándose con la esencia de ella. De ambos. Absorto en el tacto de sus pieles sudorosas y crujientes por la arena. En la promesa de sus dedos entrelazados y en el combate de sus labios mordientes y sus lenguas pendencieras.

—Te quiero en el Templo, conmigo —jadeó sin respiración, su boca junto a la de ella.

—Convénceme —le desafió Laura, envolviéndole la cintura con las piernas para mecerse contra él.

—No —gruñó él, sujetándola ambas muñecas con una mano para con la otra sacarse el pene de los pantalones—. No necesito convencerte. Eres mi reina. Tu lugar está en el templo, conmigo.

—Eso suena un poco machista, ¿no crees? —replicó Laura, exhalando un ronco jadeo cuando él la penetró.

—Me es indiferente. Te quiero en el Templo. Conmigo. A mi lado. Siempre —gimió entrecortadamente con cada embestida.

—¿Por qué? —inquirió ella retorciéndose de placer. Cada vez que él enterraba su gruesa y dura polla, frotaba ese punto totalmente enloquecedor de su interior y a la vez friccionaba con su pelvis contra la joya y esta le amasaba el clítoris. ¡Casi no era capaz ni de pensar!

—¿Por qué, qué? —siseó Karol con los dientes apretados. Cada vez que se enterraba en Laura, ella le ceñía con fuerza la polla y su vagina palpitaba contra él, mientras que la argolla le masajeaba los testículos y la base del pene, robándole la poca cordura que le quedaba.

—¿Por qué debería vivir contigo, en el Templo, para siempre? —gimió ella, arqueando la espalda para que la penetrara más profundamente, y de paso para recordarle que tenía un par de preciosas tetas que estaban completamente abandonadas.

—Porque vives en una pocilga diminuta, y yo te ofrezco un templo del deseo —indicó él, prestándole la atención requerida a sus hermosos pechos.

—¡Eh! ¡Mi casa será una pocilga, pero es mía! —jadeó sin aliento, dándole un tirón a su maravilloso pelo azul.

—Porque estás harta de comer hamburguesas y *pizza*, y Esmeralda cocina de maravilla y está deseando alimentarte y malcriarte —la tentó, arrancándole la estúpida blusa para tener acceso completo a sus arrugados pezones. Gimió contra uno antes de pasar al otro.

—Tentador, pero no lo suficiente —objetó ella, apretándole la cabeza contra sus pechos a la vez que alzaba las caderas para mecerse contra su polla. Esbozó una pícaro sonrisa al comprender que su ratoncito estaba jugando a ser el gato. Se enamoró un poco más de él, si es que eso era posible—. Busca otra razón, y que sea un poco más convincente, por favor.

—Porque te quiero y tú me quieres a mí —declaró Karol penetrándola hasta la empuñadura y haciendo girar la pelvis.

—¡Cuánta seguridad! Y yo que creía que solo estaba encaprichada —gimoteó Laura dejando caer la cabeza hacia atrás—. Tendrás que esforzarte un poco más para conven...

—No he acabado —la interrumpió Karol. Se quedó inmóvil dentro de ella, consiguiendo toda su atención—. Tienes que quedarte conmigo porque te necesito. Porque ya no sé vivir sin ti. Me has puesto la vida patas arriba y ahora no puedes dejarme solo —aseveró con voz profunda, sus ojos bicolores atrapando los verdes de

ella—. Había aceptado que jamás amaría ni tendría a nadie que me amara, y era todo lo feliz que podía ser viviendo una vida a medias. Hasta que apareciste tú y me hiciste desear lo que nunca me atreví a soñar. Y ahora quiero más. Más de ti. Más de tu cuerpo. Más de tu sabor. Más de tu olor. Más de tus retos y más de tus risas. Quiero más. Solo más. Y no creo que sea fácil saciarme.

—Eres un ladrón —susurró Laura acariciándole el rostro, estremecida por sus palabras—. Me acabas de robar el corazón.

—Es lo justo, tú hace tiempo que me robaste el mío —susurró Karol meciéndose de nuevo, moviéndose dentro de ella a la vez que bajaba la cabeza para volver a besarla.

—Ah, no. Ni se te ocurra besarme ahora —rechazó Laura girando la cabeza—, estoy demasiado sensible y emocionada, y conseguirías cualquier cosa de mí...

—¿Ah, sí? Que interesante —murmuró antes de lamerle la comisura de los labios—. Vivirás en el templo, conmigo. En nuestra Torre.

—*Pixie* vendrá conmigo —exigió ella apartando la cabeza. No iba a dejar que la besara. Podía resistirse a su polla y sus embestidas. A sus caricias y sus malditas joyas sexuales, pero no a sus besos. Y necesitaba estar consciente para negociar, así que no habría besos.

—Se quedará en la parte de abajo, la torre es solo para los reyes —aceptó Karol. Se hundió por completo en ella, frotando la pelvis contra la joya de su clítoris, y cuando ella jadeó, se apoderó de su boca.

La besó hasta dejarla suave contra él, tan lánguida y receptiva que el más mínimo roce la hacía estremecer. Y él se estaba ocupando de rozarse mucho contra ella. La rozaba con sus manos, con sus dedos, con sus labios, con sus dientes, con su pene...

—Quiero un... santuario —alcanzó a decir Laura, luchando contra el inminente orgasmo.

—Ya sabes las reglas. Solo puedes tenerlo si me quieres —la retó.

—Oh, por favor, sabes que cumplo las reglas —gimoteó Laura elevando las caderas para pegarse más a él—. Hace meses que las cumplo.

—Eso no me vale. Quiero oírtelo decir, bella dama —replicó él, sin apartar la vista de sus ojos.

Laura apretó los labios.

Karol sonrió con provocadora picardía y comenzó a moverse más rápido. Más duro. Más profundo.

Ella le clavó los talones en las nalgas y las uñas en los hombros, instándole a no parar. A darse más prisa. A ser más brusco. A enterrarse con más fuerza.

Él echó la cabeza hacia atrás, y se mordió con fuerza los labios, intentando contener el incontenible orgasmo que amenazaba con desbordarle antes de conseguir saciarla a ella.

Ella se abrazó con fuerza a su cuello, pegando los labios a su oreja.

—Te quiero —susurró en voz apenas audible. Karol gimió con fuerza y comenzó a temblar—. Te quiero —dijo un poco más alto.

—Te quiero —susurró él, uniendo su voz a la de ella.

Karol se empaló profundamente en ella, y su interior le ciñó con fuerza, latiendo contra la rígida verga en alas de un orgasmo que no parecía tener fin y que le provocó su propio éxtasis.

Hundió la cara en el hueco del cuello femenino y se embriagó con el olor que Laura desprendía mientras temblaba debajo de él. Excitación, pasión, lujuria y, por encima de esos matices, un olor más potente, más intenso. Un olor adictivo y fascinante, mágico en todas sus facetas. El del amor correspondido.

Tuomas se limpió las lágrimas que le surcaban las mejillas con el dorso de la mano.

Le había hecho llorar.

Le había hecho gritar.

Le había hecho suplicar.

Ignorando el placer que le producía el roce del *plug* que penetraba su ano, se sentó despacio sobre el viejo colchón lleno de bultos y, encorvando la espalda para que las pinzas no le tirasen, se limpió las lágrimas que habían vuelto a brotar de sus ojos, emborronándole la visión. Sí. Silvia le había hecho llorar. Había gritado, implorándole que se detuviera. Y había gemido y sollozado. Y le estaba agradecido por ello, porque por cada lágrima vertida, había liberado un pecado. Solo le quedaban mil más que pagar.

Pero no esa noche.

Había agotado por completo sus fuerzas y su determinación. Solo quería quitarse toda la parafernalia que llevaba encima, irse al Templo y encerrarse en su dormitorio con la cabeza bajo la almohada para no escuchar a Karol regresar feliz y enamorado. Era incapaz de ver el brillo de sus ojos bicolores sin que se le agarrotara el estómago por la envidia.

Tal vez no era tan buen amigo como pretendía ser. Una amarga risa escapó de sus labios. ¿Cuándo había sido bueno con alguien? Sacudió la cabeza y las pinzas se mecieron, trasmitiéndole destellos de dolor y placer. Malditos artefactos infernales. Inspiró despacio, obligándose a guardar una aparente calma y de un tirón se liberó las tetillas. Jadeó sin aliento cuando el dolor estalló en sus torturados pezones. Se los frotó hasta calmar el ardor y luego reculó por la cama, el *plug* anal moviéndose en su interior, haciéndole jadear. Apoyó entre resuellos la espalda en la pared en la que debería estar el cabecero. Aún no tenía fuerzas para levantarse.

Su visión era de nuevo borrosa por culpa de las estúpidas lágrimas. Volvió a limpiarse los ojos y echó un vistazo a su alrededor. Estaba en uno de los dos dormitorios de esa diminuta casa baja. Sentado sobre sábanas amarillentas en un colchón que probablemente tendría más años que él, desde luego sí tenía más bultos

que él, y Tuomas gozaba de unos estupendos y trabajados abdominales. Estaba rodeado por paredes blancas y suelos de terrazo. Iluminado por una bombilla, tan desnuda como él, que colgaba del techo mientras una vieja cámara le enfocaba. Y, sobre todo, estaba solo. Acompañado únicamente por sus atroces pecados y sus indeseados remordimientos. Se movió ligeramente a la derecha, desde allí podía ver a Silvia. Estaba al otro lado de la puerta, en el salón que distribuía las distintas estancias. Tecleaba algo en un viejo ordenador. Imaginó que estaría subiendo a Internet las fotos y los vídeos que acababa de hacerle. A la página web de sexo más cutre de todas. Tampoco era que mereciera más. Además, eso era exactamente lo que él quería. Sufrir. Como había sufrido Karol. Ser humillado, como él había humillado a su amigo. Pagar por sus pecados, liberarse de los remordimientos, silenciar su conciencia.

Nuevas lágrimas corrieron por sus mejillas. Pero esta vez no se las limpió.

Parpadeó hasta que su vista se aclaró y dirigió la mirada a su ingle, donde su insolente polla continuaba erecta. Sonrió desdeñoso. Tampoco en esa ocasión se había permitido llegar al orgasmo. O tal vez debería decir que Silvia le había concedido no llegar al orgasmo. Le había pedido que no le permitiera correrse. Y ella había accedido. Tras hacerle llorar. Y suplicar. Y gritar.

Sacudió la cabeza, decidido a ignorar esos recuerdos, y centró los ojos en el grueso anillo de silicona que le ceñía el escroto y la base del pene. De él salía una delgada extensión que le recorría el perineo para acabar hundiéndose en su ano, donde se convertía en una bola que, a cada movimiento, le frotaba la próstata acercándole al indeseado orgasmo.

Deslizó los dedos por el juguete, había tenido varios de ese estilo, con una y dos bolas, solo que los suyos eran de oro y de platino. Desde luego no de simple y barata silicona. Había sido un esnob incluso en ese aspecto. Todavía lo era. Pero aun así, agradecía a Silvia la deferencia de haberse gastado el dinero en ese juguete en vez usar uno que ya tuviera, pues era evidente que la joven no nadaba en la abundancia. Y, también era innegable por cómo había desarrollado la escena, que le gustaba jugar con *cockrings*<sup>[5]</sup> y que sabía cómo sacarles el mejor partido. De hecho, a la vista de cómo le había ornamentado la polla, no había duda de que a la arisca jardinera parecían gustarle mucho los jodidos adornos sexuales.

Retiró los dedos del anillo que le apresaba el escroto y, mordiéndose los labios para silenciar los gemidos que pugnaban por escapar de su garganta, ascendió lentamente por el tallo hasta tocar la baratija que le cubría el glande. También era nueva, Silvia la había sacado del paquete delante de él. Era una serpiente de plata, con el cuerpo enroscado y la cabeza alzada. El cuerpo, por supuesto, era un anillo que le ceñía el tallo mientras que la cabeza ascendía por el glande para acabar hundiéndose un par de centímetros en la uretra. Acarició la fruslería y un fogonazo de placer le recorrió el cuerpo, haciéndole palpitar la polla y tensando más aún sus testículos.

No había duda de que Silvia tenía una perversa imaginación, pensó mientras rozaba con las yemas de los dedos las delgadas cadenas que ella había enganchado a la cabeza de la serpiente para unir las a dos pinzas de tender la ropa, que eran las que acababa de quitarse. Un invento barato y cutre, pero muy eficaz. Cada vez que ella tiraba de las cadenas, las pinzas le torturaban las tetillas y le tiraban de la serpiente, que a su vez le frotaba el glande y la uretra, moviéndole la polla, por lo que el anillo de la base movía el *plug* anal, provocándole un placer como jamás había sentido con cada tirón.

Y, Silvia sabía perfectamente cómo y cuándo tirar de las malditas cadenas para mantenerlo al borde del orgasmo.

Cerró los ojos, visualizando de nuevo toda la escena que habían desarrollado.

La joven había orientado una vieja cámara de vídeo hacia la cama en la que él estaba tumbado de espaldas y, tras ponerla a grabar, le había ordenado levantar las caderas y masturbarse. Y él lo había hecho. Se había sacudido la polla mientras ella caminaba a su alrededor, sacándole fotos. Se la había meneado con las piernas bien abiertas y el culo bien alto, mostrando a la maldita cámara el *plug* que se hundía en su ano. Hasta que no había podido más. Hasta que los testículos se contrajeron dispuestos a descargarse y su polla palpitó al borde del orgasmo.

Se había detenido. Aún no estaba dispuesto a correrse. Todavía tenía que pagar más.

Y ella había agarrado la cadena y había empezado a tirar. Volviéndole loco. Acercándole más y más al indeseado éxtasis.

Le había pedido que se detuviera. Ella se había negado, riéndose mientras le informaba de quién decidía si él debía correrse o no. También le había dado una palabra de seguridad, una que él nunca sería capaz de pronunciar, con la consigna de que en el momento en el que la dijera, ella pararía. Para siempre. Se acabaría ese juego. Y todos.

Así que se había clavado las uñas en las palmas de las manos y había comenzado a humillarse. Al fin y al cabo eso era lo que había ido a buscar allí.

Había suplicado jadeante que se detuviera.

Había gritado, implorándola que parara.

Y al final había llorado.

Había vertido amargas lágrimas al sentirse al borde del orgasmo. Y ella había parado. Solo para volver a torturarle minutos después. Una y otra vez. No sabía durante cuánto tiempo había estado atormentándole, ni cuantas lágrimas había vertido mientras el aborrecido e indeseado placer le recorría implacable.

Silvia se había detenido cuando él ya no era capaz de soportarlo más y la odiada palabra de seguridad estaba a punto de escapar de sus labios. Había soltado las cadenas con insensible desinterés para después sacar las tarjetas de memorias de la cámara de fotos y de la de vídeo. A continuación había ido al salón para encender el

viejo portátil y subir la película y las imágenes a Internet mientras él continuaba llorando en la cama. Agotado. Mortificado. Confundido.

En paz.

Por primera vez en mucho tiempo con la conciencia callada y los remordimientos amordazados.

La paz no había durado mucho, apenas unos minutos, pero, tras tres años de agónico arrepentimiento, era un descanso sentir que había liquidado el primer plazo de su deuda.

De repente, escuchó de nuevo sus gritos suplicantes. Por lo visto Silvia había subido la grabación a Internet y ahora estaba recreándose en ella. Esbozó una asqueada sonrisa, eso era ni más ni menos lo que se merecía. Cerró los ojos, permitiendo que las lágrimas fluyeran libremente de ellos.

Silvia se giró sobre la silla y observó al perfecto y guapo polaco al que no podía detestar a pesar de habérselo propuesto. Continuaba llorando. Sintió lástima por él. Por el sufrimiento que había leído en sus preciosos ojos verdes. Por la dolorosa necesidad que él sentía de expiar unos pecados que jamás debería haber cometido. Por los remordimientos que le torturaban, obligándole a doblegarse y suplicar. Se sintió tentada de acudir a su lado y acariciarle la frente para sosegarle de alguna manera.

Negó con la cabeza, poniendo los ojos en blanco. ¿Acaso era una idiota que no aprendía las lecciones? No podía confiar en los hombres guapos y perfectos. Eran desalmados y crueles. Y jugaban con los sentimientos de las chicas tontas y débiles como ella.

No necesitaba otra lección, había aprendido bien la primera.

Intuyendo que él se había tragado todo el teatro, detuvo la reproducción del audio que había grabado y subió a la página web las primeras fotos que le había hecho, aquellas en las que todavía mostraba orgulloso su pene erecto y su penetrado y prieto culo; le proporcionarían dinero suficiente como para cubrir los juguetitos que le había comprado y de paso le servirían de prueba. Apuntó los enlaces para dárselos al polaco. Eran una buena coartada si él quería comprobar que las había colgado, aunque dudaba de que se atreviera siquiera a escribir las direcciones en la barra de su navegador. Apagó el portátil y regresó al dormitorio. Él abrió los ojos al oírla entrar, pero no se movió.

—¿Aún sigues empalmado? —inquirió, mirándole la entrepierna con fingido desprecio.

—Es complicado deshacerme de la erección con estos anillos puestos, la próxima vez piénsalo un poco antes de decorarme como un árbol de navidad —replicó altanero señalando la serpiente—. Tienes un gusto espantoso.

Silvia no pudo evitar sonreír. Puede que el polaco quisiera que le humillara y le obligara a suplicar, pero dudaba de que aguantara mucho. No estaba hecho para ser sumiso. Era un magnífico espécimen, orgulloso y arrogante. Y además tenía una

bonita polla, gorda y larga, con sinuosas venas recorriéndole el tallo y unos tensos testículos un poco más oscuros que el resto de su piel. Era una lástima que no quisiera hacer uso de tan agradables atributos.

—Si te hubieras corrido no tendrías este problema —repuso ella, sentándose en la cama, peligrosamente cerca de las caderas de él—. ¿Quieres que lo solucione? —le preguntó desafiante, envolviéndose la mano con la cadena que aún se anclaba al pene para tirar de ella.

Tuomas jadeó, alzando las caderas a la vez que negaba con la cabeza.

—Creo que aún no lo has comprendido —le espetó Silvia, dando un nuevo tirón antes de envolverle el pene con la mano libre y comenzar a masturbarle—. En lo que a ti respecta, soy una jodida diosa del buen gusto, porque si me dices lo contrario, me puedo enfadar y mandarte a la mierda... y entonces, ¿quién te humillará y te hará llorar? ¿Cómo pagarás tus pecados? ¿A quién suplicarás que no te permita correrte? —le instigó, presionando el pulgar contra la serpiente que se hundía en el glande.

Tuomas gimió, sujetándole las manos para que parara. Para que se detuviera el placer.

Ella chasqueó la lengua, simulando disgusto. No le daba ni dos semanas más soportando esa fantochada. Y bien que le venía a ella, pues tampoco creía que pudiera fingir mucho más tiempo que era una cabrona prepotente.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? —le preguntó—. Ya sabes cuáles son las reglas.

Tuomas emitió un quedo gemido y apartó las manos. Sí, sabía cuáles eran las reglas. Tenía que acatar todo lo que ella quisiera hacerle.

—Eso está mejor. Ahora pídemelas.

Tuomas apretó mucho los dientes, y se disculpó.

—Buen chico —dijo ella, pellizcándole las mejillas antes de salir del cuarto.

Tuomas se tumbó de lado, sollozando de placer y rabia mientras las lágrimas volvían a surcar sus mejillas. Se acunó la palpitante polla con una mano mientras se sostenía los punzantes y doloridos testículos con la otra.

Silvia negó con la cabeza desde la puerta, apenada. Entendía la necesidad de mortificarse que él sentía. Ella también la había sentido. Y por eso mismo sabía que no le serviría de nada, excepto para cavar más profundo el pozo.

Fue a la cocina y, cuando regresó, volvió a sentarse en la cama y le instó a tumbarse bocarriba con las piernas separadas. Tiró despacio del *plug* que le invadía el ano mientras él contenía los jadeos de placer, y cuando lo hubo sacado, le untó los genitales de aceite con suaves caricias. Luego aferró con los dedos el anillo de silicona que rodeaba el escroto y la base del pene e, ignorando los gemidos que el polaco no conseguía contener, tiró de él, quitandoselo. Y por último, le colocó sobre el pene un paño en el que había envuelto varios hielos.

Tuomas siseó, arqueando la espalda ante el desagradable dolor.



—Si no quieres correrte no queda otra opción —le indicó Silvia con amabilidad—. No debes permanecer más tiempo con los anillos puestos.

Tuomas la miró asustado al escuchar su tono afable. Ella no podía ser amable. Tenía que hacerle sufrir, hacerle pagar, humillarle. No podía ser buena con él. ¡No se lo merecía!

—Así que has venido a visitar a Karol —comentó ella de repente, haciéndole jadear espantado—. Oh, vamos, no me mires así. Solo pretendo centrar tu atención en algo que no sea tu polla, a ver si conseguimos que se aplaque un poco —le explicó divertida, guiñándole un ojo.

Quizá fuera por ese guiño divertido o tal vez porque estaba agotado y confundido o, simplemente, porque necesitaba hablar con alguien a quien no hubiera herido, alguien que no le juzgara ni tuviera que perdonarle, que, tras un breve silencio contestó.

Y resultó que establecieron una extraña tregua mientras su erección bajaba. Y también después. Pues él no se molestó en advertirle de que el anillo ya le quedaba holgado, y ella por su parte, fingió no darse cuenta de que el pene que había bajo sus manos se había reducido considerablemente.

## El traicionero encanto de la esperanza

22 de julio de 2010

—**N**o es eso lo que acordamos —rebatía Karol, usando su tono de voz más agresivo—. No, no me vale Travertino. Dije Silk Georgette y eso es exactamente lo que quiero. Me es indiferente lo que haya pasado, soluciónenlo o buscaré otra contrata —exigió, colgando el teléfono con brusquedad.

Observó los planos que había dejado sobre la mesa, comprobó los datos por enésima vez y luego, esbozando una complacida sonrisa, se recostó contra el respaldo de la silla, pasó las manos tras la nuca y subió los pies a la mesa. Hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien trabajando. De hecho, que él recordara jamás se había divertido cuando ejercía como consultor para su padre. Fue un poco mejor cuando Wlod le desterró de la Sapk y de Polonia y usó sus peculiares cualidades para convertirse en inversor. Pero tampoco había sido divertido, solo necesario. Pero esto, ah, esto era... adictivo. Le llenaba por completo. Adoraba diseñar casas y seguir paso a paso los avances en su construcción, discutir con los encargados y romperse la cabeza buscando soluciones a los problemas que de repente aparecían. Le encantaba ponerse el casco y las botas de seguridad y recorrer el terreno mientras las cuadrillas levantaban el esqueleto. Le daba la vida.

Cerró los ojos y vio la casa de Tuomas en el interior de sus párpados. Los enormes ventanales curvos estaban dando algunos problemas. El horno que debía templarlos no era lo suficientemente grande para los que formaban la parte central del abanico, y habían tenido que trasladarlos a Madrid, lo que retrasaría un poco los plazos, algo por otro lado de lo más común. Visualizó los suelos revestidos de Travertino y frunció el ceño. ¡De ninguna manera! Era imprescindible que fuera mármol Silk Georgette, era el único que se adecuaba a la personalidad de Tuomas. Claro, de líneas refinadas en el que se intuía cierta calidez bajo la severa elegancia, perfecto para... Arrugó la nariz y abrió los ojos, todas las imágenes borradas de su cerebro cuando un olor casi inesperado llegó hasta él. Sonrió perezoso y plantó de nuevo los pies en el suelo para hacer girar las ruedas de la silla con un ligero impulso.

Laura estaba de pie, frente al alto ventanal que había en la pared contraria a la que estaba la mesa. Vestida con un mono de látex que la cubría por completo y que *silenciaba* su olor. De hecho no habría podido descubrirla de no ser porque se había abierto la cremallera que cerraba la prenda, dejando al descubierto su piel desnuda desde el cuello hasta el ombligo.

La vio sonreír orgullosa, y él sonrió a su vez.

Ahora que su ladrona dormía con él en la Torre, lo que imposibilitaba que se colara allí ya que siempre entraban juntos, había tenido que buscar otra manera de

provocarla. Y la había hallado en su despacho. No le había dado las claves de acceso, y ella se lo había tomado como un reto, tal y como él pretendía. Así que, un par de veces a la semana, Laura se colaba allí y le observaba en silencio sin que él se diera cuenta, hasta que de repente se deslizaba debajo de su mesa y le devoraba la polla, o le hacía cosquillas, o le montaba, o intentaba besarle mientras él hablaba por teléfono con los encargados de la obra, con los bancos, con los corredores de bolsa... Era una gatita muy traviesa, y él la adoraba. Se suponía que debía atraparla en el mismo momento en el que saltaba de la ventana, pero era excesivamente silenciosa y sigilosa, y ahora que había descubierto cómo eliminar su olor sin el revelador ruido del plástico, era casi imposible cazarla. Karol curvó los labios ladino, tenía que inventar algo que la descubriera cuando entrara, y ya tenía algunas ideas... Aunque, en ese momento, prefería ayudarla a librarse del ajustado mono que llevaba. Arrugó la nariz al percatarse de...

—¿Polvos de talco? —preguntó curioso tomando un mando que había sobre la mesa antes de levantarse de la silla y caminar hacia ella.

—Es complicado meterme en un traje tan ajustado —explicó ella tensando las piernas, decidida a escapar por la ventana en el mismo momento en el que su rey se acercara. Seguía siendo una chica mala malísima, no era cuestión de ponérselo fácil—. Tal vez quieras ayudarme a quitármelo... —Bajó un poco más la cremallera, descubriendo su tentador vientre.

—Por supuesto —aceptó Karol pulsando un botón del mando. Las persianas bajaron con rapidez, tapiando la ventana.

—Vaya. Así que esto es lo que hacían aquí los obreros que me robaste ayer de mi Edén —murmuró mirándole orgullosa. Su ratoncito había ideado la manera de que no pudiera escapar por la ventana. Dio un paso a un lado, dirigiéndose a la puerta.

—Ya sabes que aprendo rápido —replicó él, sin moverse de donde estaba—. Por cierto, también cambiaron el sistema de apertura de la puerta. Ya no se abre desde dentro, a no ser que marques una clave que solo yo conozco —indicó risueño. Su reina había caído en la trampa.

—Sabes que anularé esa clave en cuanto tenga mi ordenador —le advirtió ella desafiante—, y que también bloquearé el mando de las persianas.

—Sí —reconoció él, aproximándose a ella—, pero para eso, antes tendrás que salir de aquí —musitó contra su boca antes de besarla—. Y vas a tener que esforzarte mucho para convencerme de que te deje libre...

Cuando por fin permitió que Laura escapara del despacho era casi la hora de la comida. Subieron a la torre para darse una ducha rápida y luego volvieron a bajar al salón. Aunque solo él se quedó allí, pues Laura corrió a la cocina a cerciorarse de que *Pixie* y *Esmeralda* seguían cumpliendo la extraña tregua a la que habían llegado. Karol no pudo evitar sonreír al pensar en la inquieta mascota. Era igual que su dueña.

Solo estaba tranquilo por las tardes, cuando se echaba una larga siesta bajo su menhir. Las mañanas las ocupaba en robarle comida a Esmeralda y jugar con Silvia en el jardín, y por las noches se dedicaba a recorrer la planta baja en busca de las golosinas y juguetes que Laura le escondía. Y, en caso de que Eber, Zuper y las chicas estuvieran allí, se hacía el remolón hasta que alguno de ellos, o todos, jugaban con él. No cabía duda de que se había convertido en el juguete de sus amigos. De todos menos de Tuomas, que cada vez se mostraba más apartado y silencioso.

Karol desvió la mirada hacia la parte trasera del salón, hacia las ventanas que daban al jardín de flores. Como cada mañana, allí estaba Tuomas, apostado frente a los cristales, observando depredador a la mujer que trabajaba con las flores. Acechando cada movimiento que hacía para, en el momento en el que ella entraba en la casa para ayudar a su abuela a servir la comida, él salir presuroso y recorrer las zonas en las que ella había trabajado. Algunas veces, Tuomas regresaba de su paseo con el ceño fruncido mientras que otras, las más, una extraña sonrisa iluminaba su semblante. Jamás regresaba con gesto indiferente. Fuera lo que fuera lo que viera en el jardín, siempre despertaba en él alguna emoción. Emoción que por supuesto no compartía con nadie. Su amigo se estaba convirtiendo en un experto en volverse invisible. Apenas hablaba durante la comida, y en cuanto esta acababa, se encerraba en su habitación hasta la mañana siguiente, excepto las tardes en las que abandonaba el Templo para regresar bien entrada la noche, atravesar el salón taciturno, sin hablar con nadie y encerrarse en su dormitorio.

Karol suspiró pesaroso, cada día que pasaba Tuomas se mostraba más esquivo y retraído. Cada vez era más difícil hablar con él, saber qué le pasaba por la cabeza, qué pensaba.

—Me ha llamado el encargado de la obra —comentó acercándose a él—. Se han equivocado con la entrega y han cambiado el Silk por Travertino.

—No importa —musitó Tuomas sin apartar la vista de la ventana.

—Por supuesto que importa —protestó Karol—. Ya me he ocupado de solucionarlo. Mañana por la mañana me voy a acercar para ver cómo van los cimientos. Deberías venir.

—No.

—No, porque no te interesa; o no, porque no quieres perderte tu cita diaria con la ventana.

Tuomas curvó los labios apenas.

—No, porque no quiero faltar a mi cita con la ventana.

—Si tanto te gusta la mujer que hay tras el cristal, tal vez deberías salir de casa, atravesar el jardín y hablar con ella. O permanecer aquí cuando Silvia entre a poner la mesa e intentar entablar una conversación. Estoy seguro de que no muerde.

—Sí muerde —musitó Tuomas en voz tan baja que Karol dudó haberlo escuchado—. Hay un refrán español que sí comprendo —dijo repente, sin que viniera a cuento, pegando la frente al cristal—. Cree el ladrón que todos son de su condición. —Karol

enarcó una ceja, confundido—. Estás enamorado de tu ladrona, y ella te corresponde. Crees que todos podemos tener lo que tú tienes. Pero algunos no nos lo merecemos —susurró afligido siguiendo con la mirada a la joven que en esos momentos atravesaba el jardín en dirección a la casa—. Además, yo no creo en el amor.

—Sigue repitiéndotelo, Tuom, tal vez algún día te convenzas de ello —replicó Karol sujetando a su amigo cuando este hizo ademán de alejarse—. Nunca has sido un cobarde, quédate.

—No es miedo, sino impaciencia, frustración y obediencia —replicó Tuomas, dejándole completamente confundido a la vez que se zafaba de su agarre para dirigirse a la puerta.

Donde se encontró con Silvia.

Ambos se quedaron paralizados, sus miradas encontradas pronunciando palabras que solo ellos podían oír.

—Saltan chispas entre ellos —susurró Laura tras Karol, envolviéndole la cintura con las manos para acabar deslizándolas sobre su torso desnudo.

Karol estrechó los ojos al percatarse por vez primera de cómo crepitaba el aire que rodeaba a su amigo y a la tímida jardinera que olía a lavanda. Les observó con atención, ambos permanecieron inmóviles durante un instante eterno, hasta que de repente, Tuomas encogió los hombros y, esbozando una desolada sonrisa, salió de la casa. Y, en ese momento, Silvia giró la cabeza, siguiendo al polaco con la mirada mientras sus labios se curvaban, iluminando de picardía su semblante normalmente apagado.

Karol frunció el ceño, confuso ante cómo interpretar lo que había visto.

—No sé qué juego se traen entre manos, pero cada día que pasa están más tristes —comentó Laura, preocupada.

—¿Están? ¿Los dos? —preguntó él. Tuomas estaba melancólico, pero Silvia no se comportaba de manera distinta a como lo hacía siempre, excepto por esa extraña sonrisa que acababa de vislumbrar.

—Sí. Los dos. Me paso un buen rato cada mañana jugando con Silvia y *Pixie* en el jardín, sé de lo que hablo. Le busca de la misma manera que él la busca a ella. No pasa un minuto sin que su mirada vuele a esta misma ventana, y, sin embargo, en vez de intentar encontrarse con él, se esfuerza en ignorarle, aun sabiendo que él pasa las horas observándola. No sé a qué juego están jugando, pero hay más de lo que nos dejan ver. Y les está destrozando.

Karol asintió en silencio mientras miraba por la ventana.

Tuomas marchaba presuroso hacia el jardín, sin embargo, al llegar allí, ralentizó sus pasos, prestando especial atención a las flores. Flores que jamás en su vida le habían interesado lo más mínimo. Hasta ahora. Le vio acariciar los rojos anturios que Silvia había estado regando y acuclillarse frente a los azules agapantos ¿buscando algo?

Se distrajo al escuchar a Esmeralda y Silvia hablar con Laura. Su ladrona tenía razón, la joven parecía más triste que hacía un par de semanas. También más cansada. Como si no descansara bien por las noches. Igual que su amigo. Las ayudó a poner la mesa y luego se sentó mientras que Esmeralda servía los platos. No fue hasta que Silvia y sus abuelos se montaron en el viejo Seat Toledo y salieron del templo, que Tuomas regresó a la casa. Y cuando lo hizo, Karol se percató de que tenía esa extraña sonrisa en los labios.

Tuomas se sentó a la mesa, miró sin ver su plato y comenzó a comer mecánicamente mientras acariciaba con los dedos de la mano izquierda la nota que Silvia había escondido entre los agapantos. Maldita y magnífica mujer. Le hacía recorrer de rodillas el jardín en busca del papel que contenía la promesa de un nuevo encuentro. Y él apenas podía contener su impaciencia cuando lo encontraba. Era una tortura. Una muy placentera. Aunque debería ser humillante. Frunció el ceño. ¿En qué momento había dejado de sentirse humillado para sentirse esperanzado? No era eso lo que necesitaba. Ni lo que merecía.

—¿Saldrás esta noche, Tuom? —le preguntó de repente Karol, sacándole de sus pensamientos.

—Eso parece —replicó él, incapaz de reprimir la sonrisa que acudió a sus labios.

—¿Adónde irás? —indagó Karol, intentando tirar de la lengua a su amigo.

—A pagar mis pecados —fue la extraña respuesta que le dio antes de sumirse en el silencio más absoluto.

Karol estrechó los ojos, confundido, e hizo ademán de continuar preguntándole, pero Tuomas negó con la cabeza, la alegría que había brillado en sus ojos había dado paso a un turbio pesar.

—Está bien —aceptó, mirando de refilón a Laura, quien observaba a Tuomas en un tenso silencio—. Esta mañana me ha llamado el abogado de mi padre —dijo de improviso, haciendo que la atención de Tuomas y Laura se centrara en él—. Wlod quiere negociar conmigo.

—¿Negociar? —siseó Laura aferrando con fuerza un cuchillo.

—Ten cuidado con eso, bella dama, no querrás clavármelo por error, ¿verdad? —bromeó, quitándole el cuchillo—. Quiere llegar a un acuerdo —continuó diciendo una vez hubo apartado cualquier posible arma del alcance de su irascible reina—. Me he negado, por supuesto. Pero me temo que no dará el tema por zanjado —farfulló golpeándose los labios con los dedos.

—Que venga, estoy deseando darle su merecido —amenazó Laura estrechando los ojos—. Tengo algo pensado que estoy segura de que le va a encantar.

—Eso es lo que me da miedo —musitó Karol fijando los ojos en Tuomas. Este asintió con la cabeza, entendiendo el mensaje: protegería a la reina—. Si Wlod aparece por aquí no te acercarás a él —le exigió a Laura—. Te encerrarás en la torre y nos dejarás actuar a nosotros.

—Sí, claro, como la última vez. Para que os hagan papilla —replicó ella con sorna. Y lo cierto era que no le faltaba razón—. Si viene, él y yo llegaremos a un acuerdo, no lo dudes —afirmó enseñando los dientes, antes de convertir esa mueca en una agradable sonrisa—. Por cierto, he estado hablando con los albañiles; nuestro Edén estará listo en una semana... siempre y cuando dejes de robarme obreros, claro —dijo, chasqueando la lengua.

—¿Una semana más? Larga obra para un simple santuario. Estoy deseando ver qué has hecho ahí abajo —murmuró Karol, inclinándose para besarla.

Tuomas clavó la vista en las bocas unidas, en las lenguas que lamían los labios, en las respiraciones cada vez más agitadas, en los ojos cerrados de ambos. ¿Por qué no podía tener él eso? Porque no se lo merecía. Cerró los ojos y, junto con el aroma a lavanda que siempre la envolvía, una imagen de Silvia se dibujó en el interior de sus párpados. Ella sentada en la cama, hablando con él mientras esperaban a que su erección bajara. No eran amigos. No eran amantes. No tenían nada en común ni lo tendrían nunca. Pero no podía dejar de pensar en ella.

En besar sus labios gruesos mientras se perdía en su penetrante mirada.

Se levantó bruscamente de la silla, sobresaltando a sus amigos, que ya habían dejado de besarse y estaban enfrascados en una conversación sobre el nuevo santuario que estaban decorando. El Edén de Laura, como a ella le gustaba llamarlo.

—¿Tuom? ¿Qué te pasa? —le preguntó Karol, preocupado.

—Debo prepararme para mi cita —murmuró abandonando el salón para ir a su habitación.

Cerró de un portazo y luego se aseguró de echar la llave para que nadie pudiera entrar. Se desnudó con rapidez y se tumbó en la cama, la mirada fija en el techo mientras imaginaba como sería besar a Silvia.

Era extraño. No hacía más que pensar en eso. En besarla. En probar su sabor. Algo que nunca haría, por supuesto. Ella no estaba interesada en él, y nunca lo estaría. Para ella solo era una diversión, además de una fuente de ingresos, como se encargaba de recordarle en cada cita. Sonrió desdeñoso. Ella seguía haciéndole fotos y vídeos que colgaba en Internet, pero lo cierto era que a él apenas le molestaba que lo hiciera, era mucho más degradante llorar ante ella mientras le imploraba a gritos que no le obligara a correrse.

Silvia tenía una imaginación portentosa, se lo había demostrado una y otra vez. Le llevaba al límite sin apenas esforzarse. Le mantenía excitado y al borde del orgasmo sin importarle sus súplicas, hasta que se sentía tentado de usar la maldita palabra de seguridad que ella había elegido. Y eso que prefería morirse antes que usarla. Pero no prefería correrse antes que usarla, por tanto, estaba seguro de que acabaría gritándola. Silvia no cejaría en su empeño. Y él no tendría más remedio que rendirse. Y entonces ella se detendría. Y permanecería a su lado, hablando con él mientras esperaba a que se le bajara la erección, como cada noche.

Sintió un revoloteo en el estómago al pensar en eso. Eran los mejores momentos del día, cuando hablaban de cualquier cosa sin importancia. Silvia era una gran conversadora y a él le encantaba escucharla. Y deseaba besarla. Más de lo que nunca había deseado nada.

Saltó de la cama y fue al cuarto de baño para ducharse, no quería llegar tarde a su cita.

Silvia dio un paso atrás, examinando con atención cada detalle. Había sacado al salón la cama del cuarto que siempre usaba Tuomas. Una vez vaciada la estancia había clavado una sábana negra en la pared, extendido otra en el suelo y, frente a ellas, había colocado un reflector de sombrilla para conseguir luz de contraste. Sacó con cuidado la cámara de fotos de la bolsa acolchada y la sopesó con cariño, no era muy moderna, pero sacaba unas fotos maravillosas. Era su tesoro. Sonrió al sentirse un poco como Gollum y, sin soltar la máquina, tomó el taburete que había traído de la cocina y lo posicionó sobre la sábana del suelo. Miró a través del objetivo y se fue moviendo por la habitación para fotografiarle desde todos los ángulos. Cuando acabó, revisó las fotos, cambió la posición de la sombrilla reflectora para que iluminara un espacio neutro y volvió a mirar por el objetivo.

Asintió satisfecha.

En las instantáneas que sacara esa tarde Tuomas parecería estar flotando en el espacio.

Colocó de nuevo el taburete sobre el plástico que había preparado al fondo de la habitación, comprobó la paleta y los pinceles y regresó al salón con la cámara. Apenas media hora después, sintió el potente motor del coche del polaco frente a la casa. Se asomó tras las cortinas de la ventana, desde luego era una suerte que se hubiera mudado a vivir allí cuando Víctor la traicionó. Si aún siguiera en el pueblo las murmuraciones sobre su enigmático y rico visitante ya habrían llegado a sus abuelos... y estos no habrían tardado en atar cabos.

Contempló distraída el coche a través del objetivo de la cámara. Un Maserati descapotable, tan elegante y presuntuoso como su dueño. Sonrió ante este pensamiento y luego sintió que se le secaba la boca al ver al polaco apearse del vehículo. Comenzó a apretar el disparador. El extraño acuerdo que mantenía con Tuomas sería tan efímero como las flores sobre la nieve, sin embargo, las imágenes que guardara de él serían eternas. Un recuerdo atemporal del magnífico hombre que una vez fingió poseer.

Se recreó en él mientras sacaba una foto tras otra; tenía el pelo rubio y largo hasta el cuello, con reflejos más claros enmarcándole la cara. El flequillo, recogido tras las orejas, dejaba a la vista sus enigmáticos y atormentados ojos verdes. Su cuerpo destilaba refinamiento e inmodestia. Sabía que era guapo y no se molestaba en ocultarlo. Vestía unos pantalones negros de cintura baja, un chaleco gris marengo con



un brillo muy parecido a la seda, quizá lo fuera, y una camisa de lino blanca con cuello mao. Y estaba guapísimo. Y ella se volvía idiota con los chicos guapos. Buena prueba de ello eran las cientos de fotografías que le había sacado en esas semanas sin que él lo supiera. Como una ladrona de almas. Como una idiota medio enamorada.

Se golpeó la cabeza contra el cristal para obligarse a reaccionar y acto seguido se dirigió a la entrada.

Tuomas estaba a punto de golpear la puerta con los nudillos cuando Silvia la abrió, dejándole sin respiración. Estaba descalza, cubierta apenas con vestido negro de tirantes que casi parecía un camisón. Se ajustaba a sus pechos rotundos, su vientre plano y sus voluptuosas caderas para descender por sus piernas, meciéndose con sensualidad sobre sus muslos antes de finalizar un par de centímetros por encima de sus rodillas.

Era la carnalidad hecha mujer.

—Ya sabes a dónde tienes que ir —le dijo ella con voz eróticamente ronca.

Él tragó saliva y cruzó el umbral para atravesar el salón distribuidor. Contempló sorprendido la cama volcada contra la pared y entró en el cuarto donde siempre lo torturaba. Se quedó inmóvil en el umbral. ¿Qué demonios?

—Hoy vamos a hacer algo distinto —dijo tras él—. Necesito un lienzo y tú vas a serlo. Desnúdate y colócate sobre el plástico —le ordenó dirigiéndose al taburete que había en el fondo de la habitación.

Tuomas miró las pinturas y los pinceles, el plástico del suelo y las sábanas negras en la pared.

—¿Un lienzo? —se dirigió hasta donde le había señalado y comenzó a desnudarse.

—Sí —aprovechó que estaba de espaldas para sacarle algunas fotos más, Tuomas era especialmente hermoso cuando entraba en ese cuarto y se sentía vulnerable—. Quiero participar en un concurso de *body painting* erótico de una página web a la que estoy suscrita. No es muy importante y el premio no es de mucho dinero, pero quiero ganarlo, es cuestión de orgullo. —Caminó alrededor de él, observándole a través de la cámara y apretando el disparador mientras hablaba—. La luz es perfecta —comentó, dejando la máquina sobre la mesita—. ¿Ya estás empalmado? ¡Estupendo! Ahora, quédate muy quieto... —Tomó un fino rotulador negro y comenzó a dibujarle algo en el pubis.

Tuomas inclinó la cabeza a un lado, intentando ver qué estaba haciendo Silvia, pero solo podía ver sus manos y unas extrañas líneas que le cruzaban el vientre. De repente, ella se arrodilló en el suelo y sus dedos estuvieron sobre su pene y su boca a un suspiro del glande. Se puso aún más duro y todo su cuerpo se estremeció de deseo.

—No te muevas —le regañó ella, su aliento bañándole la verga. Él volvió a estremecerse sin poder evitarlo—. ¡Tuomas!

—¡No soy de piedra, mujer! Deja de acercar tu boca a mi polla y yo dejaré de temblar —replicó él, enfadado por su propia falta de control.

—Sí que estamos sensibles hoy. —Silvia levantó la mirada hacia él solo para comprobar complacida que tenía la frente perlada en sudor y los labios fuertemente apretados—. ¿Quieres saber lo que voy a pintar sobre tu piel? —le preguntó, aferrándole con suavidad el pene para luego comenzar a esbozar algo en él.

—Sí me gustaría, la verdad —susurró con voz ronca—. No veo sentido a esas líneas que me cruzan la polla.

—Serán las escamas del lomo de un dragón chino —recorrió el tallo del pene con un dedo, solo por el placer de verle temblar—. Tienes una verga larga y gruesa, con un capullo gordo y grande. Es perfecta para pintar sobre ella. Aquí irá la cabeza —indicó jugando con el pulgar sobre el glande. Tuomas se tambaleó—. El cuello —recorrió de nuevo el tallo del pene—, la panza —le sopesó los testículos— y continuará rodeándote las caderas y el trasero, donde la punta en forma de flecha de la cola del dragón te señalará el ano. ¿Cómo lo ves?

—Perfecto —musitó Tuomas llevando las manos a la espalda para apoyar las palmas en el taburete. Las rodillas habían comenzado a fallarle.

—Pintaré el cuerpo de rojo, fuerte y brillante en el lomo y más claro en el vientre y la panza, las alas y las líneas de las escamas serán moradas. ¡Va a quedar fabuloso! —exclamó dejando el fino rotulador y dando un paso atrás para observar el boceto.

Tuomas aprovechó para mirar también, y no pudo menos que asentir asombrado. Había delineado la cabeza del dragón siguiendo la forma del glande, las escamas pintadas en su verga parecían reales, al igual que el acordeón que le decoraba la zona inferior y los testículos. Las alas del pubis parecían estar dotadas de movimiento.

—Date la vuelta, abre bien las piernas y enséñame ese maravilloso culito respingón —le pidió risueña y él se apresuró a obedecer—. Vamos a enseñarle al jurado de dónde sacaba todo su talento el cabrón de Víctor —siseó separándole las cachas con una mano.

—¿Víctor? —jadeó él al sentir la punta del rotulador presionar sobre su ano.

—Mi ex. Un hijo de puta muy guapo —escupió mientras le delineaba la cola de la serpiente sobre el glúteo derecho.

—Intuyo que no acabasteis muy bien —susurró Tuomas reprimiendo un jadeo. ¿Quién hubiera imaginado que un simple rotulador pudiera ser tan erótico?

—Me jodió viva —masculló ella, apartándose—. El boceto está listo. Espera, que te lo enseñe, a ver qué te parece. —Tomó un par de espejos que había dejado contra la pared y le tendió uno—. Si ves algo que no te gusta, dímelo, aún puedo modificarlo.

Se colocó tras él con el espejo y Tuomas se apresuró a sujetar el suyo de manera que pudiera verse el trasero. Se giró un poco para captar todos los detalles y luego se abrió con la mano libre la cache izquierda. Sonrió al ver la cola en forma de flecha hundiéndose en su ano, porque eso era lo que parecía.

—Es impresionante —alabó dejando el espejo de nuevo contra la pared—. No deberías dedicarte a la jardinería, eres una pintora excepcional.

—Lo sé, antes vivía de mis pinturas y de mis fotos —comentó colocándole de nuevo frente al foco—. Apoya el culo en el taburete y abre bien las piernas. Tienes que quedarte muy quieto, porque si te mueves, me saldré y eso no puede pasar —le indicó muy seria.

Tuomas asintió con idéntica seriedad. Puede que el concurso en el que quería participar no fuera muy importante para el resto del mundo, pero para ella sí lo era. Y mucho.

—¿Por qué ya no vives de tus fotos y de tus pinturas?

—La jardinería es más segura, y, además, tu amigo paga muy bien —comentó Silvia añadiendo unas gotas de pintura amarilla a la roja para conseguir destellos anaranjados.

—¿Más segura? Con azadas, hachas, tijeras... Me temo que no estoy de acuerdo —bromeó él—. Un solo error y la sangre corre.

—Pero no eternamente, basta con unos pocos puntos y la herida se cierra. La piel se puede coser.

—Pero es imposible coser un corazón roto —finalizó él—. ¿Qué te hizo?

—¿Quién? —preguntó sujetándole el pene para a continuación comenzar a delinear con un fino pincel las líneas que había marcado con el rotulador.

—El cabrón de tu ex —gimió con voz ronca, dejando caer la cabeza hacia atrás al sentir el aliento femenino sobre el glande. Era lo más erótico que había sentido en su vida.

—¿De verdad te interesa saberlo? —Silvia enarcó una ceja, socarrona. A un tipo como él jamás le interesarían las historias de una tía como ella. La perfección jamás se juntaría con lo ordinario.

—Va a ser una sesión muy aburrida si solo te dedicas a darme color a la polla. — Tuomas arqueó la espalda, hizo rotar el cuello y balanceó un poco las piernas.

—Y si te aburres, empezarás a moverte. ¿Es eso lo que me quieres dar a entender? —indagó Silvia, dándole un apretón en el pene. Tuomas esbozó una pícaro sonrisa—. Está bien. Antes era artista gráfica. Pintaba y hacía fotos; las retocaba y las subía a una página web de almacenamiento de imágenes donde, si tenía mucha suerte, alguna empresa me compraba los derechos de explotación. Las revistas siempre necesitan fondo gráfico para sus artículos —explicó alzándole el pene para delinear las marcas que se convertirían en el vientre del dragón—. También hacía fotos eróticas, era lo que más me gustaba. Imagino que te habrás dado cuenta de que me atrae todo lo que tenga que ver con los anillos y los adornos sexuales.

—No. En absoluto. Ni mi pene ni yo lo hemos notado —bromeó Tuomas—. Creo que en mi vida lo he llevado más adornado.

Silvia se ruborizó y una tímida sonrisa escapó de sus labios, a la vez que le daba un suave cachete en el muslo.

Y Tuomas deseó besarla con una intensidad tal que le asustó. Carraspeó para librarse de la absurda emoción que le embargaba. ¡Por el amor de Dios! Había visto a

cientos de mujeres sonreír, no podía volverse tonto porque Silvia lo hiciera. Pero tenía una sonrisa tan bonita.

—No te quejes tanto —le reprendió ella, recuperando su carácter batallador—, al fin y al cabo solo te he puesto unos pocos anillos de quita y pon, nada de *piercings* ni tatuajes.

—Ni me los pondrás —replicó con rotundidad.

—Tú te lo pierdes; un *piercing* en según qué sitios es la hostia —señaló ella guiñándole un ojo. Su pene se puso aún más duro, si es que eso era posible.

—¿Lo dices por experiencia? —consiguió gemir él.

Había visto miles de adornos, *piercings* y tatuajes en el cuerpo de miles de mujeres y hombres y jamás le habían llamado la atención, pero en ese preciso instante era imprescindible saber si ella llevaba alguno y, en caso afirmativo, averiguar dónde y verlo. Y a ser posible saborearlo. Sacudió la cabeza para quitar esa idea de su mente.

—Puede ser —dijo ella, misteriosa.

—Y... ¿Qué tiene que ver eso con el cabrón de tu ex? —se obligó a preguntar Tuomas, tenía que cambiar el tema de la conversación. ¡Ya!

—Lo conocí en una sesión fotográfica. Una revista especializada en BDSM quería hacer un reportaje sobre *cockrings* y como ya habían trabajado conmigo en un reportaje de tatuajes genitales y les gustó mi trabajo, volvieron a llamarme. Víctor era uno de los modelos. Era guapo como el pecado. Moreno, ojos negros, un hoyuelo en la barbilla, alto, manos fuertes y dedos largos, un cuerpo hecho para ser lamido muy lentamente —describió en voz baja y susurrante mientras coloreaba el vientre del dragón. Este se ablandó un poco cuando su dueño sintió unas ganas incontenibles de golpear algo, preferiblemente la cabeza del cabrón.

—No hace falta que le describas con tanta meticulosidad —gruñó Tuomas, picado—. Con que digas que es guapo es suficiente. No creo que sea importante para la historia saber si tiene un hoyuelo o treinta.

—No seas envidioso —le regañó ella, divertida—. Tú eres más guapo que él.

—¿Ah, sí? —replicó él, complacido.

—Sí. Pero no te hagas ilusiones, he aprendido la lección —siseó al ver su mirada presuntuosa—. Los tíos buenos sois unos cabrones arrogantes que solo pensáis en vosotros mismos y en vuestra perfección. Sois ponzoñosos, envenenáis todo lo que os toca —afirmó, para recordarse que no debía volver a ser tan estúpida de caer bajo el influjo de un tío como él. Ya había tenido suficiente con Víctor, gracias.

—No todos somos así —rebatió Tuomas, echándose hacia atrás al escuchar su desdén.

—¿En serio? —Se apartó de él, poniéndose en pie—. Mírame. Si no estuvieras tan desesperado por pagar tus pecados, ¿te hubieras fijado en una mujer como yo? Bajita, con las tetas caídas, el culo gordo y las piernas cortas. —Giró sobre sus talones, señalando cada parte de su cuerpo que mencionaba.

Tuomas tragó saliva, su polla más dura que nunca. No tenía las tetas caídas, al contrario, las tenía grandes, perfectas para ser albergadas en las palmas de sus manos. El culo era una maravilla, duro, alto, bien formado... y las piernas, quedarían perfectas alrededor de sus caderas.

—¡Oh, vamos! Tampoco hace falta que te lo pienses tanto —bufó Silvia enfadada, dándole un brochazo en la nariz—. Solo tienes que decir que no estoy tan mal y que quizá sí te habrías fijado. Ya sabes, una mentira piadosa de esas que suelen decirse los amigos.

—Eres preciosa —susurró él, mirándola embelesado.

—¡Qué poca imaginación! —Silvia se inclinó, emitiendo un sonoro bufido, y comenzó a delinear las alas—. Eso es exactamente lo que me dijo Víctor. Y yo le creí. Le había hecho varias fotos anillado y al ir tomando confianza me atreví a probar algunas ideas. La revista no quería imágenes pornográficas, sino eróticas, y eso es lo que les di. Usé varios tipos de anillos, de distintos colores y materiales, y también le di algunas pinceladas en la polla. Quedaron entusiasmados y me recomendaron a otros editores. Y entonces él me dijo que yo era preciosa. Y yo le creí —reiteró—. Cada vez que me salía un trabajo de fotografía erótica, lo reclamaba a él como modelo y, un mal día, empezamos a salir. Al poco tiempo él me comentó que llegaba a fin de mes gracias a los vídeos que colgaba en ciertas páginas de Internet.

—Páginas como esa en la que cuelgas los míos —apuntó estrechando los ojos.

—Sí, de ese estilo —corroboró Silvia.

Tuomas asintió pensativo, no había vuelto a mirar los enlaces que ella le mandaba. No le gustaba verse en ese tipo de sitios, eran demasiado cutres para él, pero tal vez entrara para buscar al tal Víctor. Sentía curiosidad por saber cómo era su rival. Sacudió la cabeza. No. No era su rival. Era el exnovio de Silvia. No tenía nada que ver con él y no le interesaba lo más mínimo. Se lo repitió varias veces, hasta que creyó que se lo había creído.

—Víctor subía vídeos masturbándose y cuando la gente pinchaba sobre ellos, recibía dinero de los anuncios que aparecían antes y durante. Me pidió que se los hiciera yo y accedí. Luego le enseñé el mundo del *body painting*, le gustó y comenzamos a pintarnos. Era muy divertido y excitante —afirmó, toda su atención fingidamente centrada en colorear el dragón—. Comenzó a subir fotos nuestras con los cuerpos pintados, y de ahí a subir vídeos en los que le masturbaba su polla decorada solo hubo un paso. Todo lo que subía lo hacía bajo su autoría, aunque era yo quien hacía las grabaciones y quien nos pintaba. No me importaba. Nos lo pasábamos bien y yo estaba enamorada del tío más guapo del mundo, que, ¡oh, milagro!, me correspondía. Un buen día, se le ocurrió que sería excitante grabarnos follando con el cuerpo pintado. No me gustó la idea, pero él insistió hasta que accedí, al fin y al cabo nadie sabría quienes éramos porque no iba a grabar nuestras caras. Fue un éxito. Recibió cientos de visitas —comentó levantándose para examinar lo que llevaba

pintado—. Menos mal que te ha aguantado la erección mientras estaba con la cabeza y el cuello —comentó mirando el flácido y aún así grueso pene de Tuomas.

—Oh, bueno. Me he despistado con tu historia, cuando llegue el momento de las fotos estaré duro otra vez, te lo prometo —replicó él intentando mirarla a los ojos, aunque no lo consiguió, pues ella tenía la cabeza baja—. ¿Qué pasó con el cabrón? —quiso saber, apretando los dientes.

—Que decidió que si había ganado tanto dinero con una enana de tetas caídas y culo gordo como yo, ganaría más con una tía buena, así que me pidió que decorara el cuerpo de una de sus amigas, una mujer guapísima y perfecta, y que luego les grabara follando. Al fin y al cabo era solo por la pasta.

—Te negaste.

—Evidentemente. Estaba enamorada, por tanto era un pelín posesiva con mi chico; no me gustaba que se lo follara nadie que no fuera yo. Armé una buena bronca y lo mandé a la mierda, adonde él se fue encantado. Un mes después se presentó en mi casa, pidiéndome perdón. Estaba muy arrepentido. Y yo le creí —dijo con amargura comenzando a colorear la parte de la serpiente que le recorría la cadera—. Nos reconciamos y para celebrarlo echamos el polvo del siglo. Y mientras nosotros follábamos, su nueva novia, menos escrupulosa que yo con respecto a la posesividad, nos fotografiaba escondida detrás de la ventana.

—Hijo de puta —siseó Tuomas apretando los puños, sintiendo un incontenible deseo de romperle algo al tal Víctor. Y también a la puta de su novia.

—No te puedes ni imaginar hasta qué punto. Porque, su nueva novia no era tan nueva, al contrario, era muy antigua y muy liberal; yo era la nueva. Por lo visto él vio el cielo abierto cuando empecé a reclamarle para los artículos que me iban saliendo y decidió tirar del hilo y seguir sacando dinero.

—Con los vídeos y las pinturas...

—Exacto.

—Y cuando le dejaste, el dinero paró de fluir.

—Sí. Y les sentó muy mal. Tanto, que me amenazaron con colgar el vídeo que me habían hecho, y en el que se veía perfectamente mi cara, si no hacía lo que me pedían —explicó deteniendo el vaivén del pincel.

—¿Qué hiciste?

—El vídeo está colgado en varias páginas, si un día me pillas de buen humor tal vez te lo enseñe.

—Te negaste —musitó Tuomas, tan orgulloso de ella que le dolía el pecho.

—Por supuesto, para ovarios: los míos.

—Y, ¿qué tiene que ver el concurso con tu ex?

—Va a presentar una de las fotos que subió bajo su autoría. Una foto que es mía, con una decoración corporal que yo le hice —siseó con rabia—. Quiero ganar y darle por culo de la única manera que puedo, quitándole el dinero del premio.

—Una causa muy loable, por supuesto, haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte —musitó Tuomas, y Silvia le regaló una sonrisa que le aceleró el corazón—. Me gustaría ver qué foto ha elegido él.

—Claro, luego te la enseño —accedió Silvia.

Tuomas curvó las comisuras de la boca en un gesto que anticipaba venganza. En cuanto consiguiera la dirección de la página y el usuario del cabrón, le pediría a Laura que averiguara su nombre y su dirección e iría a darle una paliza. Tal vez incluso lo grabara. Sería divertido. Sin duda.

Silvia escrutó la expresión que se reflejaba en el rostro del polaco. Si no fuera imposible, diría que estaba imaginándose matando a alguien.

—Date la vuelta, inclínate y apoya las manos en el taburete, ya solo nos queda el culo —le indicó recorriendo las líneas del rotulador con el pincel empapado en pintura morada—. Y tú, ¿cuál es tu historia? —le preguntó de repente.

—¿Mi historia? —replicó Tuomas, el corazón acelerándose en su pecho.

—Sí. ¿Qué le hiciste a Karol para que estés tan desesperado en pagar por ello?

—Yo nunca he dicho que fuera Karol.

—Cierto. Siempre has hablado de tu amigo. Humillaste y traicionaste a tu amigo. Y yo creo que solo tienes un amigo. Karol.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Me gusta saber por qué torturo a los hombres guapos —replicó ella mordaz.

—Hace tres años le tendí una trampa. Le obligué a correrse sin que él quisiera y sin que pudiera hacer nada por evitarlo, en un escenario de *BDSM médica*. Y avisé a su prometida para que disfrutara del espectáculo.

—Eso fue una putada —soltó Silvia sin saber qué decir.

—No sabes cuánto... Perdió su vida, su familia y su trabajo. Su padre lo expulsó del país y estuvo a punto de dejarle ciego de la paliza que le dio. Y todo por mi culpa.

—¿Por qué lo hiciste?

—Quería que dejara de esconderse, sacarle de la prisión en la que se había metido, que fuera libre para hacer lo que le diera la gana... —se calló para a continuación negar con la cabeza—. No. Eso es lo que siempre digo, pero la realidad es otra. Él había madurado y yo no. Estaba prometido con una zorra y se lo estaba tomando muy en serio. Nuestra relación ya no era la misma. Me sentía abandonado y tenía... celos. No de amor —se apresuró a explicar—. No quiero a Karol así, aunque es lo que le di a entender. Era... me sentía solo. Siempre habíamos sido él y yo contra el mundo. Y él se estaba encerrando por propia voluntad en un infierno en el que yo no tenía cabida. Así que ideé ese estúpido plan pensando que así recuperaría a mi amigo y que todo volvería a ser como antes. Quería rescatarle para convertirme en su salvador y solo conseguí que me odiara.

—Karol no te odia.

—No. No lo hace. Y eso lo hace más duro, porque debo pagar por mis pecados y no hay nadie que me haga pagar.

—Excepto yo.

—Excepto tú —confirmó Tuomas.

—He acabado —le informó Silvia apartándose.

Tuomas se irguió y la miró sin saber bien qué decir. No deberían haber hablado sobre ellos, sobre sus pasados y sus errores. Él no quería una amiga. No quería llevarse bien con ella. No quería entenderla. No quería reírse ni llorar con ella. No quería su compasión ni su amistad. Tampoco quería besarla ni abrazarla. Pero, lo que menos quería era sentir esas estúpidas mariposas que revoloteaban por su estómago en ese instante. ¡Por todos los diablos! No era un adolescente con las hormonas disparadas que se enamoraba de una mujer solo porque esta le sonreía y era amable. Aunque esa mujer fuera jodidamente guapa y perfecta. Jamás tendrían un futuro juntos, eran demasiado diferentes. Él era un miserable que tenía que pagar por todos sus pecados. Y ella era una mujer maravillosa que odiaba a los hombres guapos. Y con razón.

Silvia le vio retraerse de nuevo a su mundo de desesperación y remordimientos. Vio su mirada enturbiarse y sus labios fruncirse en un gesto de contrariedad. Tuomas estaba a punto de decirle que se dejara de tonterías y le humillara. Que para eso estaba ahí y no para hablar. Y si decía eso, ahora mismo, en ese momento en el que ella se sentía tan vulnerable, le haría daño. Y no se lo iba a permitir. Ningún hombre guapo iba a hacerla sufrir de nuevo.

—Bueno, la pintura ya se ha secado, colócate sobre la sábana para que pueda retratarte. Al fin y al cabo, no has venido aquí a charlar, y cada segundo que paso sin subir tus fotos a la página web pierdo dinero —le increpó tomando un estuche de la mesita—. Vendría bien que te empalmaras, una polla flácida no da tanto dinero como una bien dura.

—Mi imaginación no es tan fértil como la tuya —masculló aliviado al ver que recuperaban de nuevo su relación distante—. Tal vez necesite algún estímulo. —Fijó la mirada en el escote del vestido.

—¿Insinúas que quieres verme las tetas? —Silvia le miró divertida y se cruzó de brazos, levantando más aquello que él quería ver.

—¿Por qué no? —replicó él, sus ojos fijos en los dedos de ella, que en esos momentos se deslizaban sobre el suave raso, tirando del escote del vestido y bajándolo hasta que casi podía ver las sonrosadas aureolas de sus pezones. Tragó saliva para humedecer su garganta, de repente seca—. Tú me has visto desnudo docenas de veces, además, si quieres que me empalme tendrás que ayudarme un poco —reclamó, lamiéndose los labios. ¡Qué no daría por seguir con la lengua la senda que ella trazaba con sus dedos!

—Oh, bueno. Me parece que al final no va a ser necesario —comentó Silvia sintiéndose extrañamente poderosa—. Tu pequeño problema se ha resuelto por sí solo.



Tuomas bajó la mirada a su ingle, donde la cabeza dura y rígida de un excitadísimo dragón le saludó.

—Joder —murmuró atónito. Su pene no parecía un pene, sino un animal mítico. Era perfecto en cada detalle—. Es... asombroso. Mereces ganar, sin duda.

—Ojalá el jurado piense igual. —Silvia se arrodilló frente a él, con una cajita en las manos.

Tuomas, intrigado, se inclinó sobre las puntas de sus pies para intentar ver qué contenía. Parpadeó sorprendido cuando ella la abrió y sacó una estrecha pulsera de cuero con un anillo anclado a ella.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Es el collar del dragón —le envolvió con ella la base del glande y enganchó una cadenita al anillo—. Ya tenemos atada a la fiera —dijo risueña dando un ligero tirón, arrancando un gemido al hombre que la miraba asombrado—. Toma, sujétala —le tendió la cadena y cuando él la asió, tomó la cámara de fotos y miró por el objetivo—, tira de ella hacia arriba, quiero sacar fotos de la panza del dragón. Separa un poco las piernas. Oh, vamos no seas tímido, no te pega nada —le reclamó al ver que él se quedaba petrificado.

Tuomas parpadeó atónito. Silvia, con la cara oculta por la réflex, se había acuclillado frente a él y el vestido se le había subido, dejándole ver sus muslos morenos y un retazo de tela blanco. Ahogó un gemido y tiró de la cadena como ella le había ordenado. El espasmo de placer fue instantáneo. Y no supo si era debido al repentino estímulo en el pene o a que ella se lamía y mordía los labios mientras buscaba la imagen perfecta.

—Me estoy dando cuenta de que nuestro dragón tiene que ser un borrachuzo —comentó divertida, sacando la primera foto.

—¿Por qué?

—Porque tiene una gran barriga cervecera —bromeó soplando sobre los testículos para indicar a qué se refería.

Tuomas no supo si reír o jadear. De hecho, hizo ambas cosas.

—Ah, mierda. Espera un momento —le pidió Silvia yendo a por los pinceles y la paleta—. Aquí falta un poco de morado.

Fue la media hora más larga y placentera de su vida. También la más frustrante. Silvia era una mujer muy meticulosa que prestaba mucha atención a los detalles. Y eso incluía cada escama, línea, cresta y tendón del dragón. Y, si bien mientras que estaban hablando Tuomas había estado absorto en la historia que ella le contaba, ahora no hablaban, no había nada que le distrajera de la agonía de sentir su aliento contra el pene, de la tortura del pincel recorriéndole los testículos y del martirio de sus dedos abriéndole las nalgas. Pero, lo peor de todo, lo más difícil de soportar era tenerla tan cerca y no poder tocarla.

Antes le había dicho que era preciosa.

Se había quedado corto. Muy corto.

Era extraordinaria. Única. Especial.

Se movía a su alrededor con la agilidad de una gata y la concentración de una serpiente, buscando la foto perfecta, el ángulo perfecto, el instante perfecto. Y cuando lo encontraba no dudaba en tirarse al suelo si era necesario. Se contoneaba con sencilla voluptuosidad sin ser consciente de ello mientras bromas y órdenes surgían por igual de sus labios, húmedos de tanto chupárselos. Estaba totalmente pendiente de él. Solo de él. De nadie más. Era la primera vez que alguien tenía toda su atención centrada en él. Y eso, además de inquietante, era extrañamente reconfortante. También apasionante.

Y Tuomas no podía dejar de pensar en cómo sería ser su centro de atención durante todas las horas de todos los días de su vida. Cómo sería sentirse amado por ella y a la vez amarla. Cómo sería estar a su lado y bromear, discutir, llorar, reír, callar, reñir, hablar, sentir, desear. Vivir. Amar. Creer.

—Ya hemos acabado. —Silvia interrumpió sus pensamientos, sacándole de la ensoñación en la que se había sumergido con plácida avidez—. Dame un segundo para que las descargue y te las enseñe. —Salió del dormitorio, entrando en el salón distribuidor—. Estoy deseando subirlas a la página web.

—Ah, claro... la página web. El concurso —masculló él, apretando los puños con rabia al comprender cuál era, y cuál sería siempre su realidad.

No habría un *todos los días a su lado* ni un *ser amado por ella* de la misma manera que tampoco había sido, ni sería nunca, el centro de la atención de ella. Solo era el lienzo sobre el que el pintor centraba toda su atención hasta terminarlo, para después venderlo y olvidarlo. Nada más. Un medio con el que conseguir un fin. Un cuerpo bonito, una polla grande y un culo duro que le reportaban beneficios. No había más entre ellos.

Y no debía olvidarlo.

Estaba ahí por un motivo.

Ambos lo estaban.

Él quería pagar sus pecados; ella, conseguir dinero.

—Tuom, ¿te pasa algo? —Silvia regresó a la habitación, preocupada por la hosquedad que había escuchado en su voz.

—¿Vas a tardar mucho en colgar las fotos?

—Eh... No —balbució sorprendida por su extraño cambio de actitud. Ya no sonreía, al contrario, destilaba agresividad por cada poro de su piel—. ¿Por qué?

—Me parece estupendo que quieras ganar ese concurso, pero yo no he venido aquí a hacer de lienzo, sino por un motivo muy específico —le espetó enfadado. Consigo mismo. Con ella. Con el mundo. Con el pasado que le lastraba y el futuro que no podía existir. Con los sueños absurdos y las pesadillas viables.

—Entiendo. Acompáñame a la cocina —le pidió Silvia, la cámara de fotos olvidada en la mesa del salón junto con el alborozado optimismo que había sentido hacía tan solo un instante.

Tuomas la siguió, su erección tan muerta como su júbilo.

—Espera ahí —le ordenó ella, dirigiéndose a la puerta que nunca le había dejado traspasar. La de su propio dormitorio.

Cuando regresó llevaba una pequeña cámara de fotos en una mano y un dildo de silicona negra en la otra. Tomó unas tijeras para cortar el paquete precintado en el que estaba.

—Lo guardaba para estrenarlo una noche especial, pero prefiero usarlo para joderte. Seguro que me divierto mucho más —afirmó dejándolo sobre la mesa, junto a la cámara.

Tuomas arqueó una ceja. ¿Pensaba que le humillaría obligándole a follar con un jodido consolador? No lo conocía en absoluto.

—¿Dónde tienes el lubricante? —preguntó, acercándose a ella.

—Ponte de rodillas y usa la lengua —le indicó despectiva, sentándose en el borde de la mesa con la cámara en la mano.

Tuomas bufó desdeñoso, se arrodilló en el suelo y asió el dildo para hacer lo que le había ordenado. ¿A qué mierda estaban jugando?

—En el dildo no, en mi coño —especificó Silvia de repente. Se quitó las bragas y separó apenas los muslos mientras pensaba si no se habría vuelto loca. ¡¿Por qué narices le había pedido eso?! ¿Dónde estaba su dignidad? En el puto suelo, junto con las bragas.

Tuomas se estremeció y negó con la cabeza, sobrecogido. No podía pedirle eso. Jadeó atormentado a la vez que se inclinaba ligeramente para intentar ver lo que la sombra del vestido apenas ocultaba. Había algo brillante en su sexo, avanzó hacia ella renegando en voz baja.

Silvia cerró las piernas al escuchar sus murmullos y ver su rostro contraído en una mueca de desagrado.

—¿No quieres comerme el coño?

Él volvió a negar en silencio.

—Pues entonces vete y no vuelvas —siseó herida, reculando sobre la mesa.

Estúpido prepotente, no le importaba comerse una polla de silicona pero se negaba a acercarse a ella. Y, ¿acaso había esperado otra cosa? Todos eran iguales. Guapos perfectos que solo querían estar con guapas perfectas. Pero al menos Víctor se había rebajado a follarla de vez en cuando. Tuomas ni siquiera iba a hacer eso. Por lo visto era demasiado degradante para él. Dios librara al esnob que había en él de salir en una foto retozando con una morena imperfecta.

—No. No voy a irme —gimió él, palideciendo. No podía marcharse. No ahora que ella le miraba enfadada. No sin haber mantenido la conversación que siempre tenían mientras esperaban a que le bajara la erección. Y, sobre todo, ante todo, no se iría mientras los ojos de Silvia parecieran a punto de inundarse de lágrimas—. No puedes echarme.

—Claro que puedo, te recuerdo que esta es mi casa.

—Tenemos un trato. Tienes que humillarme —dijo, aferrándose a lo único que tenía.

—Has roto las reglas —le empujó con el pie—. Vete.

—No. ¿Quieres que te lo coma? Lo haré —gruñó Tuomas, aferrándola por el tobillo y atrayéndola hacia sí hasta que estuvo sentada de nuevo en el borde de la mesa.

—He cambiado de opinión —se resistió Silvia, apartándose de él a la vez que le tiraba el dildo negro—. Trágate lo hasta la campanilla —le ordenó tomando la cámara.

Tuomas asintió y, en el momento en el que sus labios envolvieron el juguete, escuchó el disparador. No dejó de escucharlo mientras lo chupaba lentamente, ni tampoco cuando Silvia le agarró la mano y le obligó a tragarlo más profundamente. Ni siquiera dejó de escuchar el maldito clic cuando se atragantó y tuvo que luchar contra las arcadas.

—Perfectas —dijo ella soltando la cámara y arrancándole el dildo de la mano para tirarlo a la basura—. Ya puedes irte. Esta misma noche las colgaré en la página web y te pasaré los enlaces por correo electrónico.

—Silvia...

—Ya tienes lo que querías, lárgate.

—Esto no es lo que quería.

—Pues esta noche no hay otra cosa. Estoy inapetente. Y creo que no soy la única —le espetó señalando su pene flácido—. Vete.

—Silvia, yo... Está bien —aceptó al ver la mirada orgullosa y herida de ella. Se puso los pantalones y los zapatos y, tras hacer un fardo con la camisa y el chaleco, se dirigió a la puerta—. Mañana hablaremos.

—No. Las reglas siguen siendo las mismas. No quiero que me acoses en mi lugar de trabajo.

—¡Eso es absurdo! —siseó Tuomas enfadado, parándose en el umbral.

—Puede. Pero son mis reglas. Si no las cumples se acabó el acuerdo —replicó ella altanera.

—¿Volverás a citarme aquí? —Tuomas tragó saliva, aterrado por la respuesta.

—Por supuesto, Karol paga bien, pero tu polla complementa perfectamente mis ingresos. No es cuestión de desaprovechar el dinero llovido del cielo con lo difícil que está todo —replicó desdeñosa.

Tuomas asintió una sola vez, giró sobre sus talones y, tras salir a la calle, cerró con un fuerte portazo que hizo temblar paredes y bisagras por igual. Maldita, maldita Silvia. Jamás nada le había dolido tanto como las palabras que ella acababa de pronunciar.

Y no era que no se lo esperara. Al fin y al cabo ese era el acuerdo. Era lo que él necesitaba. Lo que quería. Porque era lo que quería, ¿verdad? Era lo que estaba buscando, lo que deseaba. Que le humillara para pagar sus pecados. Entonces, ¿por qué no se sentía agradablemente humillado? ¿Por qué sus remordimientos no estaban

confortablemente adormecidos? ¿Por qué sentía que le había arrancado el corazón del pecho? ¿Por qué se sentía... desgraciado?

Sacudió la cabeza y, sin mirar atrás, se montó en el Maserati, arrancó furioso, oscureciendo la calle con un denso humo, y aceleró para alejarse lo más rápido posible de allí.

Silvia esperó hasta que el descapotable desapareció en la lejanía y se apartó de la ventana, sentándose frente al ordenador. Abrió el archivo en el que guardaba las fotos que le había tomado sin que él se diera cuenta. Concentrado tras el volante de su coche. Sonriendo descarado mientras se desnudaba. Tumbado en la cama, pensativo. Con la cabeza hacia atrás, bebiendo de una botella de agua. Tapándose la cara con los antebrazos mientras lloraba. Silvia se limpió las primeras lágrimas que le surcaron las mejillas, y continuó abriendo imágenes hasta llegar a las últimas, a las de ese mismo día. Tuomas con los ojos abiertos como platos mientras observaba asombrado el dragón. Sus cejas arqueadas y su sonrisa pícara mientras obedecía sus órdenes. Sus dedos esbeltos de uñas perfectas. El flequillo recogido tras sus orejas. Los surcos de su frente. Sus labios entreabiertos. Sus ojos cerrados. Sus ojos abiertos. No había una sola expresión de su rostro que no hubiera fotografiado cuando él estaba distraído. No cabía duda de que estaba fascinada con él, peligrosamente cerca de convertir la fascinación en algo que solo le acarrearía problemas e infelicidad. Cerró la carpeta de los sueños secretos y descargó en otra las fotos que acababa de tomarle. Las visualizó disgustada, resuelta a elegir las más desenfocadas para subirlas a la página web. Se decidió por una en la que el pelo le ocultaba la cara y solo se veían sus labios absorbiendo el maldito dildo negro. Más lágrimas asomaron a sus ojos. ¿Cómo podía haber sido tan tonta de confundir educada indiferencia con amistad? Que pareciera interesado en la conversación que habían tenido no significaba nada; él mismo se lo había advertido, solo quería escucharla para no aburrirse mientras le pintaba.

Se limpió con rabia los ojos y subió las fotos a la página web. Estuvo tentada de subir alguna más, al fin y al cabo llevaba sin subir nada de Tuomas más de tres semanas, pero, además de estar segura de que él no se molestaría en abrir el enlace, tampoco tenía más fotos abiertamente pornográficas que subir. Las borraba en cuanto él se marchaba de su casa. No quería la evidencia de su dolor en el ordenador. Tampoco en las cámaras. Eran aberrantes. Ella misma era aberrante por hacérselas.

Apagó el ordenador, dejando por fin escapar todas las lágrimas que había estado conteniendo.

Tenía que acabar con esa no-relación. Era tóxica, y ella ya había sufrido bastante por culpa de una cara bonita y un cuerpo de infarto, no iba a volver a caer en la misma trampa. Las cosas eran como eran, cada uno tenía su lugar en el mundo, unos parecían modelos, vivían en palacios y conducían descapotables y otras parecían guitarras, moraban en casitas de papel y montaban en bicicleta. Un lugar para cada persona y cada persona en su lugar.

Y ella, desde luego, no tenía interés ninguno en hacer el ridículo. Otra vez.

Karol entró en el garaje tras comprobar que Laura estaba en su propio despacho, jugando con sus ordenadores, quizá robando información o tal vez haciendo su trabajo para TGSystem y evitando así que nadie robara a sus clientes. Sonrió, fascinante dicotomía la de su reina. Esperó a que se cerrara la puerta y la bloqueó desconectando el sensor de apertura para que nadie pudiera entrar mientras él llevaba a cabo su malévolo plan. Abrió el maletero del todoterreno, miró a su alrededor para reconfirmar que Laura no le estaba espiando —no se fiaba en absoluto de ella— y sacó sus últimas adquisiciones de la bolsa. Asintió complacido y se dirigió hacia el fondo del garaje para ocultarlas tras un montón de trastos viejos. Habida cuenta de que la reina del deseo era una astuta ladrona, ese era el mejor escondite del Templo. Apartó la mesa de *camping* que nunca utilizaban, las ruedas usadas que Zuper había ido recogiendo Dios sabía para qué, las sillas de playa que Esmeralda le había pedido permiso para dejar contra la pared, una caja de herramientas que en vez de herramientas contenía clavos, tuercas, brocas, tacos, alcayatas y tornillos reciclados, y que pesaba como si tuviera rocas la condenada, y movió la estufa de gas, sin bombona de gas, que Benito había dejado allí porque ahora que hacía calor no la necesitaba en casa y en el garaje había sitio de sobra. Se limpió el sudor de la frente, acalorado, ¿quién hubiera pensado que en ese pequeño espacio junto a la esquina cabrían tantos trastos inútiles?

—¿Por qué estás sacando todos esos cachivaches de ahí?

Karol se giró sobresaltado al escuchar la voz de Tuomas.

—No pretenderás hacer una excursión a la playa, ¿verdad? No cuentes conmigo, la arena es demasiada molesta y la gente insoportable. Tantos gritos y risas; deberían ser felices en sus puñeteras casas y dejar a los demás amargarse en paz —masculló Tuom mirando con absoluto pasmo las sillas plegables, la mesa de *camping*, la caja de herramientas y las ruedas—. Y tampoco pienso ponerme a arreglar nada, para eso están los obreros. ¿Para qué guardas tantas ruedas usadas? —Su mirada voló a la estufa mientras Karol boqueaba sin saber qué decir—. ¿Una estufa? ¿En pleno verano? Por todos los diablos, Karol, ¿estás enfermo? —Y entonces vio la bolsa en el suelo. Y su contenido—. Joder —musitó palideciendo—. No me digas que... No puede ser. Aún no. No puedes... Joder. ¿Has dejado preñada a Laura?

—¿Qué?! —gritó Karol, igual de desencajado que el otro polaco—. No. Claro que no. ¡Por supuesto que no!

—Entonces por qué narices has comprado todos esos... esos... juguetes para bebés —jadeó Tuomas mirándole despavorido. Karol siempre había dicho que quería una familia. Pero no aún, joder. No tan pronto. Aún no estaba preparado para perder del todo a su amigo.

—No es en absoluto lo que parece. Es una sorpresa para Laura, aunque no por lo que has pensado —declaró Karol—. Es largo de explicar, pero créeme, no hay ningún bebé encargado, ni previsión de hacerlo —aseveró, recuperando poco a poco la

palidez habitual de su piel, que nada tenía que ver con la lividez casi mortuoria que había tenido un instante atrás. Tuomas por su parte tragó saliva, un poco más tranquilo tras la rotunda negación—. He bloqueado el sensor de entrada del garaje, ¿cómo has podido entrar? Y, ¿por qué vas a medio vestir? —preguntó con curiosidad mirando a Tuomas de arriba abajo. Solo llevaba puestos los pantalones y los zapatos. Y ni siquiera se había molestado en abrocharse el botón de los primeros y atarse los segundos.

—Al ver que no funcionaba el mando a distancia me he bajado del coche y he usado la llave —explicó Tuomas, ganándose una mirada confundida de Karol—. Ya sabes, esas cosas que metes en las cerraduras y al girarlas abren las puertas, permitiéndome el paso.

—Entiendo. Por eso nunca seré un buen ladrón. Paso por alto los detalles más simples —masculló Karol enfurruñado—. ¿Por qué estás medio desnudo? —reiteró.

—Es largo de explicar —replicó Tuomas, usando la misma fórmula que su amigo—. Y, ahora, si me permites, voy a poner a resguardo el Grancabrio, es un coche demasiado caro y delicado para estar en la calle. Además, parece como si todos los malditos pájaros de este país hubieran tomado la costumbre de evacuar sobre él. Creo que me compraré un Quattroporte, prefiero que se caguen en el techo en vez de en los asientos. Es menos asqueroso —siseó con rabia saliendo del garaje, ahora abierto de par en par.

Karol asintió en silencio, sus ojos fijos en Tuomas, en sus pisadas furiosas y su espalda abatida. No le había pasado desapercibido el dolor que enturbiaba su mirada. Tampoco el temblor de sus manos. Y, cuando escuchó el fuerte acelerón con el que torturaba su preciado coche, no le quedó duda alguna. Algo le había pasado. Por tanto, mientras esperaba a que aparcara, se apresuró a guardar los sonajeros, los teléfonos grandes como ladrillos que emitían estruendosas melodías y los bloques de construcciones en la caja de la estufa.

—Ayúdame a colocar esto —le pidió cuando le vio bajar del descapotable, ponerse la camisa y dirigirse a la salida. No pensaba dejarle escapar sin obtener antes una explicación de por qué parecía derrotado. O mejor dicho, aún más derrotado de lo normal.

Tuomas se detuvo, inspiró profundamente y, girando sobre sus talones, se acercó hasta el maremágnun de trastos inútiles con determinación, decidido a resistir el interrogatorio que imaginaba le esperaba. Silvia y lo que hacía con ella eran asuntos totalmente privados y no pensaba desvelárselo a nadie, menos aún a Karol. No lo entendería. Le echaría la bronca por acosar a su jardinera. O peor aún, le miraría con lástima.

—Tal vez deberías habértelo pensado un poco antes de desordenar todo este caos —siseó colocando la caja de herramientas, que no tenía herramientas, sobre la estufa de gas, que tampoco tenía bombona de gas, pero que sí estaba llena de juguetes para bebés.

—Deja de intentar despistarme, Tuom. ¿Por qué vas medio desnudo?

—Ya no estoy medio desnudo, me acabo de vestir —replicó agachándose para empujar con cierto asco una de las ruedas usadas. Sacudió las manos, limpiándose las en los arrugados pantalones sin recordar que no se había abrochado el botón. La cremallera cedió, abriéndose, y los pantalones resbalaron por sus caderas hasta que los sujetó cuando se deslizaban por sus muslos.

—¿Te has hecho un tatuaje en el... ahí mismo? —Karol miró asombrado el ¿dragón? que decoraba la polla de su amigo. Apretó los muslos y estuvo tentado de taparse su propio pene. Joder, eso debía de doler un huevo. O los dos—. Si tantas ganas tienes de sufrir le puedo decir a Laura que te dé un par de puñetazos en la tripa, seguro que te hace igual de daño y no es tan... llamativo.

—No es un tatuaje. Es una... pintura corporal. —Silvia lo había llamado así, ¿verdad? Pero en inglés. Lo cierto era que no había prestado mucha atención, pues, como siempre, estaba más pendiente de sí mismo que de los demás. Era un egoísta, siempre lo había sido. Un miserable que había hecho que los preciosos ojos negros de Silvia se humedecieran.

Aferró una de las estúpidas sillas plegables y la estrelló contra su flamante, perfecto y carísimo coche. Uno de los faros estalló en mil pedazos. Le gustó el sonido que hizo al romperse. Era... agradable. Liberador.

—¡Eh, para! —Karol jadeó sobresaltado cuando le vio agarrar la pesada caja de herramientas y lanzarla contra el parabrisas del Maserati. El cristal se agrietó, formando una telaraña—. ¡Basta, Tuom! —gritó al verle romper otra silla plegable contra el capó. Se lanzó sobre él, envolviéndole en un férreo abrazo para evitar que siguiera rompiendo cosas—. Si quieres destrozar tu coche, adelante, me parece estupendo, pero búscate un muro contra el que estrellarlo y deja en paz las sillas de Esmeralda.

—¿Qué importa si se rompen? Son mierda. No valen nada —siseó Tuomas intentando soltarse a la vez que daba patadas a las puertas del descapotable—, no sirven para nada excepto para hacer daño, son inútiles, despreciables, egoístas, cobardes, pura escoria.

—¿Hablas de las sillas... o de ti? —Karol le sujetó con fuerza, apartándole del coche.

Tuomas negó con la cabeza, los dientes apretados conteniendo los sollozos que querían escapar de su garganta. Joder. No hacía más que llorar. Se estaba convirtiendo en una nenaza.

—Cuéntame lo que te pasa, Tuom. Déjame ayudarte —le rogó Karol, pegando la nariz a su amigo. Olía a pintura, a desesperación y a ¿lavanda? Reconocía ese olor como propio de alguien cercano al Templo, pero no lograba recordar en quién lo había olido.

—No me pasa nada. No necesito ayuda de nadie. Suéltame, joder —siseó Tuomas, removiéndose. Karol le retuvo, implacable—. Si de alguna manera me



sigues apreciando, deja que me vaya... por favor. Déjame ir —le rogó, dejando de luchar.

—Está bien. No quieres hablar, lo entiendo —le soltó—. Pero recuerda, estoy aquí para lo que necesites. Somos amigos. Te quiero, y eso no hay nada que pueda cambiarlo.

Tuomas asintió sin mirarle y se dirigió a la puerta.

—¿Dónde has estado esta tarde, Tuom? —preguntó Karol, de repente.

—Vislumbrando el paraíso antes de caer en el infierno —contestó Tuomas sin girarse.

## El poderoso sortilegio del valor

23 de julio de 2010

**T**RAS pasar toda la mañana mirándolo, Tuomas encendió el portátil por fin. Entró en el administrador de correos y ahí, en la carpeta que había creado exclusivamente para Silvia, estaba el correo electrónico que ella había prometido mandarle. Lo abrió. Solo había una larga dirección de Internet. No pinchó en ella. ¿Para qué? Sabía perfectamente a dónde le llevaría. Al mismo lugar que todos los enlaces que le había mandado hasta la fecha: a las fotos que colgaba en la web de pajilleros. Borró el correo. Como había hecho con todos los anteriores. No había vuelto a entrar en esa página desde la primera y única vez. Ni lo haría nunca más. No porque le diera vergüenza, que no le daba. Simplemente le era indiferente lo que ella hiciera con sus fotos.

Mentira.

No le era indiferente.

Le atormentaba pensar que solo le admitía en su vida porque esas fotos la ayudaban a llegar a fin de mes. Pero aún le dolía más recordar la angustia que empañaba los ojos de Silvia cuando le había dicho esa frase. Era el recuerdo de esa mirada lo que le había mantenido encerrado en su dormitorio toda la mañana.

Le daba miedo enfrentarse de nuevo a ella. Volver a ver sus pestañas brillantes por las lágrimas no derramadas.

No solo era un traidor egoísta y prepotente, también era un maldito cobarde.

Cerró con brusquedad el portátil y saltó de la cama. Se vistió apresuradamente con unos Dsquared2 que no se molestó en abrochar y una camiseta Alexander McQueen y salió de su dormitorio. Descalzo. Sin ropa interior. Sin afeitarse. Y, por supuesto, sin peinarse más que con los dedos. No tenía tiempo que perder.

Eran casi las tres de la tarde.

Silvia estaría a punto de marcharse con sus abuelos, si es que no lo había hecho ya.

Y él no la había visto en toda la mañana.

*Kretyn!*

—Pasad un buen viernes —murmuró Karol, inspirando profundamente cuando nieta y abuela se acercaron para despedirse. Ya sabía a quién le recordaba el olor que Tuomas llevaba impregnado en la piel durante la escenita del garaje.

—¿Debo sentir celos de Silvia? —inquirió Laura cuando las dos mujeres abandonaron el salón.

Karol arqueó una ceja, confundido.

Y Silvia hubo de hacer un esfuerzo por mantener su frente fruncida y sus labios apretados. Su rey ponía una cara tan mona cuando no sabía qué decir. Una mezcla entre el hastío de «¿Y ahora qué piensa que he hecho, pero no he hecho?» y el terror de «¡Que alguien me dé una pista antes de que mi reina se cabree!».

—La estabas olisqueando, jefe —le indicó Zuper antes de dar un trago al café.

—Ah, eso. —Karol suspiró aliviado—. Ya sé con quién estuvo Tuom ayer por la tarde —comentó conspirador.

Le había contado el derrumbe de su amigo en el garaje a Laura, y también a Zuper, no porque este tuviera mucho interés en Tuom, sino porque era un hombre de recursos y siempre podía contar con él para que se le ocurrieran buenas y extravagantes ideas.

—¿Quién? —susurraron ambos a la vez.

—Silvia.

—¡No me jodas, tío! —jadeó Zuper—. Ahora entiendo por qué tu jardinera apenas entra en el salón.

—¿Por qué? —inquirió Karol perdido.

—Ya sabes el refrán —replicó Zuper, dando otro sorbo al café.

Laura se echó a reír, intuyendo a cuál se refería, en tanto que Karol le miró intrigado.

—Donde pongas la olla no metas la polla —recitó Zuper.

—¿Por qué demonios iba alguien a poner la polla en una olla? —inquirió Tuomas, entrando en el salón en ese momento. Observó la mesa con disgusto, estaba recogida, y preguntó lo obvio—: ¿Ya se han ido?

No esperó a que le contestaran, se dirigió a una de las ventanas delanteras y escrutó con impaciencia el camino de baldosas amarillas para luego golpear con rabia el cristal.

—*Kurwa!* —Lo aporreó de nuevo cuando el viejo coche de Benito se puso en marcha en dirección a la cancela del muro—. ¡Joder! —repitió en español.

—Tuom, ¡basta! —Le detuvo el grito de Karol cuando se disponía a golpear otra vez el cristal—. *Nie rób nic głupiego!*

—¿Por qué no iba a hacer estupideces? Es lo que me pega. Soy un jodido estúpido —replicó Tuomas, dirigiéndole una furiosa mirada antes de encaminarse a su dormitorio.

—Tuomas, habla conmigo —le pidió Karol, yendo tras él.

Tuomas tomó aire con fuerza para luego señalar el mueble bar. No le vendría mal una charla regada con un poco de vodka. O tal vez con un mucho, pensó cambiando el rumbo de sus pasos.

Y en ese preciso instante, sonó el timbre del videoportero. También el móvil de Laura, y además lo hizo con una extraña canción que nunca habían oído.

—Tal vez Esmeralda se haya olvidado las llaves —comentó Zuper levantándose en tanto que Laura se alejaba presurosa para contestar la llamada.

—Ya voy yo —lo detuvo Tuomas.

Abrir la puerta era la excusa perfecta para obtener tiempo y pensar las respuestas que le daría a Karol cuando este le interrogara frente a un vaso de *zubrówka*. Caminó hasta la entrada, parándose frente a la pantalla del videoportero, en ella se veía a Silvia junto a la cancela cerrada del muro. Tuomas sonrió para sí, seguro de que Esmeralda se habría olvidado la llave; y él, desde luego, no pensaba dejar pasar la oportunidad de entregárselas a su nieta. Personalmente. Descolgó el auricular y, en ese preciso momento, sonó el timbre de la puerta. No el del videoportero del muro, sino el de la puerta de la casa.

Karol, Zuper y Alba miraron intrigados a Tuomas. Este se encogió de hombros a la vez que se llevaba el auricular a la oreja, ignorando el sonido del timbre.

Palideció.

—Id a casa, son unos amigos —respondió a lo que Silvia le decía—. Sí, los estábamos esperando —colgó con un fuerte golpe para luego girarse hacia el salón—. Wlod está en la puerta. Ha entrado después de que Benito saliera, aprovechando que estaba la cancela abierta.

—*Kurwa!* —Esta vez fue Karol quien soltó el exabrupto—. Laura, sube a la Torre y quédate allí. Zuper, vigíla la —ordenó a la vez que salía disparado a la entrada, sin percatarse de la mirada entusiasmada de su reina.

Tuomas le esperó, conteniendo apenas la agitación que se había apoderado de él. Una buena riña era justo lo que estaba necesitando.

—No quiero peleas, Tuom —le advirtió Karol posando la mano sobre su hombro —, ha venido con sus abogados —señaló en la pantalla a los hombres que viajaban en el segundo coche—. Intentemos negociar.

—Negociar, ¿con qué? ¿Acaso estás pensando en darle lo que quiere? —siseó Tuomas, apretando los puños.

El timbre volvió a sonar. Impaciente. Desalmado. Peligroso.

—¡Por supuesto que no! Pero...

—Entonces no tienes nada con lo que negociar —le espetó furioso, impidiéndole hablar.

—Siempre hay algo con lo que negociar —expuso Laura llegando junto a ellos. El móvil todavía en la mano.

Zuper la seguía abatido, frotándose los dedos.

—Lo siento, tío, pero no he podido pararla. Es más fuerte que yo —masculló extendiendo una temblorosa mano mientras ella, esquivándolos a todos, se colocaba frente a la puerta—. Me ha hecho una llave de kárate que a punto ha estado de romperme los dedos.

—No ha sido de kárate —replicó Laura saliendo de la casa. Ignoró al abogado con pinta de petimetre que parecía pegado al timbre y atravesó el porche para

aproximarse a los dos lujosos coches aparcados junto al camino de baldosas amarillas —. Caballeros, guarden las pistolas, los puños y la mala hostia, están siendo grabados. Sonrían por favor, no querrán salir con cara de perros rabiosos —les indicó las cámaras de seguridad a los guardaespaldas que custodiaban el primer coche, y a los abogados y el chófer que acababan de bajarse del segundo. Todos la miraron perplejos sin entender ni una sola palabra del discurso—. Oh, vaya, si son unos palurdos que no saben hablar mi idioma. ¡Qué lástima!, con lo bien que me había quedado. Karol, por favor, tradúceselo. Tuomas, cierra la boca, te pueden entrar moscas —le advirtió a sus polacos, quienes, a pesar de su asombro se habían colocado junto a ella para protegerla.

Karol abrió la boca para replicar que no pensaba traducirles eso —¡solo les faltaba cabrear a los matones de su padre!—, cuando Wlod rugió algo en polaco tras la ventanilla. Los guardaespaldas se hicieron a un lado y uno de ellos abrió la puerta trasera del Lincoln.

—Señor Sapkowski, créame si le digo que estaba deseando conocerle. —Laura le tendió la mano, interrumpiendo los ladridos del viejo—. No todos los días tengo la oportunidad de conocer a un arrogante hijo de puta como usted.

Karol dio un respingo y se apresuró a colocarse delante de ella. Si a su padre se le ocurría tocarla, lo mataría.

—Cómo se atreve —siseó Wlod, mirando asombrado a la altiva mujer que acompañaba a su hijo. Por supuesto, no le dio la mano.

—Oh, pues atreviéndome —replicó Laura, abandonando la protección de Karol para colocarse a su lado. ¿Desde cuándo los ratoncitos protegían a las gatas rabiosas?

Karol apretó los dientes al escucharla. Sus mejillas palpitando al compás de su furia a la vez que le envolvía la cintura con un brazo, atrayéndola contra él. Más tarde hablarían sobre los peligros que conllevaba insultar a alguien tan poderoso y mezquino como Wlod.

—¿Acaso he dicho alguna mentira? —preguntó Laura con mordaz inocencia mientras se contoneaba melosa.

Apoyó la cabeza contra el hombro masculino y ancló el pulgar en la cinturilla de los pantalones rojos de raso, la única ropa que él llevaba puesta. Karol, sin ser consciente de lo que hacía, le envolvió los hombros con el brazo para luego depositar un beso en su coronilla.

—Tal vez has sido demasiado sincera —señaló apretándola contra él sin apartar la vista del hombre que le miraba con los ojos entrecerrados.

—No es culpa mía si es un cabrón arrogante —desestimó Laura encogiéndose de hombros. Karol emitió un quedo gruñido.

—Laura..., los estás cabreando —musitó Zuper, solo por si no se había percatado de la cara cada vez más roja del padre de Karol.

—Déjala, yo me lo estoy pasando de maravilla —afirmó Tuomas, colocándose junto a ella.

—Gracias por el apoyo, Tuom. —Laura le guiñó un ojo a la vez que una pícaro sonrisa se dibujaba en sus labios.

Sonrisa que no pasó desapercibida a Wlod. La observó con atención. También con cierto desprecio. No era fea, aunque sí muy vulgar. No tenía clase. Ninguna mujer debería vestir con pantalones rotos y camisetas de tirantes. Una zorra más, eso es lo que era. Aunque, la manera en que Karol la abrazaba indicaba que sentía cierto encaprichamiento por ella. Sonrió para sí. Tal vez su retoño no fuera tan maricón como pensaba. Lástima que siguiera frecuentando la nociva compañía de Tuomas.

—Tuom, no la animes, por favor —le reprendió Karol antes de fijar la mirada en su padre—. Basta de juegos. ¿Qué es lo que quieres, Wlod?

—Ya sabes lo que quiero. Lo que desconoces es lo que te ofrezco. —Wlod hizo un gesto a uno de sus abogados, quien se apresuró a acercarse llevando un portafolio del que sacó lo que parecía ser un contrato. Se lo tendió a Karol—. Adelante, cógelo —le instó engreído cuando Karol lo rechazó—. Te interesa leerlo.

—No. No lo creo. No me interesa nada que puedas ofrecerme. Ya no —rehusó.

Karol giró apenas la cabeza, dirigiendo una imperativa mirada a Tuomas para luego empujar a Laura hacia él. Tuomas se apresuró a tomarla de la mano y dar un brusco tirón que la colocó tras su cuerpo para acto seguido recular hacia la puerta con Zuper a su vera.

Laura bufó ostensiblemente.

¡Qué manía con protegerla!

Wlod observó la escena con fingida indiferencia, aunque, por supuesto no se le había pasado por alto la preocupación que había mostrado su hijo por la zorra deslenguada. Tal vez esa puta fuera más importante para Karol de lo que había intuido en un principio. Sonrió. Era bueno conocer las debilidades de su vástago ahora que parecía haberse convertido en un hombre digno de respeto.

—Lo que te dije hace un mes sigue vigente —continuó diciendo Karol cuando vio que tanto Tuomas como Zuper estaban a punto de sacar de ahí a su reina—. Aléjate de mí si no quieres que tus trapos sucios salgan a la luz.

—Deja de tirarte faroles, hijo, no tienes nada con lo que chantajearme —comentó Wlod con sorna.

—¿Estás seguro de eso? —Karol se mantuvo imperturbable mientras su corazón se paraba un instante para luego latir acelerado—. Tal vez quieras arriesgarte, al fin y al cabo tienes varios abogados. ¿Crees que serán tan buenos como para librarte de la cárcel?

Wlod sonrió artero, observándole con ¿orgullo?

—Lo que creo es que me puede llegar a gustar el hombre en el que te estás convirtiendo. Pero, por desgracia, el hombre que antes eras jamás habría guardado nada que pudiera perjudicarme. Era un patético perro faldero que cumplía mis órdenes sin vacilar —replicó mordaz, golpeándole con el contrato en el pecho—. Me

tomaré una copa mientras lo lees, espero que tengas algo decente que ofrecerme — dijo caminando hacia la casa.

Karol le cerró el paso, con el contrato arrugándose en el interior de su puño.

—No creo haberte invitado a entrar —masculló con determinación.

Wlod arqueó una ceja, y señaló a los dos gorilas que estaban junto a él.

Karol se mantuvo impassible ante la amenaza.

Wlod elevó apenas las comisuras de sus labios. Había llegado la hora de bajarle los humos a su hijo.

—Pavel, Olek —llamó a sus matones.

—Debería esperar a hablar con sus abogados antes de mandar a sus gorilas a que nos masacren —dijo de repente Laura, asomando la cabeza entre los hombros de Tuomas y Zuper a la vez que se guardaba el móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

—Laura, entra en casa. ¡Ya! —ordenó Karol al oírla, lanzando una mirada asesina a Tuomas y Zuper, sin percatarse de la cara de perplejidad absoluta que tenían estos. Era como si acabaran de ver un milagro. Uno muy difícil de realizar.

Se escuchó el tono agudo de un móvil sonando. Uno de los trajeados hombrecillos que acompañaban a Wlod se apartó un poco para hablar por teléfono.

—No me apetece. La diversión está aquí fuera —replicó Laura, apartando el brazo con el que Tuomas ya no la sujetaba, tan pasmado estaba, para acercarse a Karol con total tranquilidad.

—¡Laura! —siseó este, aterrado. ¿Acaso no se daba cuenta de lo que iba a pasar en pocos minutos?

Otro móvil comenzó a sonar.

—Espero que tu puta supla su falta de inteligencia follando bien —murmuró Wlod mirándola asqueado.

—No vuelvas a dirigirte a ella así —siseó Karol encarándose a su padre con ferocidad apenas contenida mientras Laura, quizá siendo consciente por fin del peligro, se hacía a un lado—. Es más, no la mires, no le hables, no te atrevas siquiera a respirar el aire que ella respira.

Wlod curvó las comisuras de la boca, complacido por el valor que estaba mostrando su hijo. Lástima que tuviera que meterle en vereda.

—No es más que una zorra estúpida, ya lo comprobarás cuando mis guardaespaldas se la follen —replicó.

Karol se lanzó contra él. De hecho a punto estuvo de meterse bajo los puños de los gorilas, que, lógicamente, se habían apresurado a proteger a su jefe, pero Tuomas y Zuper lo pararon, apartándole de una paliza segura.

—Le aconsejo que detenga a sus hombres, viejo, hay cámaras grabándolo todo —gritó Laura en ese momento, colocándose junto a Karol.

—No hay nadie grabando, puta —la espetó Wlod divertido mientras de nuevo sonaba un móvil—. Mis hombres se han ocupado de ello.

Las comisuras de su boca se curvaron al escuchar el gruñido de su hijo, a quien Tuomas y Zuper se apresuraron a sujetar. El pelirrojo comenzó a susurrarle algo al oído a toda velocidad. Los ojos del polaco se abrieron como platos.

—Oh, ¿habéis sido vosotros los del inhibidor de frecuencia? —indagó Laura después de besar a Karol para tranquilizarle—. Muy acertado... si fueran esas cámaras —señaló las que estaban sobre la puerta— a las que me refiero. Pero no lo son. Sé que no me creerá, yo tampoco lo haría si estuviera en su lugar, pero ahora mismo estamos siendo observados desde el espacio exterior.

Wlod enarcó una ceja, incrédulo.

Karol jadeó, pero, en vez de empujar a Laura tras él para protegerla, miró a sus amigos con una mueca de absoluta perplejidad. Tuomas y Zuper, en respuesta, emitieron sendas carcajadas histéricas, lo que provocó que Wlod enarcara aún más la ceja. Intuía que había algo que se le escapaba... igual que le pasó la primera vez que visitó esa horrible casa. Fijó su penetrante mirada en Laura.

—¿Desde el espacio exterior? Interesante.

—Sí, hace un rato me llamaron mis compañeros de trabajo indicándome que algún capullo había usado un inhibidor para bloquear las conexiones de las videocámaras —comentó encogiéndose de hombros—, así que hablé con unos cuantos colegas y, no sé cómo, uno de los satélites de allá arriba —señaló el cielo— se ha averiado y solo enfoca esta zona.

Wlod resopló despectivo, había pensado que era más lista, pero por lo visto se había equivocado por completo.

—Es un farol.

—Ya le advertí que no me creería. De todas maneras eso no es lo importante —comentó Laura—. Lo importante son los mensajes que están recibiendo sus abogados. Tal vez debería hablar con ellos, tal y como le he indicado antes. Por su bien... ya sabe.

Wlod, harto de tanta cháchara inútil, les hizo un gesto a sus hombres.

Los gorilas sonrieron, habían recibido una buena bronca por lo acaecido la vez anterior y tenían ganas de resarcirse.

Los dos abogados miraron a su jefe con las caras tan blancas como el papel.

—Usted verá, luego no diga que no le avisé —comentó Laura con indiferencia—. Por cierto, que asunto más feo el de Dyzek Król. Y mejor no hablamos de Rasia Lews. ¿De verdad que no quiere esperar a hablar con sus abogados?

Todos los polacos la miraron asombrados al escuchar los nombres.

Wlod ladró varias órdenes a sus hombres. Los matones se quedaron inmóviles mientras que los abogados se acercaron a él presurosos y le susurraron algo al oído.

Tuomas, Zuper y Karol rodearon a Laura, protectores en tanto que esta esbozaba una sonrisa muy, muy perversa, que dejaba ver sus afilados colmillos.

—Laura, ese es tu nombre, ¿verdad? —Wlod se dirigió hacia ella.

Karol le cerró el paso.



—Hay que ser muy, pero que muy estúpido para guardar todos los correos electrónicos, apuntes contables y demás documentos incriminatorios en un ordenador portátil con la cantidad de piratas informáticos que hay sueltos por el mundo — aseveró Laura por encima del hombro de Tuomas.

—Te estás tirando un farol —masculló Wlod, impasible.

Laura se encogió de hombros y acto seguido comenzó a recitar una serie de números, letras y símbolos para luego continuar con una larga lista de nombres.

Wlod ni siquiera pestañeó. No así Karol, quien la miró pasmado al reconocer los apodos que había dado a muchos de los hombres a los que había sobornado y/o amenazado cuando trabajaba en la Sapk. Zuper le había advertido entre susurros, pero no había llegado a creérselo. Al menos no del todo. ¿Cómo había conseguido su reina esa información? Él mismo se había ocupado de hacerla desaparecer mientras trabajaba para Wlod.

—Suficiente —la detuvo Wlod girándose hacia sus abogados, quienes en ese momento hablaban alterados por teléfono—. ¿Qué es lo que quieres?

—Oh, quiero romper este contrato —dijo, recogiendo los papeles que habían caído al suelo para hacer exactamente lo que había dicho—. Ah, por cierto, sé que no se ha tragado lo del espacio exterior, pero créame si le digo que les he pasado esas cosas tan feas que he encontrado en su ordenador a varios *hackers* que me tienen bastante aprecio y están deseando filtrarlo todo. Vaya putada, ¿verdad? Porque, si me hace cachitos, mis amigos se enfadarán y... en fin. Ya sabe —chasqueó la lengua tirando los papeles rotos al suelo.

Wlod parpadeó. Una sola vez. Y luego miró a su hijo.

Karol apretó los dientes, conteniendo apenas la risa histérica que estaba a punto de abandonar sus labios. Laura acababa de lograr lo que nadie había conseguido antes: dejar petrificado a su padre.

—Me gusta el hombre en el que te has convertido y me gusta la mujer que tienes a tu lado —dijo Wlod un instante después, fijando en la pareja una mirada cargada de respetuoso reconocimiento—. Y bien, ¿no me vas a invitar a entrar? Aún tenemos mucho de que hablar —comentó, como si los últimos diez minutos no hubieran existido.

—No. No quiero tu olor en mi casa —replicó Karol con determinación mientras Tuomas y Zuper le rodeaban.

Wlod asintió y ladró unas cuantas órdenes a sus abogados y guardaespaldas. Todos se subieron a los coches. Luego arqueó una ceja, señalando con un gesto a Tuomas y Zuper.

Karol les pidió que se retiraran, no así a Laura a quien estrechó con fuerza contra sí.

—No habrá pues ningún acuerdo entre nosotros —murmuró Wlod mirando el contrato hecho pedazos.

—No puede haberlo. Jamás permitiré que ningún hijo mío crezca bajo tus cariñosos cuidados. Antes prefiero convertirme en eunuco. Y lo haré, no lo dudes.

Wlod asintió con la cabeza, observando complacido a su hijo. No bromeaba, lo veía en sus ojos bicolors. Qué ironía. Toda la vida aborreciendo su debilidad, y cuando debía ser débil y ceder a sus órdenes, se mostraba fuerte e insolente, justo como debía ser el heredero que ambicionaba.

—¿Te harás cargo de la empresa cuando yo falte? —inquirió.

—No.

—Es un legado familiar.

—Que se la quede Laska, al fin y al cabo se ha prostituido para conseguirla.

—No tiene mi sangre. Y sus hijos tampoco la tendrán —masculló Wlod—. Da igual los datos que tu mujer me haya robado o los amigos que puedan filtrarlos —dijo fijando una penetrante mirada en Karol—. Si quiero, puedo hacer desaparecer esta vida que te has creado. Puedo demolerla hasta sus cimientos. Acabar con tus amigos, con tu zorra, con esta horrible casa —afirmó antes de que sus ojos volaran a Laura—. Pero no lo haré. Por ahora —sentenció dando media vuelta para dirigirse al Lincoln en el que estaban esperándole sus abogados.

Se acomodó en el asiento, miró durante un instante al hijo del que nunca se había enorgullecido, hasta ahora, y sonrió.

—Haga que vigilen a Karol y averigüe todo sobre la mujer que está con él —dijo a uno de los trajeados hombrecillos tras indicarle al chófer su destino.

Karol observó los dos vehículos hasta que atravesaron la cancela que Zuper se había ocupado de abrir y se perdieron en la distancia. Luego se giró hacia Laura.

—No vuelvas a hacer eso —le advirtió con rabia.

—¿El qué? —dijo ella toda inocencia.

—Lo que has hecho. Mi padre es temible como enemigo. No tienes ni idea de lo que puede llegar a hacerte —siseó con los dientes tan apretados como los puños.

—Oh, bueno. Me hago una pequeña idea: darme alguna paliza que otra, dejarme casi ciego, desterrarme del país... Pero no lo haré.

—Tus amigos y los datos que le has robado no te protegerán eternamente —siseó él, mesándose el pelo preocupado, casi histérico.

—No me hace falta que nada me proteja. No me hará daño.

—Claro que te lo hará.

—No. Yo soy la única que puede darle lo que quiere, no me tocará, al contrario, hará lo imposible por protegerme.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quiere que tú puedas darle? —la increpó escéptico.

—Un heredero.

Karol se tambaleó sobre sus pies a la vez que la miraba petrificado.

—Tranquilo —susurró ella, besándole en los labios—. No pasa nada. Serás un padre maravilloso... cuando decidamos ponernos manos a la obra —finalizó divertida.

Karol volvió a respirar.

—Has estado a punto de provocarme un infarto —susurró contra sus labios—. Eres mala...

—Mala malísima —afirmó ella divertida.

—¿De verdad que había un satélite grabándonos? —inquirió Zuper horas después, cuando ya habían trazado un plan a seguir, pues Karol, a pesar de lo mucho que había insistido Laura, seguía desconfiando de que su padre se diera por vencido tan fácilmente.

—Por supuesto que no —exclamó Laura, sentada en el regazo de Karol, quien desde que se había ido Wlod, era total y absolutamente remiso a soltarla, de hecho, dudaba de que la soltara jamás—, tendríamos que habernos infiltrado en los ordenadores de la CIA o del FBI y eso es casi imposible.

—Entonces, ¿por qué lo dijiste? —inquirió Elke, que sentada junto a Zuper y Alba, miraba atónita a Laura.

—Porque necesitaba ganar tiempo para que los abogados leyeran los mensajes con los que les estaban bombardeando mis compañeros y eso me pareció lo suficientemente rimbombante como para que Wlod se parara a reírse de mi presunción.

—Entonces lo de los *hackers* sí que es verdad —indagó Eberhard, abrazado a Sofía.

Zuper los había llamado a todos para contarles lo que había pasado, y ellos no habían dudado un instante en acudir al Templo, a pesar de que era viernes y Elke y Eberhard tenían que tocar con los Spirits por la noche.

—Por supuesto —aseveró Laura con rotundidad—. Repartí entre mis amigos todos los paquetes de datos para...

Tuomas tomó su vaso vacío y se levantó del sofá encaminándose al mueble bar. Ya había oído esa parte, Laura lo había contado antes de que todos los amigos de Karol se presentaran allí. Llenó de hielos el vaso y se sirvió una buena cantidad de vodka. Dio un trago, la vista fija en las personas reunidas en el salón.

Ninguno de los allí reunidos había vacilado un instante en acudir al lado de Karol tras recibir la llamada de Zuper.

Pero estaba seguro de que nadie se habría molestado en acudir a su lado si le hubieran atacado a él. Quizá Karol, pero lo cierto era que no estaba del todo seguro. Desde luego nadie más, de su vida pasada o presente, se molestaría en acudir a su llamada por el simple motivo de que no tenía amigos que se preocuparan por él. A no ser que los comprara, por supuesto; al fin y al cabo eso era lo que siempre hacía. O lo que siempre había hecho, porque, de un tiempo a esta parte no le apetecía ser amigo de nadie. Bueno, sí. Quería recuperar la amistad de Karol. Ganarse quizá la de Laura. También la de Silvia. Frunció el ceño.

Mentiroso.

Quería ganar mucho más que la amistad de la irascible mujer.

Quería su respeto. Su admiración. Su deseo. Pero ¿por qué iba a respetarle, admirarle o desearle? ¿Qué había hecho él para merecer eso? Nada.

Se dirigió a la ventana en la que se apostaba cada mañana y escrutó el jardín. Aún faltaba un rato para el anochecer, los rojos, azules, blancos y naranjas de las flores inodoras que Silvia cuidaba brillaban con calidez bajo la luz anaranjada del atardecer. Debería ser una estampa hermosa. Pero no lo era. Era estéril. Triste. Incompleta. Porque faltaba Silvia.

A él le faltaba Silvia.

No la había visto en todo el día. Le dolió el corazón al darse cuenta de que ya no la vería hasta el día siguiente. Aunque... No había explorado el jardín en busca de las notas en las que ella le citaba. Negó con la cabeza. Dudaba de que hubiera dejado ninguna. No habían quedado en buenos términos el día anterior. Esta vez fue su estómago el que se encogió ante ese pensamiento. Apoyó la frente en el cristal, la mirada fija en la exuberancia de colores que había frente a él. Golpeó con las palmas el marco de la ventana y, girando sobre sus talones, se encaminó a la puerta principal.

Iba a buscar la jodida nota.

Porque soñar era gratis.

Y él necesitaba despertar. Salir de ese embrujo en el que se encontraba sumido. Renunciar a anhelar la amistad de una mujer que le despreciaba. Dejar de estar angustiado por haberla hecho sufrir y, sobre todo, blindar su corazón para que se comportara como siempre se había comportado: como la máquina que era.

Karol fijó una preocupada mirada en Tuomas cuando este abandonó de repente el salón. Giró la cabeza hacia la ventana y pocos segundos después le vio atravesar la finca para adentrarse en el jardín. No le sorprendió verle arrodillarse entre los anturios y los agapantos, pero sí estrechó los ojos cuando le vio echar a correr hacia la casa como alma que lleva el diablo. Y los abrió como platos cuando atravesó el salón y se detuvo frente a él para pedirle las llaves del todoterreno, pues el descapotable estaba destrozado. Él mismo se había ocupado de eso.

Karol asintió, todavía perplejo y le señaló el moderno aparador junto a la puerta principal. Tuomas ni siquiera se lo agradeció, echó a correr hacia allí con una enorme y esperanzada sonrisa en el rostro.

—Suerte, Tuom —musitó cuando su amigo salió de la casa y escuchó el motor del todoterreno arrancar con un fuerte rugido.

—Estúpida —siseó Silvia para sí, limpiándose de un manotazo la única lágrima que había tenido la audacia de abandonar sus ojos.

Se apartó de la ventana junto a la que llevaba esperando casi una hora y se dirigió a la cocina. Estaba claro que Tuomas no vendría. La tarde anterior no había sido tan

perversa como él deseaba; no le había mantenido al borde del orgasmo, ni le había hecho suplicar ni llorar; en definitiva, no le había hecho pagar sus pecados y ahora él, como venganza, no acudía a la cita. Una sonrisa descarnada acudió a sus labios al comprender que eso era una estupidez. Tuomas no se molestaría en vengarse porque para eso era necesario que sintiera algo, y él no sentía nada. No tenía corazón. Para Tuomas ella solo era el medio para conseguir un fin. Y, como no le había proporcionado ese fin, simplemente habría pensado que no merecía la pena perder más el tiempo con ella. Y por eso no había acudido a la cita que tanto trabajo se había tomado en preparar.

—Idiota —susurró de nuevo, tirando a la basura las flores de lavanda que cubrían la vieja y resistente mesa que había arreglado meses atrás tras encontrarla tirada en la calle.

Recogió también la cuerda que había comprado para la ocasión, ya le daría algún uso, tal vez le sirviera para tender la ropa, pensó con pragmatismo; el jengibre se lo daría a su abuela para que hiciera galletas. Unas galletas que Tuomas devoraría. Se limpió otra estúpida lágrima de un manotazo mientras se recriminaba la estupidez supina de llorar cuando había conseguido justo lo que pretendía. No volver a verlo. O mejor dicho, no volver a jugar con él, porque verlo, por desgracia, lo vería cada mañana en la casa de su jefe.

Si lo pensaba fríamente, que él no hubiera acudido a la cita era lo mejor que podía pasarle porque, aunque se hubiera prometido a sí misma dejarle, aunque supiera sin ningún asomo de duda que él solo la estaba utilizando, que solo la haría sufrir, que esa no-relación que mantenían era tóxica, se conocía lo suficiente como para saber que jamás le apartaría de su lado. Por muy fuerte y distante que intentara aparentar ser, era una mujer débil e imperfecta que haría lo que fuera por mantener a su lado al hombre atormentado y perfecto del que estaba medio enamorada. Un hombre que no sentía absolutamente nada por ella, excepto la necesidad de que lo castigara.

Tomo el *plug* anal que tantas veces había usado con él y lo estrelló contra la pared con rabia. Iba a hacer lo mismo con el bote de lubricante cuando escuchó el potente motor de un coche en la lejanía. O tal vez no tan en la lejanía. El lubricante cayó al suelo cuando salió corriendo de la cocina para asomarse a la única ventana del salón distribuidor.

Tuomas se obligó a levantar el pie del acelerador cuando el todoterreno tomó como una bala la glorieta que había al principio del pueblo. Estaba atardeciendo y podría haber animales y personas deambulando por las calles; si atropellaba a alguien se vería obligado a detenerse para atenderlo ¡y llegaría aún más tarde!

Giró a la derecha nada más salir de la ruleta y enfiló directo hacia la casa de Silvia. Menos mal que vivía en las afueras, no creía que sus nervios pudieran soportar un segundo más de espera. Miró el reloj del salpicadero. Llegaba más de una hora

tarde. Se maldijo en silencio por no haber examinado antes el jardín y aceleró sin acordarse de que no podía perder el tiempo atropellando a nadie. Las ruedas rechinaron contra el asfalto caliente cuando frenó bruscamente frente a la casa baja, subiendo el coche a la acera. ¡No tenía tiempo que perder aparcándolo! Tomó las llaves a la vez que saltaba del todoterreno.

Y, en el mismo momento en que sus Reebok EA7<sup>[6]</sup> tocaron el suelo, Silvia salió de la casa.

—Siento llegar tarde, pero me surgió un asunto y no pude salir al jardín hasta hace un rato —murmuró Tuomas con fingida indiferencia, obligándose a mostrar una calma que de ningún modo sentía. Porque, si se permitiera dejarse llevar y dar salida a lo que bullía en su interior en ese momento, caería de rodillas ante ella y, tras pedirle perdón por el horrendo ser que era, le suplicaría que le dejara besarla. Que le permitiera beber su sabor y lamer el tacto de su piel. Que le dejara adorarla.

—Ya. Bueno, entiendo que salir al jardín a buscar notas ocultas en flores no es muy... importante —musitó ella, echando de menos llevar vaqueros para poder meter las manos en los bolsillos traseros. Era tan estúpida que había vuelto a ponerse el vestido negro para recibirle. Y se sentía jodidamente desnuda sin sus vaqueros, sus botas de seguridad y sus camisetas de camuflaje.

—Sí es importante buscar las notas que me dejas —declaró Tuomas, el corazón en un puño al ver su cara de decepción—. Pero no pude salir antes. Tuvimos una visita inesperada.

—Claro. Los coches que entraron cuando mis abuelos y yo nos íbamos —comentó apática, decidida a no demostrarle lo mucho que le dolía descubrir que ni siquiera era tan importante para él como para que abandonara a sus amigos cinco minutos y saliera al jardín a buscar su nota. Tampoco para que hubiera mandado un jodido mensaje avisándola de que llegaría tarde.

Entró en la casa, indicándole con un gesto que la siguiera. Era una estupidez mantenerse fuera. Ambos sabían que, sin importar lo que él hiciera, ella siempre le dejaría pasar, ¿por qué demorar el momento?

—Nunca había visto un Lincoln antes —dijo yendo a la cocina. Tuomas la siguió extrañado. ¿Por qué no se dirigían al dormitorio?—. Son unos coches impresionantes.

—Son para carcamales. Me gustan más los Maserati —replicó él, mirándola preocupado, estaba demasiado apática, no parecía su imprevisible e irascible jardinera, sino una flor marchita—. Tenemos que hablar sobre lo que pasó ayer —dijo, armándose de valor.

—¿Has visto las fotos que colgué? —inquirió ella simulando desidia. No quería hablar sobre lo que había pasado. De hecho, no quería hablar sobre nada.

—No. No me interesan las puñeteras fotos —masculló Tuomas, enfadado porque le recordara el motivo por el que ella había aceptado el monstruoso acuerdo que tenían: el maldito dinero que conseguía con esas asquerosas imágenes—. Lo único que me interesa es...

—Ya lo sé. Lo único que te interesa es pagar por tus pecados —declaró Silvia, interrumpiendo lo que él pensaba decir—. Pero no pretenderás que lo haga gratis, ¿verdad? Algo tendré que ganar —comentó, fijando la mirada en sus maravillosos ojos verdes—. Quítate la ropa. Hoy probaremos otro escenario, hay que dar a tus seguidores nuevos ambientes antes de que se aburran y busquen otras fotos con las que hacerse pajas —indicó, recogiendo el lubricante y el *plug* que aún estaban en el suelo.

Tuomas apretó los dientes, repentinamente furioso. Eso es lo que era, un maldito cheque en blanco. Si hubiera sabido cómo se iba a sentir, la hubiera pagado por sus servicios en lugar de aceptar esas estúpidas fotos, al fin y al cabo era lo que siempre hacía cuando quería un poco de sexo: pagar por él. Sacudió la cabeza al darse cuenta de que era justo eso lo que más le había entusiasmado al conocerla. Que no quisiera su dinero. Solo su cuerpo... para ganar dinero.

—¿Otra vez el *plug* anal? Por mucho que cambies de ambiente, si siempre usas los mismos juguetes será igual de monótono —comentó hiriente quitándose la camisa gris de Prada para colgarla del respaldo de una silla—. De hecho, hasta yo comienzo a hartarme del juego. Francamente, las sesiones son tediosas, carecen de imaginación.

—Oh, no te preocupes —desestimó Silvia aparentando indiferencia y tragándose la rabia que la ahogaba. Así que no tenía imaginación, ¿verdad? Se iba a enterar de cuánta podía llegar a tener—, tengo algunas ideas que te pueden resultar muy interesantes.

—Eso espero. De todas maneras, entiendo que tu escaso presupuesto te limita mucho a la hora de adquirir nuevos juguetes con un mínimo de calidad, por tanto, espero que no te moleste si me tomo la libertad de comprar alguno para la próxima sesión —dijo él con rabiosa indolencia, doblando con cuidado los Armani Jeans que acababa de quitarse. Sabía que le hacía daño. Era lo que pretendía. Que le gritara, que le acusara, que le pegara. Cualquiera cosa que le permitiera gritarle a su vez.

—Ojalá no haya próxima sesión —masculló Silvia en voz muy baja, odiándole por recordarle la enorme diferencia que había entre sus mundos.

Tuomas levantó la cabeza bruscamente mientras los carísimos vaqueros caían de sus brazos exánimes.

—¿Qué has dicho? —jadeó aterrado. No podía haber dicho eso. No. Seguro que no la había escuchado con claridad. Ella había hablado muy bajo y por tanto no había entendido bien sus palabras. No podía ser de otra manera.

—Que nos vendrá bien para la próxima sesión —mintió Silvia, acercándose a él con las cuerdas—. Date la vuelta y pon las manos en la espalda.

Tuomas tragó saliva, aliviado, y se giró lentamente, obediéndola mientras su corazón todavía latía aterrorizado. Había estado a punto de estallar en mil pedazos en el interior de su pecho.

Silvia le colocó los brazos de modo que la parte interior de las muñecas quedaran enfrentadas y luego las ató lo suficientemente fuerte como para que no pudiera

soltarse.

—¿*Bondage*, Silvia? —inquirió atónito. En el mes que llevaban jugando nunca le había atado.

—La imaginación al poder —masculló ella empujándole hacia la mesa—. Túmbate bocarriba.

Tuomas observó el mueble con desprecio. Era una mesa pequeña, bastante vieja y ajada.

—Siento llevarte la contraria, pero no creo que aguante mi peso... ni mi tamaño. Me van a colgar las piernas —musitó esbozando una condescendiente sonrisa.

—No soy idiota, aunque parezcas pensar lo contrario —le espetó Silvia, furiosa—. Aguantará de sobra tu peso. Y sí, te colgaran las piernas, es lo que pretendo.

—No pienso que seas idiota —replicó Tuomas al punto—. Estás hoy muy sensible... No tendrás la regla, ¿verdad?

—Tiéndete sobre la jodida mesa o vete —siseó Silvia con los dientes tan apretados que Tuomas pudo oírlos rechinar.

—Está bien. Solo pretendía hacer una broma —musitó obedeciendo. Y sí, por extraño que pareciera, sí había querido hacer una broma. Una broma tonta y fuera de lugar, como se había demostrado.

Silvia le ayudó a tenderse sobre la mesa, algo nada fácil con las manos atadas a la espalda y en un mueble de dimensiones tan reducidas como ese. La cabeza le colgaba por un extremo y las piernas, desde las rodillas, por el otro. Le obligó a separar los muslos y le ató los pies a las patas con suaves pañuelos.

—¿Qué tal vamos con el tema imaginativo? —le preguntó mordaz.

—Bueno... No es una postura que no haya adoptado cientos de veces, en mesas más grandes, por supuesto. Y también más cómodas —replicó él, en igual tono.

—Oh, vaya, cuánto lo siento. Ya sabes, mi precario presupuesto no me permite más —replicó ella, herida—. Ya que no puedo equipararme a tus acostumbrados lujos, intentaré ser un poco más... original —replicó abriendo la nevera para sacar la raíz de jengibre.

—Oh, no te molestes, la verdad es que no es necesario ser original, sino mostrar cierto ánimo con respecto al sexo. La apatía mata la pasión —afirmó, en una clara indirecta hacia su actitud inapetente.

—Oh, debe de ser que como llevo más de un mes jodiéndote sin recibir placer a cambio, mi cuerpo ha optado por inmunizarse contra la pasión —masculló ella pelando el jengibre.

Si Tuomas hubiera estado en una mesa decente, en la que su cabeza tuviera espacio para reposar, se la hubiera golpeado contra la madera. Pero, como estaba precariamente atado a un diminuto y cutre tablón con patas en el que la cabeza y los pies le colgaban por los extremos, solo pudo bufar enfadado consigo mismo. Porque ella tenía razón. En todo el tiempo que llevaban con ese estúpido acuerdo, ella jamás había visto satisfecha su pasión... y cuando le había pedido que le devolviera el



favor, él se había negado. Como el cabrón arrogante que todo el mundo pensaba que era. Pero no había sido arrogancia, sino cobardía.

—¿Esto es por lo que sucedió ayer? —musitó, decidido a explicar lo que le había pasado o tal vez a inventar una buena mentira que la dejara satisfecha—. No es que no quisiera comerte el...

—¡Cállate! —le increpó Silvia, girándose hacia él. El cuchillo, amenazador, señalándole apretado entre sus dedos—. Si vuelves a mencionar lo que pasó ayer, te irás de aquí y no volverás nunca más —siseó con rabia. No estaba dispuesta a permitir que le restregara la necesidad que había sentido de él. Bastante humillada se sentía ya, no hacía falta que nadie se lo recordara—. ¿Entendido?

Tuomas aceptó en silencio y dejó caer la cabeza. Ojalá pudiera borrar de la memoria de ambos la tarde del día anterior. Había abierto una fisura en la frágil relación que mantenían. Y la maldita grieta estaba amenazando con destruirlo todo. Cerró los ojos. Si no hubiera sido tan cobarde la habría tenido entre sus brazos. Pero él era así. Un cobarde egoísta que se escondía bajo capas y capas de arrogante prepotencia. Y no tenía intención ninguna de cambiar. Suspiró despacio y miró a su izquierda, donde Silvia se afanaba en algo.

—¿Qué estás haciendo? —Alzó la cabeza para ver qué era lo que la entretenía, manteniéndola lejos de él.

—Preparo un poco de jengibre —contestó ella lavando la raíz con agua fría.

—¿Jengibre? ¿Vas a ponerte a hacer galletas ahora? —inquirió con sorna, removiéndose molesto.

Maldita fuera. La necesitaba a su lado. Quería sentir su aliento sobre la piel y sus dedos sobre la polla. De hecho, quería sentirlos sobre todo su cuerpo, pero ella jamás le tocaba otro lugar que no fueran los genitales. Pero, sobre todo, ante todo, lo que más deseaba era un beso. Un jodido e inocente beso. O tal vez no tan inocente.

—No. Voy a hacer algo un poco más especial.

—Ah, estupendo. ¿Y no puedes hacerlo después? Te lo digo más que nada porque esta postura es bastante incómoda. Los brazos normalmente se atan abiertos en cruz —indicó apoyándose sobre los hombros y el trasero para arquear más la espalda, las malditas manos comenzaban a molestarle—. Y de todas maneras, el *bondage* no es algo que me guste especialmente. Preferiría estar en la cama, cómodamente tumbado.

—¿Y volver a la rutina? Qué decepción, Tuom, pensaba que querías un poco de imaginación. —Colocó la videocámara sobre la encimera, la puso a grabar y se giró al fin.

Tuomas entrecerró los ojos cuando vio lo que llevaba en las manos. Un falo de unos seis o siete centímetros de largo y dos o tres de diámetro. Amarillo. ¿De jengibre? Enarcó una ceja, intrigado.

—Según como reacciones a este usará o no el otro —murmuró Silvia, colocándose entre sus piernas abiertas.

—¿El otro? —gimió Tuomas dirigiendo la mirada a la encimera en la que ella había estado trabajando.

No llegó a ver nada.

Sus ojos se cerraron al notar la húmeda y fría punta del resbaladizo dildo en el ano. Se tensó cuando ella empezó a presionar sin haberse molestado en usar lubricante antes. Pero no hacía falta, reconoció un segundo después. El agua fría y la propia textura de la raíz convertían el dildo en un juguete extremadamente resbaladizo. Se relajó mientras ella continuaba introduciéndoselo poco a poco y abrió los ojos como platos cuando lo tuvo dentro y comenzó a... quemarle.

—*Pieprzyć!* —exclamó apretando las cachas—. Qué mierda es esto —jadeó excitado, arqueando la espalda para presionar el trasero contra la mesa y sentir con más intensidad esa extraña quemazón.

—¿Qué tal? —inquirió Silvia, estudiando con atención sus movimientos y gestos.

—No lo sé... me quema —gimoteó intentando juntar los muslos, sin conseguirlo.

—Pero te gusta —afirmó ella, observando la rígida erección que se elevaba imponente sobre su pubis depilado.

—Joder, sí —gimió él sin poder evitarlo. No sabía qué narices le pasaba, pero quería más de esa sensación. Le quemaba y excitaba a partes iguales. Le hacía sentir un deseo tan potente que casi dolía.

—Bien.

Tuomas giró la cabeza al percatarse de que ella había vuelto a la encimera. Y en ese momento recordó que había otro dildo de jengibre. Dónde se lo pensaba meter, ese era el misterio. ¿Tal vez en la boca? Abrió los ojos como platos al ver el tamaño del diabólico artilugio.

—No, Silvia. Ni se te ocurra —jadeó removiéndose todo lo que las cuerdas le dejaban.

—No tengas miedo. Te va a gustar —susurró ella inclinándose sobre él, bañándole la polla con su aliento, excitándolo aún más.

—Eso es lo que temo, que me guste todavía más —gimoteó. Sus ojos fijos en el delgado y liso palito de jengibre que ella sostenía en la mano.

—Miedica —dijo Silvia con total apatía.

Tuomas la miró perplejo al escuchar su tono. Se suponía que cuando alguien llamaba miedica a otro alguien lo hacía en un tono jocosos, o al menos desafiante. De hecho, siempre que ella le había llamado miedica lo había hecho entre risas o susurros apasionados, pero nunca con esa horrible indiferencia; como si no le importara en absoluto lo que él sintiera.

—Silvia, espera... no sé si quiero esto —jadeó cuando ella comenzó a frotarle la punta del palito de jengibre contra el glande.

—Por supuesto que no lo quieres —comentó ella impasible, penetrándole apenas la uretra—. Te va a poner tan cachondo que me vas a rogar que te deje correrte.

Tuomas dejó caer la cabeza cuando comenzó a sentir la conocida quemazón en el interior de su pene. Todos sus músculos se tensaron, incluyendo ese que ya estaba demasiado duro. Era una sensación indescriptible. Incómoda, pero a la vez excitante. Le hacía desear más. Sus testículos se endurecieron y tensaron, preparándose para una posible eyaculación.

Apretó los dientes, decidido a soportar el excitante tormento.

Y ella comenzó a masturbarle.

Le envolvió el pene con una mano, acariciándole el frenillo con el pulgar a la vez que iba penetrándole con el palito. Lo insertaba unos milímetros y esperaba a que él se acostumbrara a la sensación mientras lo masturbaba lentamente. Apenas lo había introducido un par de centímetros cuando él empezó a temblar. Detuvo el avance del jengibre y, ciñéndole con más fuerza, aumentó la rapidez de sus caricias.

—¡Para! —gritó en ese momento Tuomas—. ¡Quítame esa cosa!

—Dejará de hacer efecto en diez minutos. ¿No puedes esperar? —replicó ella con hastiada calma.

Conocía la rutina a seguir. Ahora él la increparía, y cuando no le hiciera caso comenzaría a suplicar. Eso era lo que él deseaba. Pagar por sus malditos pecados. Pero ella estaba tan harta de ser la mala.

—¡No, joder! ¡Me correré antes! ¡Quítamelo! —gritó él, negando con la cabeza.

—No —dijo ella acariciándole los testículos.

Los acunó en la palma de la mano y los hizo rodar entre los dedos. Él continuó gritando órdenes e increpándola para que parara. Por supuesto no lo hizo. No era lo que él esperaba de ella, y no era cuestión de decepcionarle... podría dejar de acudir a sus citas si lo hacía. Al fin y al cabo, ella no era más que el medio para conseguir un fin.

—No sigas. Para, por favor. Para —jadeó Tuomas de repente, estremeciéndose cada vez más cerca del indeseado orgasmo. Las lágrimas comenzaron a fluir de sus ojos.

—No.

Silvia ralentizó el ritmo de sus embates hasta casi detenerse, momento en el que comenzó a jugar con el palito que le sobresalía del glande.

Tuomas sintió que la tortura se volvía más dulce y alzó la cabeza. Ella le estaba acariciando despacio, con una extraña y pensativa mirada. Parecía melancólica. Ausente.

—Silvia..., por favor, para. Déjalo ya —susurró, sin importarle correrse o no. Lo único que quería era borrar esa horrible expresión del rostro de su... de Silvia.

Ella levantó la vista y le miró a los ojos. Apretó los dientes y negó una vez con la cabeza. Él volvió a suplicarle que parara.

—No... —musitó masturbándole con más fuerza a la vez que le amasaba los testículos—. Esto se acaba aquí y ahora —dijo con una determinación que no sabía que tuviera.

—¿Esto? ¿De qué hablas? —jadeó asustado por su expresión—. Por favor, para...

—No. Eso es lo que quieres, que pare —siseó furiosa, adoptando el papel del ángel vengativo que llevaba asumiendo desde el principio—. Pero no voy a hacerlo. ¿Has pensado alguna vez que la mejor manera de pagar por lo que le hiciste a tu amigo es experimentando la misma impotencia y frustración que él? —inquirió con rabia. Harta de ser la mala. Harta de torturarlo. Harta de representar ese estúpido papel. Harta de que él sufriera.

—No. Espera... qué vas a hacer. No puedes —sollozó Tuomas al intuir sus intenciones—. ¿Qué es lo que quieres? ¿La palabra segura? La diré, joder, la diré. Para.

—No, no la dirás porque no quieres ser absuelto de tus pecados —rebatía ella sin dejar de acariciarlo, llevándole más lejos de lo que nunca habían llegado—. Son lo único que tienes, lo único que te hace sentir. Te asusta deshacerte de ellos, dejar de sentirlos.

—¡No! ¡No los quiero! Para. Por favor —lloriqueó, su cuerpo tenso como la cuerda de un arco mientras sus duros testículos se contraían, dispuestos a expulsar su preciada carga—. Diré la palabra.

—¿Se la has dicho a tu amigo? —inquirió Silvia, atrapando con los dientes el frenillo y tirando del él con cuidado de no acercarse al jengibre. Tuomas gritó, sacudiendo las caderas—. ¿Has sido capaz de pronunciar esa palabra? —Él negó con la cabeza, el placer incontenible e insoslayable recorriéndole, amordazándole, llevándole al borde del precipicio—. No la has dicho, y nunca la dirás.

—¡Perdóname! —gritó de repente—. Ahí la tienes. Ya la he dicho. Ahora para, por favor.

—No —rechazó ella antes de quitarle el jengibre del ano y meterle un dedo para acariciarlo ese punto que sabía que le volvía loco.

—¡Por favor, perdóname! ¡Perdóname! —gritó de nuevo, deseando que Silvia se detuviera. Era la palabra que ella había elegido como segura. Tenía que detenerse.

—No soy yo quien tiene que perdonarte —dijo ella, liberándole del jengibre que le sobresalía del glande al sentir el pene palpitar y engrosarse más aún entre sus dedos—. Ni siquiera es tu amigo quien debe perdonarte. Eres tú mismo —afirmó ciñéndole la verga con más fuerza.

Tuomas negó frenético con la cabeza.

—¡No voy a correrme! —aulló— no lo merezco...

—Puede que tú no, pero los pajilleros que llevan un mes esperando a que te corras sí se lo merecen... han pagado sus buenos euros por verte, no querrás decepcionarles, ¿verdad? —susurró, recordándole lo que él ya no recordaba: la maldita cámara que le estaba grabando. Recordándole también el motivo por el que ella se prestaba a esa farsa: el dinero que ganaba con él.

Tuomas dejó caer la cabeza, herido de muerte. Renunció a luchar y permitió que su cuerpo se relajara aceptando el indeseado orgasmo como lo que era. Su última

penitencia.

Sus caderas se sacudieron cuando eyaculó por primera vez en tres años y el semen manchó su estómago con el fruto del orgasmo más despiadado que había sentido nunca. Placer mezclado con pesar. Desolación con éxtasis. Y por encima de todas esas sensaciones, tristeza. Una amarga e intensa tristeza que parecía no tener fin.

Se acurrucó sobre la mesa, exhausto, doblándose sobre sí mismo cuando ella por fin le soltó los pies. Y se abrazó tembloroso cuando le liberó las manos. Las lágrimas brotando de sus ojos a pesar de tenerlos fuertemente apretados mientras los sollozos que trataba de silenciar hacían temblar sus labios.

Sintió los suaves dedos de Silvia recorriéndole la espalda con cariño, apartándole el pelo del rostro. La sintió inclinarse sobre él, su cálido aliento sobre su mejilla cuando ella comenzó a hablar.

—Se acabó, Tuom. No tienes más pecados que pagar. Todo ha terminado. Recupera tu vida y yo recuperaré la mía —le susurró al oído, abrazándole con ternura.

—Es una lástima —comentó él, tras carraspear un par de veces para librarse del ahogo que sentía—. Porque, si se ha acabado, no volveré a precisar de tus servicios y se acabarán las lucrativas fotos —espetó, deseando que Silvia sufriera tanto como él estaba sufriendo.

—Oh, no te preocupes —replicó Silvia apartándose de él, desgarrada por sus palabras. Tan herida como él lo estaba—. Ya les he dado lo que quieren, es hora de buscar otro entretenimiento. Pues, como bien has dicho antes, siempre lo mismo, la misma polla, aburre a la gente.

Tuomas se giró lentamente, hasta quedar sentado sobre la mesa, y la miró. Ojos inexpresivos en un inexpresivo rostro masculino de singular belleza manchado por las lágrimas.

Silvia dio un paso atrás, luego otro, hasta que su trasero chocó contra la encimera.

—Imagino que estarás de acuerdo en que nuestro arreglo ha terminado —dijo aferrándose con fuerza a la pulida madera. Tuomas asintió en silencio—. Estupendo. Yo... —vaciló—. Me gustaría que un... punto de nuestro acuerdo siguiera en pie. —Tuomas enarcó una ceja—. Voy a seguir yendo cada mañana a la casa de Karol, ya sabes, algunos necesitamos trabajar para comer, no tenemos la suerte de ser ricos y perfectos —apuntó con fingida diversión, haciendo la herida más profunda, más sangrante—. Quiero que todo siga igual entre nosotros en ese aspecto. No te acercará a mí.

Un músculo palpitó bajo la mejilla de Tuomas.

—No hay problema —dijo, saltando de la mesa para empezar a vestirse—. No tengo interés ninguno en ti. Menos aún en tus estúpidas flores. De hecho, agradeceré dejar de oler a lavanda. Es nauseabundo —escupió saliendo de la casa sin mirar atrás.

Silvia esperó impasible hasta escuchar el rugido del todoterreno, y después, cuando se cercioró de que él y su coche estaban bien lejos, tomó la vieja cámara de vídeo y la estrelló contra la pared.

## El reconfortante ensalmo de la verdad

—¿D E verdad que no sientes curiosidad por saber cómo será? —inquirió Laura, sentada sobre el regazo de Karol, quien a su vez estaba en su trono de sangre.

Estaban solos en el salón, todos sus amigos se habían ido al hotel donde esa noche tocaba el grupo de Eberhard y Elke. De hecho, Karol debería estar en el 54 Sueños, dirigiendo su negocio. Pero Laura le había convencido de quedarse con sus malas artes. Malas artes que habían terminado de practicar en ese mismo lugar apenas media hora antes. Se suponía que ahora deberían estar relajándose. Pero ella había sacado a colación su Edén. El santuario que estaba decorando a su antojo. Y no había tema que más le intrigara que ese.

—Ninguna —replicó él con flemática paciencia. Por supuesto que sentía curiosidad. ¡Se moría de curiosidad! Pero, si se le ocurría demostrárselo, su reina era capaz de mantener el santuario cerrado durante un mes más solo para hacerle sufrir. ¡Y él todavía no había aprendido a forzar cerraduras!

—No te creo —murmuró ella, deslizando una mano por el vientre desnudo de él hasta colarse bajo la cinturilla del pantalón rojo y envolverle el duro pene con los dedos—. Estás deseando saber qué se me ha ocurrido.

—No tengo ningún interés en saber qué diablura se te ha ocurrido —especificó Karol, recolocándola sobre su regazo para que quedara a horcajadas.

—Va a ser un asalto a tus sentidos. —Le mordió el lóbulo de la oreja a la vez que se levantaba lo justo para que él no pudiera frotar su impaciente polla contra el sexo de ella—. Te voy a dejar ciego, sordo y sin olfato.

—¿Mudo no? —jadeó Karol, aferrándola por la cintura para obligarla a descender.

—Tal vez. Aún me estoy planteando ese asunto —susurró ella, meciéndose contra él, rozándole el vientre con su vestido de verano. No les había dado tiempo a desnudarse antes, quizá ahora tampoco—. No creas que es fácil de decidir. Por un lado me encantaría verte amordazado mientras te muerdo tus diminutos pezones — hizo exactamente lo que había dicho, y Karol gruñó, excitado por la mezcla de placer y dolor—, pero si te amordazo, ¿cómo vas a comerme el coño? Sería un tremendo desperdicio desaprovechar tu talentosa lengua, ¿no crees?

Karol le demostró lo acertado de sus palabras besándola despacio y a conciencia mientras la mecía contra su regazo. Ella deslizó de nuevo la mano entre los cuerpos de ambos, retiró el raso rojo que ocultaba el pene y, aferrándolo, lo dirigió a la entrada de su cuerpo.

Y en ese momento escucharon un rugido procedente del exterior.

Se separaron sobresaltados y sus miradas volaron hacia los ventanales que daban a la parte delantera de la casa. A través de ellos pudieron ver el todoterreno volando sobre el camino de baldosas amarillas.

—Dios santo, Tuomas, detente —farfulló Karol asustado al percatarse de la velocidad a la que atravesaba la finca.

—Tienes que hacer algo, Karol —susurró Laura levantándose de su regazo para sentarse sobre el reposabrazos con la mirada fija en lo que ocurría tras los cristales, igual que él.

El enorme coche no disminuyó su velocidad, al contrario, pareció aumentarla al tomar la curva que llevaba al garaje. Un lastimero chirrido inundó el aire cuando las ruedas traseras perdieron tracción, derrapando.

—Joder —siseó Laura, los ojos abiertos como platos cuando el coche giró sobre sí mismo para acabar deteniéndose perfectamente alineado con la puerta del garaje—. No me habías dicho que Tuomas sabía aparcar derrapando.

—Aprendió a hacerlo poco después de que se mataran sus padres —masculló Karol con rabia apenas contenida—, solía hacer espectaculares derrapes cuando estaba borracho. Incluso estuvo a punto de matarse un par de veces —apuntó con ironía dirigiéndose a la puerta.

Cuando instantes después Tuomas entró en la casa, se encontró cara a cara con un irritado Karol.

—Basta, Tuom, sea lo que sea lo que te pasa, deteno. Te está destruyendo —le increpó este, furioso.

Tuomas resopló. Sus labios curvándose en un amago de sonrisa que no llegó a completarse. Esquivó a su antiguo amigo y se dirigió al mueble bar.

Karol le siguió, olisqueando con fuerza el aire y cuando Tuomas fue a tomar una botella de vodka, se interpuso entre él y su objetivo.

—¿Te estás follando a Silvia? —inquirió atónito. Tuomas apestaba a sexo, desesperación y lavanda.

—No. Ella me está jodiendo a mí —replicó Tuomas esquivándole de nuevo para hacerse con el vodka.

Karol le observó desaparecer por el pasillo. Un instante después escuchó el portazo que indicaba que se había encerrado en su dormitorio. Con una botella de *zubrówka*. Como en los viejos y amargos tiempos. Se giró hacia Laura, quien le miraba preocupada desde el sillón rojo y luego volvió la cabeza hacia el pasillo. No se oía ningún ruido. Nada. Toda la casa estaba en completo silencio.

—No puedo ayudarle —musitó volviendo a mirar a su reina—. No quiere mi ayuda.

Laura no dijo nada, no rompió el horrible silencio.

Karol se giró hacia el pasillo. ¿Por qué no se escuchaba el ruido de las ventanas del cuarto de Tuomas al romperse? Por qué no la madera de la silla crujió al ser estrellada contra la pared o el impacto del portátil reventando contra el suelo. ¿Por



qué Tuomas no liberaba su rabia como había hecho en el garaje, destruyendo lo que le rodeaba?

Porque no era la rabia lo que le consumía, sino la desesperación. Una desesperación tan intensa y profunda que le estaba destrozando sin que nadie hiciera nada por ayudarlo.

Ni siquiera él.

Echó a andar hacia la habitación. Se detuvo un segundo delante de la puerta, se llenó de aire los pulmones y, sin permitirse dudar, aferró el pomo y giró la muñeca. La puerta se abrió suavemente, sin oponer resistencia. No estaba cerrada con llave.

Karol se quedó inmóvil bajo el umbral.

Tuomas estaba de rodillas en el suelo, doblado sobre sí mismo mientras se abrazaba el estómago. Todo su cuerpo se estremecía con silenciosos sollozos. Elevó la cabeza lentamente, sus ojos dos oscuros pozos de desesperación.

—Ayúdame, por favor, ayúdame —murmuró con la voz rota, meciéndose adelante y atrás—. He vuelto a hacerlo. He vuelto a destruirlo todo. Te arruiné la vida hace tres años y ahora he vuelto a hacerlo. Destrozo todo lo que toco.

—No, Tuom, no me arruinaste la vida, me hiciste libre —murmuró Karol arrodillándose frente a él.

Tuomas negó con la cabeza, sus ojos desenfocados mirándole sin ver.

—Te perdí.

—No. Estoy aquí, contigo.

—Y ahora la he perdido a ella —continuó Tuomas, como si no le hubiera escuchado—. ¿Qué mal hay en mí que destruyo todo lo que quiero? ¿Tan horrible soy que no puedo conseguir que nadie me quiera?

Karol negó con la cabeza, las palabras no servirían de nada en ese momento. No eran lo que Tuomas necesitaba para romper el dique y expulsar todo lo que llevaba dentro. Le abrazó atrayéndole hacia él, obligándole a hundir la cabeza entre su cuello y su hombro.

Y Tuomas se aferró a él, estremeciéndose contra su delgado cuerpo, sintiendo contra su pecho los fuertes latidos del corazón de Karol. Los hizo suyos, se acopló a su ritmo a la vez que mudos gritos de desesperación abandonaban sus ojos en forma de lágrimas.

—Perdóname —susurró de repente.

—No. Perdónate tú mismo. Yo estoy harto de perdonar lo que perdoné hace tiempo —replicó Karol abrazándole con más fuerza—. Deja de atormentarte con el pasado que no puedes cambiar y haz algo para recuperar lo que hoy has perdido —le instó, intentando averiguar lo que había ocurrido.

—No se puede perder lo que nunca se ha tenido —murmuró Tuomas con voz ronca para luego comenzar a desgranar su historia a su amigo.

Apoyada en el quicio de la puerta, Laura les observaba con una aliviada sonrisa en los labios. Dos hombres, amigos, más que hermanos, se abrazaban arrodillados en

el suelo, apoyándose uno en el otro. Confesando uno, escuchando el otro. Completos de nuevo.

—Menuda ironía, siempre he usado mi dinero y mi aspecto para conseguir todo lo que quería. Cada maldita cosa que he deseado ha sido mía a cambio de una sonrisa y un buen fajo de billetes. Hasta ahora. La deseo más de lo que puedo alcanzar a comprender y para ella solo soy un bonito cuerpo que utilizar y con el que conseguir dinero; ya ni siquiera eso. Solo tengo lo que me merezco —comentó Tuomas horas después, mirando ensimismado el vaso de vodka que había frente a él, el primero que Karol le permitía beber en esa larga noche.

Estaba agotado, la noche anterior no había conseguido conciliar el sueño, esa ni siquiera iba a intentarlo. Y Karol se estaba aprovechando vilmente de su agotamiento para exprimirle emocionalmente. Y a él le parecía estupendo. Cuantas más palabras vomitaba, mejor se sentía.

—¿Estás seguro de que no lo hizo por otro motivo? ¿Que solo aceptó ese estúpido acuerdo para ganar dinero con tus fotos? —rebatía Karol con evidente incredulidad.

Había tenido tiempo de conocer a Silvia durante ese mes, y no era el tipo de mujer que se entretuviera humillando a nadie por mucho dinero que necesitara o por mucho que se lo pidiera Tuomas. Miró a su reina de reojo, buscando un poco de ayuda para animar a su amigo, pero Laura, recostada en un sofá con un portátil sobre las piernas, seguía centrada en lo que quiera que estuviera haciendo y no se percató de su angustiada mirada. O no quiso percatarse, que también era posible. Su reina no era muy paciente con la autocompasión y Tuomas la destilaba por cada poro de su cuerpo.

—Completamente seguro. Nunca me ha mentido sobre los motivos que la llevaron a aceptar mi estúpida oferta. Y la admiro por ello. Yo siempre me he movido por dinero o por poder, buscando lo que más beneficios me reportara. Silvia ha hecho lo mismo, solo que por una causa más decente que la mía: por necesidad. Además, me lo merezco, no cabe duda. Me he comportado con ella como el cerdo arrogante y egoísta que soy. Exigiendo sin dar nada a cambio. Una y otra vez. Hasta que se ha cansado de mí. Lo que no entiendo es cómo ha aguantado tanto —balbució hundiendo la cabeza en las manos.

—¿Y no te has planteado que puede haberte mentido? —inquirió Karol, obviando la parte final del discurso, que por cierto, había escuchado ya varias veces esa noche.

—¿Por qué iba a mentirme? —replicó Tuomas alzando la cabeza, en sus ojos un tenue brillo de esperanza.

—¿Por qué miente todo el mundo? Para protegerse, para no sentirse vulnerable, para no mostrarse débil... Hay mil motivos. Más aún si ella siente algo por ti y cree que tú no lo sientes por ella. No se arriesgará a exponerse.

Tuomas resopló burlón.

—Y por eso cuelga todos esos vídeos míos en Internet, ¿para no exponerse? ¿Incluso el que ha grabado hoy? —masculló Tuomas dando el primer trago a su vaso de vodka—. No. Tengo lo que me merezco. Nada más.

—No me extraña que te haya mandado a la mierda, eres realmente aburrido con toda esa cháchara autocompasiva —espetó Laura de repente, haciendo que ambos hombres la miraran confundidos—. Me he portado mal, soy un cerdo arrogante, un cabrón egoísta, un gilipollas prepotente, un esnob insoportable, bla, bla, bla —lloriqueó imitando el tono de Tuomas—. Pues sí, eres todo eso y más. ¿Y qué? Para los gustos están los colores. Karol te quiere y a mí incluso me caes bien. ¿Por qué no puede sentirse Silvia atraída por ti? ¿Por qué tienes que buscar excusas para explicar que aceptara tu oferta? Tal vez le apetecía conocerte mejor porque se sentía intrigada por ese aire trágico que te das. Quizá te hiciera las fotos porque simplemente le gustas. Quién sabe, tal vez haya caído rendida ante tu culo duro, tu tableta de chocolate y tu carita de niño travieso —comentó enfadada, cruzándose de brazos.

—Laura... —la reprendió Karol.

—Silvia aborrece mi belleza —replicó Tuomas bajando la cabeza—. La odia. Me lo ha dicho infinidad de veces. Detesta mi cara y mi cuerpo. No le gusto. Nunca le he gustado. Solo me hacía esas fotos para ganar dinero.

—Tan listo que te crees y eres un completo idiota —siseó Laura levantándose del sofá en el que estaba medio tumbada para dejar sobre la mesa el portátil abierto—. ¿Hace cuánto que no te molestas en entrar en esa página web que no haces más que mencionar? —inquirió, abriendo en la pantalla la primera imagen que Silvia había colgado en la página de los pajilleros, aquella en la que, con el culo en pompa y un cubo entre las piernas, se ordeñaba el pene.

—¡Vaya! —jadeó Karol fijando la vista en la pantalla—. ¿No había otro sitio más elegante dónde colgarla? —ironizó observando la imagen.

No sabía qué le molestaría más a Tuomas: la postura humillante que había sido obligado a adoptar, con una cuerda en el ano simulando una cola y arrodillado en un cobertizo lleno de aparejos de jardinería o el que Silvia la hubiera colgado en esa página tan carente de gusto, calidad y estilo. Mucho se temía que era la segunda opción. El esnob que había en Tuomas no aceptaría jamás estar en un sitio con tan poca... clase.

Tuomas bufó altanero, dándole la vuelta al portátil para no ver su foto.

—Como comprenderás, no me hace especial ilusión verme en esa página —indicó Tuomas a la defensiva. ¿Por qué le atacaba Laura? ¿Qué había hecho para ganarse otra vez su desprecio?

—Lo que significa que no te has molestado en mirar las fotos y los vídeos que Silvia cuelga allí, y con los que según te ha dicho, y tú tan estúpidamente has creído, tanto dinero gana —masculló Laura tecleando algo y volviendo a girar el ordenador.

Tuomas estrechó los ojos, confundido. Karol en cambio los abrió como platos para luego dirigir una admirada mirada a su reina. Nada como una mujer para

descubrir los entresijos guardados en el corazón de otra mujer.

—¿Dónde están los vídeos? —musitó Tuomas haciendo bajar la página—. ¿Y el resto de las fotos? ¿Qué has hecho con ellas? —farfulló mirando enfadado a la ladrona—. No quiero que las borres. Silvia necesita el dinero que gana con ellas.

—¿De verdad eres tan estúpido? —murmuró Laura, asombrada—. Yo no he borrado nada. Silvia nunca las ha subido.

—Pero ella me dijo... me mandó incluso los enlaces —rebatía Tuomas buscando las fotos y grabaciones que tenían que estar en algún lugar de esa página, pero que no estaban.

—Y tú no te moléstate en abrirlas, porque de haberlo hecho, hubieras visto las suaves y desenfocadas imágenes que subía.

Laura minimizó la página y amplió un extraño administrador de correo en el que estaban todos los correos electrónicos recibidos, ¡y borrados!, de Tuomas. Este parpadeó no muy sorprendido, no era la primera vez que *hackeaba* sus cuentas de correo.

Laura fue abriendo uno a uno los escasos correos electrónicos que Silvia le había enviado y pinchando en los enlaces.

—*Kurwa twoja mac* —musitó Tuomas al ver que todas las fotos que abría se correspondían con las pocas que había en la página web.

—Deja tranquilas a nuestras madres, Tuom —le reprendió Karol, divertido al verle tan absolutamente estupefacto.

—Te ha estado dando pistas que tú no te has molestado en ver —afirmó Laura, señalando cada imagen con el cursor del ratón.

—No lo entiendo —balbució Tuomas—, se pasaba toda la sesión haciéndome fotos y grabando vídeos. Incluso me ordenaba que mirara a cámara para que se viera bien mi cara, porque decía que una cara bonita vendía más —jadeó abrazándose el estómago.

—Supongo que intentaba no quedar demasiado expuesta ante ti, tú mismo has dicho que no ha tenido una buena experiencia con los chicos guapos —comentó Laura, sus dedos volando sobre el teclado—. Tiene una curiosa carpeta en su ordenador. Se llama «Sueños secretos». ¿Quieres ver las fotos que ha guardado ella?

—¿Te has colado en su ordenador? —jadeó Tuomas perplejo—. No puedes hacer eso...

—Claro que puedo —bufó ella—. Ha sido insultantemente fácil. ¿Quieres verlas o no?

Tuomas asintió con la cabeza. Qué diablos. No era perfecto, era un cabrón arrogante, egoísta y prepotente; si a sus cualidades tenía que añadir la de espiar en ordenadores ajenos, adelante. Tampoco era que no hubiera hecho cosas peores.

Laura esbozó una taimada sonrisa a la vez que tecleaba instrucciones y un instante después apareció en pantalla la biblioteca de imágenes de Silvia.

—Estamos dentro de su ordenador. No toques nada, no borres ni traslades nada. Solo abre los archivos y míralos. Nada más —le advirtió abriendo la carpeta mencionada y acercándole el portátil.

—¿Cuándo ha sacado estas fotos? —se preguntó Tuomas turbado.

Había cientos de imágenes de él en esa carpeta, pero ninguna correspondía a las sesiones de sexo. Silvia había captado todas y cada una de sus expresiones, tristeza, alegría, euforia, rabia, dolor, desesperación... Había instantáneas de él subiendo y bajando del coche, inmóvil tras el volante, caminando por la calle, desnudándose y vistiéndose en la habitación, pensativo en el salón, acurrucado en la cama, derrotado... pero fueron las otras imágenes, las que no le mostraban por entero, las que más le impactaron. Había fotografiado sus manos, sus dedos estirados y encogidos, sus pies y sus tobillos, su trasero, su pene erecto y su pene dormido, sus ojos abiertos y también cerrados, su frente fruncida y su nariz arrugada, las mil sonrisas que podían esbozar sus labios, también los mil gestos de desamparo y rabia. Había desmenuzado cada parte de su ser, cada instante de su personalidad, cada trozo de su alma y lo había guardado en imágenes.

—¿Dónde están las otras? —se preguntó al llegar a la última—. ¿Dónde están las que me toma durante las sesiones? ¿Dónde están los vídeos?

—No están —afirmó Laura regresando a la biblioteca de imágenes—. Puedes buscarlas si quieres, pero no las vas a encontrar.

Tuomas se apartó del portátil, negando con la cabeza. Si Laura decía que no había más, no las había.

—Pero me las hizo, incluso me enseñó algunas en la pantalla de la cámara —replicó abrumado.

—Imagino que sí las haría. Y que incluso las descargaría al ordenador. Elegiría algunas para subirlas a la página web y el resto las borraría. Hay un rastro de archivos borrados en el disco duro, si quieres puedo intentar comprobar a qué corresponden, pero llevará bastante tiempo y desde luego, no puedo hacerlo desde este portátil.

—No. No es necesario. Las fotos no están en la página web ni en el ordenador, los vídeos tampoco —murmuró desconcertado—. ¿Por qué me ha mentado?

—Si todavía te lo preguntas, después de haber visto sus «sueños secretos», es que eres más idiota de lo que pensaba —le espetó Laura, apagando el portátil.

Tuomas miró a Karol, aturullado por la regañina y, sobre todo, por lo que parecía dar a entender. Karol arqueó las cejas a la vez que se encogía de hombros y Tuomas desvió la mirada hacia Laura, quien, recostada de nuevo en el enorme sofá, lo miró enfadada. Tuomas se miró las manos a la vez que negaba con la cabeza, abrumado por el más que posible significado de lo que había descubierto.

—Tengo que hablar con ella —soltó al fin, levantándose del sillón. Karol asintió con la cabeza—. Hablaremos, y lo aclararemos todo. Tal vez incluso la bese —murmuró frotándose el estómago, que de nuevo parecía poseído por un millón de hormigas—. ¿Te puedes creer que aún no la he besado? —Miró a Karol esbozando

una burlona sonrisa—. Ni siquiera la he tocado. La única mujer a la que he deseado con esta intensidad, y no me he atrevido a besarla...

—Tal vez por eso todavía no las besado —comentó Karol, divertido al verlo tan atolondrado. Tuomas enarcó una ceja, confundido—. Los hombres solemos hacer estupideces cuando estamos enamorados y nos negamos a aceptarlo...

—No puedo estar enamorado. No creo en el amor —resopló Tuomas mesándose el pelo.

—Entonces es hora de que empieces a creer, Tuom, porque estás gravemente enfermo de amor —se burló Karol.

Tuomas le enseñó la mano derecha con el puño cerrado y el dedo corazón estirado.

Karol estalló en carcajadas.

—Necesito que me vuelvas a dejar el coche —dijo Tuomas de repente, la decisión ya estaba tomada, no pensaba dejar pasar más tiempo.

—¿Por? —Karol detuvo sus carcajadas, mirándole confuso.

—¿No lo recuerdas? Destrocé el Grancabrio el otro día —replicó burlón.

—Ya sé que lo destrozaste, yo estaba allí. Lo que no entiendo es para qué quieres mi coche.

—Para ir a casa de Silvia.

—¿Ahora?

—¿Por qué esperar más?

Karol inclinó la cabeza en tanto que Laura soltaba un sonoro bufido.

—Apestas —dijo la ladrona—. Llevas puesta la misma ropa desde ayer por la tarde, no te has duchado, incluso me atrevería a decir que todavía tienes la tripa manchada de la corrida de esta noche. Así no vas a conquistarla, vas a espantarla.

Tuomas se miró a sí mismo y emitió una sonora palabra en polaco, que, por la cara que Karol puso, tuvo que ser muy, pero que muy ofensiva. Acto seguido se dirigió presuroso al cuarto de baño.

—¿Cuánto crees que tardará en darse cuenta? —le preguntó Laura mirando a través de la ventana el jardín que los tímidos rayos del amanecer comenzaba a iluminar.

—No se dará cuenta —replicó Karol—. Tiene otras cosas en la cabeza mucho más importantes, y además, no ha dormido en dos días. Dale un respiro.

Laura bufó, poniendo los ojos en blanco. ¡Hombres! Ciegos inútiles incapaces de mirar más allá de sus narices. O más allá de los cristales de una ventana.

Cuando Tuomas regresó al comedor parecía otro. Se había duchado, afeitado y peinado. Y, como siempre, vestía con su impecable estilo; unos vaqueros Marc Jacobs negros que completaba con una camisa blanca firmada por Vivienne Westwood. En los pies, las Reebok EA7.

Karol enarcó una ceja, sonriendo ladino. Su amigo se había vestido para conquistar, no cabía duda. Laura, sin embargo, puso los ojos en blanco al verle. ¿Se

podía ser más pijo? ¿No se daba cuenta de que la ropa que llevaba costaba mucho más de lo que Silvia ganaba en todo un mes?

Tuomas atravesó el salón, totalmente ajeno a las miradas de la pareja y se dirigió a la entrada a por las llaves del todoterreno. Regresó enfadado un instante después.

—¿Dónde has escondido las llaves del coche?

—Mira por la ventana —replicó Karol ahogando un bostezo.

—¿Quieres que las busque en el jardín? —exclamó alucinando. ¿Pero qué manía les había dado a todos con esconder cosas en el jardín?

—No, idiota. Quiere que mires por la ventana —le increpó Laura.

—Vale, ya estoy mirando. ¿Y qué?

—Es de día —indicó Karol antes de que su reina y su amigo comenzaran a discutir.

—Ya lo veo —replicó Tuomas, sin entender a dónde quería llegar.

—Llevamos despiertos toda la noche —comentó burlona Laura—, de hecho, solo faltan diez minutos para las ocho de la mañana.

Tuomas giró la cabeza bruscamente al escucharla, y luego volvió a mirar por la ventana.

—*Pieprzyć!* —siseó dirigiéndose a la puerta principal.

—No está el horno para bollos, Silvia. —Esmeralda chasqueó la lengua—. Benito, afloja el pedal que vas lanzado —regañó a su marido cuando a este se le ocurrió acelerar hasta los sesenta kilómetros por hora—. No vas a dejar el trabajo y no hay más que hablar —dijo, dirigiéndose de nuevo a su obtusa nieta.

Silvia, sentada en el asiento trasero del coche, puso los ojos en blanco. Su abuela llevaba todo el viaje en plan ametralladora, había empezado a abroncarla cuando habían ido a recogerla para llevarla a trabajar y, viendo el paso que llevaban, no se libraría de su regañina hasta que pudiera escapar al jardín. Miró el reloj del salpicadero. Menos más que solo le quedaban diez minutos para empezar a trabajar.

—Haré lo que me dé la real gana —gruñó entre dientes.

—Por supuesto que no lo harás —replicó la anciana—. Yo te busqué el empleo, yo se lo pedí como favor al señor Karol, y yo, personalmente, respondo ante él de tu buen hacer. Y no pienso quedar mal porque hayas discutido con el señor Tomás. Si eres adulta para meterlo en tu cama también lo eres para resolver los problemas que tengáis. No vas a dejar el trabajo. Y punto.

Silvia abrió los ojos como platos. La boca también.

—Yo... ¡Yo no he metido a Tuom en mi cama! ¿De dónde has sacado esa estupidez? Si ni siquiera coincidimos en el jardín ni dentro de la casa... ¡ni en ningún lado! —farfulló totalmente ruborizada.

—¿Ah, no? Y entonces, ¿de quién es el cochazo, descapotable para más señas, que aparca noche sí y noche también delante de la puerta de tu casa?

—¿Cómo sabes eso? —inquirió sobrecoyida.

—Las lenguas vuelan, cariño —apuntó Benito tomando con cuidado el desvío que les llevaría al Templo—. Y tu abuela y sus amigas las tienen muy largas.

—¿Cómo crees que averigüé que la casa en la que vives ahora estaba para alquilar? Porque tu vecina es la cuñada de la nuera de la hermana de Feli —explicó Esmeralda, tras decidir ser benevolente y obviar la inoportuna intervención de su esposo.

—Joder, abuela, ¿desde cuándo tienes al FBI trabajando para ti? —masculló Silvia con sorna.

—Desde que era niña y mangoneaba a todas sus amigas —apuntó Benito. Detuvo el coche frente a la cancela del muro que cercaba el Templo y pulsó el mando a distancia para abrirla.

—Ya habló el listo. —Esmeralda asestó una mortal mirada a su marido y luego se giró en el asiento para encararse a su nieta—. La cuestión, cariño, es que no puedes abandonarlo todo cuando las cosas no salen como tú quieres. Lamento mucho que hayas discutido con el señor Tomás, pero no vas a dejar el trabajo por eso.

—¿Lo lamentas? Creí que te caía fatal —apuntó Silvia enfadada, cruzándose de brazos.

—Al principio, sí. No lo voy a negar. Es un cabroncete arrogante y prepotente, pero también tiene buen fondo y eso es lo que cuenta. Tampoco me parece mal que tenga tanto dinero y sea tan guapo. —Silvia bufó poniendo los ojos en blanco al escucharla. Esmeralda se limitó a darle unas tranquilizadoras palmaditas en la rodilla—. Sí que lo es. Está para comérselo, reconócelo. Y, además, a cualquier abuela le gusta un hombre que se pasa cada segundo de cada mañana de cada día delante de una ventana contemplando extasiado a su nieta, pero que, sin embargo, se esconde cuando ella entra en la casa —susurró suspirando.

—Yo se lo pedí... —murmuró Silvia—. Le dije que no quería verlo en la casa.

—Y él te ha hecho caso. Un hombre obediente es muy buena cosa —aseveró Esmeralda.

Silvia y Benito emitieron sendos bufidos. Aunque cada uno por un motivo distinto.

—Nada más lejos de la realidad —masculló la joven.

—Pues no lo parece. Y, de todas maneras, si no hace lo que tú quieres, siempre puedes tenerle a base de pescado durante una semana, verás como en seguida cambia de parecer y te hace caso.

—Tuomas odia el pescado —musitó Silvia, enarcando una ceja.

—Por eso mismo, cariño, por eso mismo.

—Hablando del rey de Roma —dijo Benito, deteniendo el coche frente a la casa.

Silvia tragó saliva al ver a Tuomas junto a la puerta. Estaba guapísimo. Como siempre. Vestía pantalones y camisa de marca, ¡hasta las jodidas deportivas eran de Armani! Y porque no tenía por costumbre llevar ropa interior, si no, seguro que sus



calzoncillos serían como poco de Galliano. Se miró a sí misma. Pantalones vaqueros reconvertidos en *shorts* por obra y gracia de unas tijeras poco afiladas, camiseta de tirantes, chanclas del *chollo* y ropa interior del Alcampo. No cabía duda de que eran el día y la noche.

Se encogió de hombros y, fijando la mirada en el suelo, bajó del coche y se dirigió al maletero para sacar la mochila con la ropa de trabajo.

—¿Te hace falta que te ayude a meter la compra en casa? —le preguntó a su abuelo, rezando para que rechazara su oferta. Lo último que le apetecía era pasar junto a Tuomas.

—Me mentiste —siseó este tras ella, sobresaltándola.

—¿Qué haces? Vete —susurró Silvia entre dientes, sin darse la vuelta, sacando con manos temblorosas la mochila—. Tenemos un trato...

—A la mierda tu estúpido trato. —Tuomas le quitó la mochila de las manos y la tiró al suelo para luego agarrar a Silvia por los hombros y obligarla a girarse—. Me engañaste.

—¡Nunca te he engañado! —exclamó ella empujándole para luego darse la vuelta, tomar la mochila y dirigirse al jardín—. Vete... tengo que trabajar.

—¿Nunca, segura? —se burló él, asiéndola por la muñeca para que no se le escapara—. ¿Dónde están las fotos y los vídeos que me dijiste que habías subido? ¡¿Dónde?!

—Ah, eso... —se defendió ella, intimidada. ¡Lo había averiguado! Y, joder, sus abuelos en vez de ir a la casa, se habían apoyado en el coche para observarlos. ¡Maldito Tuomas y su don de la oportunidad!—. Bueno, no me ha dado tiempo a subirlos aún.

—¿No te ha dado tiempo a colgar los de hace tres semanas ni los de hace un mes? —gruñó enfurecido, tirando de ella, pegándola a su cuerpo tenso—. Mentirosa. ¿Por qué no los has subido? —siseó exasperado, su cara a un suspiro de la de ella—. Contéstame, ¿por qué?

—¡Porque no me ha dado la real gana! —escupió con idéntica furia a la vez que forcejeaba para escaparse de sus dedos de hierro, alejándose unos pasos de sus abuelos—. ¡Suéltame!

—No. Quiero una explicación —susurró él, en voz apenas audible, siguiéndola para volverla a atrapar—. ¿Por qué me hiciste creer que estabas conmigo por el dinero que te proporcionaban los malditos vídeos que nunca has subido?

—¿Qué yo estaba contigo? ¿Pero de qué hablas? Tú y yo jamás hemos estado juntos —espetó ella con desprecio, golpeándole el pecho con la mochila, la cual acabó de nuevo en el suelo—. Cuando dos personas están juntas, ambas dan y ambas reciben. Y tú solo sabes exigir. Jamás das nada a cambio. Y yo estoy harta de dar. ¡Harta! —siseó rabiosa, dejándole tan paralizado que la soltó al fin—. No me gusta lo que quieres que te haga. No quiero hacerlo. No quiero verte llorar. No quiero verte

sufrir —escupió con los ojos llenos de lágrimas, caminando hacia atrás, apartándose de él—. Búscate a otra, yo no lo soporto más.

—Si no te gustaba, si no querías hacerlo, si no ibas a ganar dinero con ello... ¿Por qué me hiciste pensar lo contrario? —susurró Tuomas en voz baja para que nadie más que Silvia pudiera escucharle.

—Ya ves, porque soy imbécil —replicó ella.

—No lo eres. Nunca lo has sido —rechazó Tuomas y, acercándose a ella, le envolvió la nuca con sus manos para acariciarle con los pulgares las mejillas—. ¿Por qué me engañaste? ¿Por qué no quieres verme sufrir? Por favor, Silvia, necesito saberlo.

—Pues te vas a quedar con las ganas, cabrón arrogante, egoísta y...

—Prepotente... lo sé —la interrumpió Tuomas, esbozando una de sus devastadoras sonrisas, seguro de su victoria—. Pero a pesar de eso, te gusto.

—No me gustas. Ese es un sentimiento de niños y yo soy una mujer —replicó ella, enseñándole los dientes, furiosa. ¡Cómo se atrevía a trivializar los sentimientos que le estaban rompiendo el corazón!—. Si alguna vez decido sentir algo por ti, que lo dudo, será... ya sabes...

—No. No sé.

—Amor —apuntó Esmeralda en voz alta. Sobresaltando a la pareja.

Benito la regañó por interrumpir la romántica escena, y la anciana se defendió asegurando que de no ser por ella estarían bloqueados sin saber qué decir.

Tuomas miró a la pareja de ancianos apenas un instante y luego se centró de nuevo en Silvia.

—¿Amor, Silvia? ¿Serías capaz de amarme? —inquirió con seriedad, sus ojos verdes brillando esperanzados. Silvia se cruzó de brazos y giró la cabeza, hurtándole la mirada—. Yo no creo en el amor —confesó reverente, aproximándose más a ella.

—Ya lo sé, siempre lo he sabido —suspiró Silvia, dando un paso atrás—. ¿Entiendes ahora por qué soy imbécil?

Recogió la mochila del suelo para a continuación darle la espalda y dirigirse al jardín.

—Creo en el deseo y la necesidad —susurró Tuomas yendo tras ella, envolviéndola entre sus fuertes brazos—. Te deseo tanto que me duele. Te necesito tanto que me dejas sin respiración. Eres mi tormento y mi éxtasis. Mi pasión y mi calma. Mi paz y mi furia. No voy a permitir que me dejes. Voy hacer lo que sea necesario para mantenerte a mi lado.

—Pues como no me encadenes —protestó enfadada, intentando soltarse. Tenía que irse de allí y dejar de escuchar sus palabras o caería rendida a sus pies.

—Si es necesario... —replicó Tuomas. Hundió la nariz en el cuello femenino, besándolo mientras sus fuertes dedos se desplegaban acariciantes bajo los pesados pechos de ella.

Silvia cerró los ojos, atormentada. El primer beso que le daba. Y tenía que dárselo en ese momento. Cuando estaba luchando por no olvidar todas las promesas que se había hecho durante la noche.

—No me hagas esto, Tuom, no me hagas amarte. No quiero que me vuelvan a romper el corazón —balbució descansando contra él. Sus manos envolviendo las de él y la cabeza reposando sobre su fornido hombro mientras Tuomas le recorría la frente con alados besos.

—Dime dónde puedo encontrar a quien te hizo sufrir y le daré su merecido —siseó él con ferocidad, recordando a Víctor.

—Pues ya puedes ir dándote de cabezazos contra la pared —replicó ella, sonriendo apenas.

—Ah. Yo. Claro, cómo no —susurró Tuomas apretando los dientes. Por supuesto que le había hecho daño. Era su especialidad. Hacer daño a los que quería—. ¿Puedo argumentar en mi defensa que soy un cabrón sin sentimientos incapaz de empatizar con los demás?

—No. No puedes. Porque no lo eres —rebatió Silvia girándose entre sus brazos para atrapar los labios de él cuando resbalaron por su mejilla.

Y por fin sus lenguas se tocaron por primera vez. Fue apenas un roce, un instante infinito, un grito silencioso mientras sus corazones y sus cuerpos clamaban por más.

—Enséñame a amar. Haz que crea en el amor —suplicó él volcando su angustiada alma en los ojos, poniéndola ante ella, a sus pies—. Obra el milagro.

—Es un proceso lento —murmuró Silvia, el corazón golpeándole con fuerza el pecho.

—Tengo todo el tiempo del mundo —susurró él, sus labios a la distancia de un beso.

—Ah, Tuomas, lo primero que tienes que aprender es que el amor solo habla en plural —susurró, envolviéndole la nuca con las manos—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Sus miradas se encontraron de nuevo, quedando atrapadas cuando él bajó la cabeza y ella se puso de puntillas. Sus labios se unieron y sus lenguas se acariciaron y chocaron. Sus alientos se mezclaron mientras las manos y las pieles se reconocían y los cuerpos se acoplaban. Ella le envolvió con una pierna la cadera y él la acercó, presionándole con ambas manos el trasero. La concavidad de ella acomodó la turgencia de él. Jadearon al sentirse. Gimieron al unísono.

Y, en el momento en el que sus voces amenazaban con convertirse en una sola, una tercera se unió a ellos.

—No creo que este sea el lugar adecuado para hacer eso —gruñó en voz muy alta Esmeralda.

Silvia saltó hacia atrás, sobresaltada y ruborizada. Tuomas se giró despacio mientras acomodaba con disimulo la camisa para que le tapara aquello que a la anciana no le gustaría en absoluto ver.

—Esmeralda, tiene usted el don de la oportunidad —siseó estirando el brazo para atrapar a Silvia, quien intentaba escapar sin ningún disimulo.

—Y usted, señor Tuomas, tiene el descaro y la desvergüenza de los jóvenes —replicó la anciana cruzándose de brazos.

Se miraron a los ojos, desafiándose en silencio mientras Silvia intentaba soltarse del agarre del polaco.

—Este no es el lugar adecuado para lo que estabais haciendo —repitió la anciana —, pero en cambio, sí es el momento adecuado. —Asintió una sola vez, giró sobre sus talones y se dirigió a la casa, ignorándoles.

Silvia miró a su abuela con los ojos abiertos como platos a la vez que negaba con la cabeza. Lo que acababa de suceder era... inconcebible.

—Me temo que voy a comer y cenar pescado durante más días de los que quiero pensar —musitó Tuomas—. Pero va a merecer la pena —finalizó, tirando de ella para volver a alojarla entre sus brazos—. Tu abuela tiene razón, vamos dentro —susurró mordisqueándole el labio inferior para luego adentrarse en su boca y volver a saborearla, gimió sin poder evitarlo. Era exquisita.

Silvia le devolvió el beso durante unos instantes y luego se apartó resignada.

—Nos vemos luego —dijo recogiendo de nuevo la mochila del suelo. A ese paso no se cambiaría nunca de ropa.

—¿Luego? ¿Por qué? —Tuomas la miró estupefacto. Acababan de besarse. Ella le había vuelto a admitir en su vida. Todo estaba resuelto. Ahora tenían que conocerse. En profundidad. En el sentido bíblico. ¿Por qué iban a esperar más tiempo?

—Tengo que trabajar —explicó ella, encaminándose al jardín.

Tuomas abrió los ojos como platos al ver que pretendía escapársele. ¡Otra vez!

—No tienes que trabajar —protestó, arrancándole la puñetera mochila y lanzándola lejos. Otra vez.

—¡Claro que tengo que trabajar!

—Hoy no.

—¿Y puede saberse por qué hoy no? —inquirió Silvia apoyando las manos en las caderas.

—Porque además de ser un cabrón arrogante, egoísta y prepotente también soy el mejor amigo de tu jefe y le voy a pedir que te dé el día libre.

—¿Qué? ¡No digas chorradas! —protestó.

Protesta que se vio interrumpida cuando Tuomas, harto de tanta tontería, se la echó al hombro, dejándola sin respiración. Quizá calló no tanto por el súbito impacto —que no fue nada del otro mundo— como por la sorpresa —que sí fue morrocotuda—.

¡Cómo osaba cargársela al hombro como si fuera un saco de patatas!

En mitad del jardín.

Delante de las ventanas del salón.

A la vista de todo el mundo —incluyendo sus abuelos—.

¡Joder!

—Cabrón arrogante, ¡suéltame ahora mismo! —exclamó Silvia cuando sus pulmones dejaron de estar paralizados y volvieron a llenarse de aire, hecho que más o menos coincidió con el momento en el que cruzaron el umbral y entraron en la casa.

—No —rechazó Tuomas atravesando el salón con tranquilidad no exenta de rapidez. Puede que Silvia estuviera descalza, había perdido las chanclas, pero sus pies seguían siendo mortales—. Tu jardinera se toma el día libre —indicó a Karol al pasar junto al sillón rojo, donde este y su reina dormitaban.

—Estupendo —murmuró Karol, estirándose para luego levantarse con Laura en brazos, quien no estaba dormida, pero sí muy a gusto—. Lo dejo a tu cuidado, Silvia —dijo, dirigiéndose a la Torre.

—Mímale, pero no le dejes hacer todo lo que quiera. Al menos no tan pronto. Que se lo curre un poco —apuntó Laura guiñándole un ojo.

Silvia abrió los ojos como platos y, apoyando las manos en el trasero de Tuomas, se elevó todo lo que pudo. ¿De verdad le habían dicho lo que había oído? ¿Pero qué clase de jefes tenía? Unos muy raros, desde luego.

—Ah, por cierto —dijo de repente Karol, girándose apenas—. Tu abuela me ha dicho que si no estás a las tres en la puerta asumiré que Tuomas ha encontrado el lugar adecuado, además del momento, y que por tanto se desentenderá de todo.

—Joder —susurró Silvia, ruborizándose por enésima vez aquella mañana.

—A eso vamos, nena, a eso vamos —afirmó Tuomas.

Por supuesto, se ganó un fuerte y ardiente —en el peor de los sentidos— azote en el trasero. Tampoco le importó en exceso. Al fin y al cabo se lo había dado Silvia, a quien acababa de secuestrar y a quien pensaba mantener encerrada entre sus brazos, contra sus labios y bajo —también sobre— su cuerpo durante horas y horas.

Abrió la puerta del dormitorio con la mano libre, la cerró con un golpe del talón, se dirigió a la cama, —porque la primera vez tenía que ser en la cama, luego ya verían—, y la dejó caer sobre el colchón.

Silvia se incorporó de inmediato, enfurecida. Echando chispas por los ojos.

—Cómo se te ocurr...

Por supuesto, él la silenció con un beso.

No fue un beso tierno y suave como en un principio había pretendido. Aunque lo intentó. Sabe Dios que lo intentó, pero no resultó. Estaba demasiado desesperado por probarla. Demasiado deseoso de saborearla, de sentir sus dulces labios y recorrer el interior de su boca como para ir tan despacio como había pretendido. Claro que Silvia tampoco se lo puso fácil pues, cuando se colocó a horcajadas sobre ella y posó los labios sobre los suyos, ella le golpeó con las palmas de las manos en los hombros. Así que tuvo que sujetarla. Y lo hizo. Le colocó los brazos por encima de la cabeza, anclándolos al colchón con una mano. Y, como no podía ser de otra manera, Silvia arqueó la espalda. Sus rotundos pechos apenas ocultos por la ajustada camiseta

sobresalieron más todavía, secándole la boca a Tuomas. Tragó saliva e, ignorando a pura fuerza de voluntad los preciosos, imponentes, perfectos y maravillosos pechos que despuntaban bajo él, volvió a bajar la cabeza para lamerle lentamente la comisura de los labios. Y ella le mordió. ¡Oh, Dios! Jamás un mordisco había sido tan excitante. Tan lujurioso. Tan carnal. Su pene comenzó a palpar con fuerza, reclamando el mismo trato que sus labios. Pero Tuomas consiguió domeñarle, de nuevo a pura fuerza de voluntad. Una fuerza de voluntad que cada vez escaseaba más. Se apartó un poco, sin soltarla, y respiró despacio. Iba a hacer las cosas bien. Iba a seducirla lentamente. La iba a besar hasta escuchar sus jadeos. ¡Y lo iba a conseguir aunque en el proceso perdiera la vida, la cordura, la sensatez y se le reventaran los huevos y el pene!

Inspiró con fuerza, la miró fijamente, advirtiéndole con la mirada que se portara bien o si no se atuviera a las consecuencias, y bajó la cabeza con la honesta e inocente —también ingenua— intención de besarla lentamente.

Silvia prefirió atenerse a las consecuencias.

En el mismo momento en el que Tuomas posaba de nuevo sus labios sobre los de ella, sacó la lengua y le lamió. Él jadeó excitado. Y ella se coló dentro de su boca. Le recorrió el cielo del paladar, los dientes afilados, el interior de los carrillos... le succionó la lengua y le mordisqueó los labios. Y mientras lo hacía, frotaba sus enhiestos y doloridos pezones contra el torso masculino.

Y Tuomas, a pesar de toda su determinación y buena voluntad, sucumbió.

Le soltó las manos para hundir los dedos en el dobladillo de la estúpida camiseta que no le dejaba acariciarla como era debido. Se la arrancó de un tirón. Por supuesto, la rompió en el proceso. Parpadeó confundido al ver que tenía un trozo de tela en cada mano y acto seguido las lanzó lejos. Compraría más. Mil más. Dos mil más. Todas las que ella quisiera. Pero, cual no fue su sorpresa al descubrir que los escasos segundos que había tardado en tirar la molesta prenda, ella se había tapado los pechos con las manos. Los preciosos y deliciosos pechos que todavía no había visto. Que no había catado. Que no había lamido, acariciado ni mordisqueado. Echó hacia atrás la cabeza y emitió un furioso gemido.

Silvia estalló en una sensual carcajada al verlo tan ansioso. Y nervioso. Y desesperado. Y, porque no decirlo, frenético. Así que decidió trastornarle un poco más. Abrió despacio los dedos, mostrando con lujuriosa lentitud lo que se ocultaba debajo de ellos.

Un músculo palpitó en la mejilla de Tuomas mientras sus ojos se clavaban en el aro dorado que atravesaba uno de los arrugados pezones. Tragó saliva y se lamió los labios, observando hipnotizado como ella comenzaba a jugar con los dedos sobre el maldito aro. Él también quería jugar con el aro. Quería lamer el aro. Morder el aro. Chupar el pezón y tirar del aro. Llenarse la boca con su sabor y enredar la lengua en el aro.

Eso quería. Eso deseaba. Y eso hizo.

Le apartó las manos de donde bajo ningún concepto deberían estar y luego tomó con palpable euforia los rotundos pechos. Los juntó, de manera que ambos pezones se tocaran, y luego frotó la cara contra ellos. Los degustó, lamió y besó hasta aprender su sabor y, cuando ya no pudo refrenarse más, se dedicó a los pezones. Jugueteeó con el aro, tiró y succionó como había deseado, los abarcó entre sus labios primero uno, después el otro, y jugó con ellos con lengua y dientes. Y, cuando Silvia jadeó contoneándose excitada debajo de él, se apartó apenas de ella y de un brusco tirón se quitó la camisa por la cabeza.

Tampoco esta prenda salió indemne de la pasión desatada del polaco.

Silvia se lamió los labios al ver frente a ella el torso musculado, lampiño y sudoroso de Tuomas. Sí, lo había visto multitud de veces. Pero jamás había sido suyo. Hasta ahora. Se incorporó hasta sentarse, obligándole a él, que aún estaba a horcajadas sobre ella, a erguirse. Acercó su boca hambrienta a los moldeados pectorales y raspó con los dientes una de sus tetillas. Él se estremeció con fuerza, sus manos colgando junto a las caderas, la cabeza caída hacia atrás. Ella atrapó el pequeño y duro pezón entre los dientes y tiró. Él tembló. Ella recorrió con labios, lengua y dientes su torso mientras él abría y cerraba los puños ansioso por tocarla. Temeroso de tocarla. Dibujó de saliva cada músculo con carnal intrepidez y mientras lo hacía, sus manos descendieron osadas hacia la rígida turgencia que los pantalones apenas podían contener. Deslizó los dedos sobre la tela, tentando y acariciando. Volviéndole loco.

Hasta que Tuomas no pudo soportarlo más y saltó de la cama para quitarse los pantalones. Cuando estaba a punto de deshacerse de la primera pernera, se dio cuenta de que no se había librado de las deportivas. Se las quitó de sendas patadas, luego los calcetines —era una falta de estilo atroz follar con ellos puestos— y, por último, se deshizo, por fin, de los malditos pantalones. Cuando levantó la cabeza, Silvia todavía estaba en la cama, con los vaqueros recortados puestos, mirándole con evidente lascivia. Así que se irguió despacio y giró sobre sus talones, mostrándole con lentitud su lujurioso esplendor hasta quedar de nuevo enfrentado a ella, su solido e impaciente pene meciéndose duro y erguido en su pubis. A escasos centímetros de los labios de ella.

Silvia se aproximó lentamente. Lo besó libidinosa. Presionó con la lengua en la abertura de la uretra y luego tomó el pene con una mano y comenzó a enterrarlo en el interior de su boca.

Tuomas se apartó bruscamente.

—Si me la chupas, me correré —siseó arrodillándose en la cama junto a ella.

La obligó a tumbarse, desabrochó los botones de los *shorts* vaqueros y se deshizo de ellos de un tirón.

Jadeó excitado al ver el precioso tatuaje que decoraba el vientre de Silvia. Se agachó para depositar un suave beso sobre las alas abiertas del hada que, acurrucada sobre una flor, parecía mirarle con dulce picardía.

—¿Cómo pude ser tan cobarde? —musitó contrito, frotando su nariz contra la traviesa cara del hada, para al instante siguiente agarrar a Silvia por los tobillos y obligarla a separar las piernas—. *O Boże!* —susurró agitado al ver los anillos que decoraban el sexo femenino. Ese era el brillo que había visto dos noches atrás, cuando ella le había pedido que le hiciera un cunnilingus y él, acobardado, se había negado—. *Ty pieprzony dupek!* —siseó enfadado hundiendo la cara entre los muslos femeninos para saborear lo que tan estúpidamente se había negado—. *Ty przekłęci tchòrze!*

—Eh, Tuom, si vas a cuchichear mientras me comes el coño, por favor, hazlo en cristiano —jadeó Silvia, tirándole del pelo para que levantara la cabeza.

—*Nie mogę teraz rozmawiać* —murmuró Tuomas, incapaz de pensar en otro idioma que no fuera el propio en ese momento—. *Nie mogę oddychać.*

Volvió a bajar la cabeza y observó con ojos vidriosos el turgente clítoris que escapaba del capuchón que ya no podía contenerlo. Le dio un suave lametazo con la lengua plana y luego atrapó con los dientes uno de los dos anillos que le adornaban los labios vaginales.

—Ah, no —Silvia le volvió a tirar del pelo, obligándole a apartarse—. En cristiano o te quedas sin desayunar —le advirtió.

Tuomas la miró con los ojos desenfocados durante un instante, sin comprender a qué se refería. Intentó bajar la cabeza pero ella se lo impidió, obligándole a salir del estupor en el que estaba sumido y pensar.

—Ah... *O Boże!* ¡Oh Dios! —susurró, intentando recordar las palabras que había dicho. Silvia le soltó y él volvió a hundir el rostro en el vértice entre sus piernas.

Lamió con fruición los húmedos pliegues, prestando especial atención a los anillos que los atravesaban tras percatarse de que cada vez que tiraba de ellos, Silvia jadeaba temblorosa.

—*Ty pieprzony dupek!* ¡Maldito estúpido! —musitó cuando la sintió aferrarse de nuevo a su pelo—. Idiota por no haber sabido ver. Por no entender. Estúpido. —Afiló la lengua y la penetró despacio, arrancándole trémulos gemidos mientras le acariciaba el clítoris con los dedos—. *Ty przekłęci tchòrze!* ¡Maldito cobarde! —siseó antes de atrapar con los labios los pliegues atravesados por el anillo y succionar—. Tan asustado. Tanto miedo. Eres perfecta. Todo lo que deseo. Me aterras —gimoteó incapaz de expresarse con corrección—. Me asusto y te pierdo. —La penetró con dos dedos mientras frotaba la cara contra su pubis—. *Nie mogę teraz rozmawiać.* Ahora no puedo hablar —susurró soplando sobre el sensible clítoris. Silvia tembló bajo él, contra él. Su vagina palpitó, apretándole los dedos. El clítoris se endureció e hinchó mientras ella se estremecía al límite del éxtasis—. No puedo pensar. Solo sentir. Solo tú. Tu tacto, tu piel, tu olor, tu sabor. No puedo hablar —gimió ascendiendo por el cuerpo de Silvia hasta que su rígido pene quedó acunado contra el sexo femenino—. *Nie mogę oddychać.* Ni siquiera puedo respirar —finalizó, hundándose lentamente en ella.



Silvia le rodeó las caderas con sus piernas, abriéndose a él. Su vagina ajustándose al grueso y largo pene, succionándolo, exigiendo más. Y Tuomas se lo dio. Sin dudar.

—Mírame —susurró cuando ella cerró los ojos.

Silvia le obedeció.

Tuomas colocó los pies de ella sobre sus hombros, penetrándola más profundamente.

Comenzó a moverse y Silvia se estremeció, incapaz de resistirse por más tiempo al éxtasis. Se tensó, su vagina palpitando contra la imponente erección a merced de las oleadas de placer que la devoraban mientras sus labios gemían sollozantes y su espalda se arqueaba. Tuomas llevó los dedos al hinchido clítoris y lo acarició, aumentando y sosteniendo el orgasmo, bebiéndose sus gemidos con besos salvajes.

—Siento haber sido tan rápida —susurró Silvia minutos después, aún bajo él. Aún empalada por él. Aún temblorosa y excitada—. Han pasado muchos meses desde la última vez... y tú lengua y tu polla son mágicas —suspiró con picardía.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —murmuró Tuomas comenzando a moverse de nuevo.

En esta ocasión fue él quien no tardó en correrse. Apenas habían pasado cinco minutos cuando comenzó a estremecerse y un trémulo jadeo abandonó sus labios.

—Parece que estamos abocados a no llegar juntos —comentó ella burlona, relajándose bajo él.

Tuomas enarcó una ceja y esbozó una de esas ladinas y deslumbrantes sonrisas con las que advertía a sus oponentes que siempre conseguía todo lo que se proponía.

Minutos después, Silvia dejó de estar relajada. Tuomas también.

Les llevó el resto de la mañana y dos intentos más llegar juntos al orgasmo. Pero no porque fuera complicado, que tal vez sí lo era, sino porque ellos lo convirtieron en un juego. En un desafío. En un duelo por ver quién hacía caer al otro. Y los dos eran muy buenos jugadores. De hecho, solo el agotamiento que ambos arrastraban impidió que se enredaran en un cuarto asalto. Al menos por el momento.

—¿Cuándo te mudarás? —preguntó Tuomas de repente, tumbando de costado frente a ella, sus dedos retozando en la suave curvatura de la tripita femenina mientras la observaba embelesado.

—¿Cuándo me mudaré a dónde? —preguntó Silvia a su vez, ahogando un bostezo. Había pasado la noche en vela, llorando, y la mañana entera follando. Como una salvaje. Como si no hubiera un mañana. Y claro, tanto trajín la había dejado exhausta, ergo estaba a punto de caer en los brazos de Morfeo. Y las caricias de él no hacían más que adormecerla más.

—Aquí.

—¿Aquí? ¿Mudarme? ¿A esta casa, que por cierto, es de mi jefe? —Se incorporó, alarmanamente despierta. O mejor dicho, despiertamente alarmada—. ¿Por qué iba a hacer eso? —gimió.

—No pretenderás que sea yo quien me mude a tu casa —replicó Tuomas, los ojos abiertos como platos—. Es demasiado pequeña, necesitamos más espacio, apenas si tienes sitio para ti, mucho menos para mí. Voy a quedarme a vivir aquí, en Alicante, indefinidamente —decidió en ese momento—, por lo tanto traeré todas mis cosas. Necesitaré un par de vestidos para mi ropa, no me gusta mezclar la de invierno con la de verano —comentó abrazándola—. Y otros dos para ti, te voy a comprar la ropa más bonita que hayas visto jamás —afirmó antes de fruncir el ceño—, pero no dejaré que te la pongas. Estarás siempre desnuda para mí. Eres demasiado hermosa como para ocultarte —aseveró soñador. Silvia enarcó una ceja, no había duda de que Tuomas desvariaba. Y mucho—. Además necesitaremos un garaje de tres plazas para el Quattroporte, el Grancabrio y el... —la miró con atención—. ¿Qué coche quieres?

Silvia parpadeó un par de veces y negó con la cabeza.

—No sé conducir.

—Oh, bueno, te enseñaré, será divertido —propuso él abrazándola mimoso—. Lo ideal sería irnos a vivir a la casa que Karol me está construyendo, pero me temo que todavía tardará un tiempo. Así que mientras tanto, te mudarás aquí, conmigo.

—No pienso mudarme a vivir aquí, a la habitación que te ha dejado tu amigo en su casa —replicó Silvia con una calma que no sentía.

—Oh, bueno, entonces tal vez alquile una *suite* en...

—De hecho, no voy a irme a vivir contigo a ningún lado —le interrumpió antes de que siguiera esbozando el cuento de la lechera. Una lechera con mucho dinero y bastante esnob, eso sí.

—Oh... ¿Por qué? —preguntó él, arqueando una ceja.

Le estaba prometiendo el cielo y ¿no lo quería? ¡Mujeres!

Sacudió la cabeza. No. Mujeres no. Silvia. Solo ella rechazaría su dinero, sus regalos y su casa, o mejor dicho, un hotel. Sonrió. Era más que perfecta. Era única. Y le quería a él. Y él daría la vida si fuera necesario con tal de conservarla a su lado.

—No voy a mudarme a ningún lado porque me gusta mi casa. Y porque necesito un tiempo para... reeducarte.

—¿Reeducarme? ¿Qué pretendes hacerme? —preguntó con burlona curiosidad.

—Quitarte toda esa pátina de esnob que te impide brillar —replicó ella—. Si me fuera a vivir contigo ahora mismo, no aguantaría ni media hora antes de estrellarte una sartén en la cabeza —explicó divertida, para luego abrir la boca en un enorme bostezo—. ¿No podemos hablarlo más tarde? —preguntó dándose media vuelta y abrazándose a la almohada.

De verdad de la buena que tenía muchísimo sueño.

—Ah, vaya —musitó Tuomas pegando su torso a la espalda de ella para luego colocar la mano bajo sus exquisitos pechos. Se estaba tan a gusto con ella entre los brazos. Inspiró profundamente para degustar su delicioso olor y, un instante después, sus dedos ascendieron unos centímetros, hasta tocar el dulce y prieto pezón. Jugó con el aro que lo decoraba—. Y yo que me consideraba perfecto.

—Y lo eres. Demasiado perfecto. Demasiado guapo, demasiado rico, demasiado elegante, demasiado esnob... Tengo que normalizarte un poco antes de que estés preparado para afrontar la vida en común —manifestó Silvia, arqueando la espalda.

—¿Y si me pongo un anillo en el pezón? —inquirió él de repente.

—¿Para normalizarte? —jadeó Silvia totalmente atónita. ¿De qué demonios estaban hablando ahora?

—¿Qué? —Tuomas la miró perplejo—. ¡No! Para que juegues con él cuando me mordisquees las tetillas —apuntó tirando del aro de ella—. ¿Crees que dolerá mucho ponerse un aro en la polla? —inquirió pensativo mientras deslizaba la mano libre hacia el vientre femenino... y más allá.

—Estoy segura de que duele mucho —afirmó Silvia, esbozando una sonrisa que se apresuró a ocultar para continuar con voz muy seria—: Muchísimo. Un verdadero tormento, al fin y al cabo es la zona más sensible de vuestro cuerpo...

Tuomas dio un respingo, como si algo —las joyas de la familia— le hubiera dolido de repente.

—Yo, sinceramente, prefiero adornarte con un *cockring* escrotal y algún juguete uretral, estoy segura de que lo disfrutarías mucho.

—¿Uretral? ¿Con jengibre? —musitó Tuomas con voz ronca, lamiéndose los labios. Su pene se alzó inhiesto contra el trasero de Silvia.

—Solo si te portas bien y me dejas dormir —le advirtió ella, acunándose contra los fuertes brazos de él. Ya que su jefe le había dado el día libre, bien podía usarlo para descansar un poco.

Tuomas abrió la boca para protestar, y volvió a cerrarla ipso facto al ver que ella emitía un suave bostezo. Su chica tenía sueño, de hecho, sus ojeras y el cansancio de su voz le indicaban que estaba agotada. Tanto como él. Por tanto, ignoró los deseos de su pene erecto, colocó la mano con forzada inocencia en la acogedora cintura de la mujer a la que abrazaba y frotando la nariz contra el suave pelo de ella, cerró los ojos.

Cuando los abrió horas después, Silvia continuaba entre sus brazos, plácidamente dormida. Hundió la cara en su alborotada melena negra y la apretó más contra él. Ella se removió perezosa, entreabriendo apenas los ojos a la vez que una soñadora sonrisa se dibujaba en sus labios. Se giró lentamente entre sus brazos, hasta quedar frente a él, y luego le frotó la nariz contra su torso lampiño, emitiendo un adormilado suspiro.

Y, en ese preciso momento, Tuomas comprendió por qué Karol había tenido esa mirada embelesada cuando un mes atrás le había preguntado si había dormido alguna vez con alguien a quien amara. ¿Cuáles habían sido sus palabras? «Verla despertar, desperezarse, abrir los ojos lentamente». Sí, había algo mágico en despertar junto a la persona a la que amabas.

Y, sí, por mucho miedo que le diera, no le cabía la menor duda de que estaba a punto de enamorarse total e irracionalmente de Silvia. Tal vez ya lo estuviera. Y, de ser ese el caso, que lo era, no pensaba confesárselo a ella. Habían hecho un nuevo trato. Silvia tenía que enseñarle a amar. Y él no pensaba perderse ni una sola lección.



# La sorprendente magia del amor

*Sábado 7 de agosto de 2010*

¿C UÁNTO puede cambiar un hombre por amor?, pensó Karol al atravesar la puerta de la Torre y entrar en el salón. Se apoyó sigiloso en la pared de piedra; nadie se había percatado de su inesperada llegada y quería que siguiera siendo así.

¿Cuánto valor hace falta para mostrarte como realmente eres ante tu amada y suplicarle que te acepte, que te ame?, pensó mirando a Eberhard y Sofía. El matrimonio estaba sentado en uno de los largos sofás. Discutían sobre algo que había hecho Eberhard. O mejor dicho, Sofía le echaba la bronca a su marido mientras este la acariciaba con dedos juguetones. Un instante después, la fiera mujer se rendía, convirtiéndose en moldeable arcilla en manos de su amante esposo. Las mentiras y el miedo de Eberhard habían estado a punto de acabar con ellos. Con su amor. Hasta que al final el alemán había encontrado el valor para sincerarse con su mujer. Y Sofía había premiado su valentía aceptándolo como era y amándolo aún más.

Karol sonrió agradecido. El amor que Sofía y Eberhard se profesaban había sido el que había abierto la primera grieta en la coraza con la que cubría su atormentado corazón. Giró la cabeza buscando a Zuper, Alba y Elke. Estaban sentados en otro de los largos sofás. Jugando a las cartas. Más o menos. Ciertamente Alba estaba jugando al póquer, pero Elke y Zuper, en cuanto la joven dómina se despistaba, intercambiaban sus cartas. Básicamente le estaban haciendo trampas. Se fijó en la sonrisa perspicaz de Alba. Ah, lo sabía. Por supuesto que sí. Y más tarde, en la Mazmorra, les castigaría por ello. Y eso era algo que Elke y Zuper también sabían. Y esperaban. Con impaciencia.

¿Cuánto valor hace falta para convertir la amistad en amor?, porque eso era exactamente lo que habían hecho Alba y Elke, transformar su maravillosa amistad en un irreductible amor en el que más tarde habían acogido a Zuper. Los tres se amaban con apasionada entrega y juguetón entusiasmo, ninguno de ellos era más que otro, ni amaba más que otro. Eran felices en su perfecta pareja de tres. Y le habían ayudado a ser feliz a él.

Las dos mujeres, Alba y Elke, le habían brindado su amistad, desgarrando aún más la coraza que Eber y Sofía se habían ocupado de agrietar. Con ellas había encontrado el valor de las risas, de los juegos, incluso de las cosquillas. El placer de una charla sentado en el sillón y, por qué no decirlo, también el horror de ser interrogado sin compasión hasta reventar la coraza y liberar el miedo. Zuper en cambio era más... ladino. Más perspicaz. Él no interrogaba, no le hacía falta. Él era capaz de averiguar su estado de ánimo solo con mirarle. El pelirrojo era su Pepito

Grillo particular. Era quien le había obligado a ver lo asustado que estaba y lo estúpido que era su miedo.

Sus ojos se dirigieron hacia el otro extremo del salón, allí, jugando con su travieso hurón estaba la mujer más maravillosa del mundo. La más especial. La más perfecta.

Entre todos le habían empujado hacia ella.

Laura. Su ladrona.

La indiscutible reina del templo y de su alma. La mujer que poco a poco había ido robando la coraza que cubría su aterrado corazón hasta dejarlo desnudo, vulnerable y palpitante para luego tomarlo entre sus manos y envolverlo en amor y cariño, amistad y juegos.

Se llevó una mano al pecho para calmar los agitados latidos que amenazaban con escucharse en todo el salón e inspiró despacio, llenándose los pulmones con los familiares olores de sus amigos y su amada. Oh, sí. La amaba. Más que a nada en el mundo. Por siempre. Cerró los ojos un momento, paladeando el sentimiento que brotaba de su alma y le inundaba el cuerpo y cuando los abrió, dirigió la mirada a los grandes ventanales que daban al jardín.

Toumas estaba allí. Como cada mañana. Observando embelesado a la mujer que cuidaba de las flores. A simple vista parecía que nada había cambiado para él. Pero no era así. Su mirada ya no era desesperada sino ilusionada. Sus manos no presionaban el cristal intentando traspasarlo, sino que lo acariciaban. Su cuerpo no destilaba amarga impotencia sino impaciente deseo. Porque Tuomas ya no agonizaba. Ya no observaba a Silvia con exasperada necesidad sino con contenida calma.

Y no tendría que esperar mucho, pensó Karol al escuchar la voz de Esmeralda indicándoles que la comida estaba casi hecha. Sus amigos se levantaron al unisonó para ir a la cocina y ayudarla a poner la mesa. De hecho, él también se levantó para dirigirse hacia allí, aunque dudaba de que le dejaran hacer nada. Por lo visto Esmeralda tenía la infundada idea de que él era un desastre en la cocina. ¡Y todo por ese estúpido incidente con la lavadora!

Se detuvo al ver por el rabillo del ojo que Tuomas se dirigía subrepticamente a uno de los cuartos de baño. Exactamente al que Silvia usaba para ducharse y cambiarse tras trabajar en el jardín.

—¿Qué te hace pensar que esta vez te va a dejar quedarte? —inquirió, acercándose a él con evidente diversión.

Tuomas dio un respingo, sobresaltado, y luego se giró despacio para encararse con su graciosísimo amigo.

—No es mi intención quedarme, sino robarle algunos besos —replicó muy digno, para luego mascullar enfadado—: Creo que es lo mínimo que me merezco por respetar sus estúpidas normas. ¿Cuánto crees que tardará en ablandarse y aceptar que vivir juntos, aquí o en un hotel, mientras construyen nuestra casa es lo más razonable?

—No creo que le moleste convivir contigo, siempre y cuando lo hagáis en su casa —contestó Karol mirándole perspicaz—. Pero eso no es lo que quieres, ¿verdad?

Tuomas gruñó sonoramente y Karol apenas pudo evitar echarse a reír al ver su mueca de frustración.

Tuomas no hacía más que intentar convencer a la testaruda muchacha de que se mudara a vivir al Templo. Y ella no solo se negaba, sino que para más tortura, solo aceptaba pasar las noches con él si dormían en su diminuta casa. Y su amigo, el esnob, arrogante y prepotente Tuomas, dormía cada noche abrazado a su chica en una estrecha cama de noventa centímetros, con sábanas de algodón en lugar de seda y con una almohada de espuma en vez de plumas. También la ayudaba a hacer la cena y a recoger la casa. Más o menos.

Silvia estaba decidida a normalizarle... y no había duda de que lo estaba consiguiendo.

—Nunca aceptará vivir aquí —repitió Karol al ver que Tuomas no decía nada—. Es más, creo que está cumpliendo muy bien su propósito de convertirte en un hombre normal, pronto aprenderás a cocinar y hasta te pondrás un delantal para no mancharte tus Armani Jeans —dijo, conteniendo apenas una carcajada al recordar la confidencia que Tuomas le había hecho el día anterior. Por lo visto había sido obligado a limpiar el cuarto de baño. ¡Él! Que en su vida había limpiado nada—. Estarás de lo más estiloso. Quién sabe, tal vez hasta crees una nueva moda: delantales a juego con la escobilla del baño o algo similar.

—No te rías —le advirtió Tuomas. Karol apretó los labios y negó con la cabeza—. No se te ocurra reírte —le amenazó de nuevo, luchado él mismo por no reír. Giró la cabeza a un lado y a otro y, al ver que estaban solos, siseó—: Al menos yo no escondo juguetes para bebés en el garaje...

—No vayas por ahí, Tuom —protestó Karol, cortando toda hilaridad.

—Ni busco desesperado la manera de entrar en uno de los santuarios de mi propia casa porque mi novia no me deja verlo hasta que le demuestre ser más listo que ella... cosa que no serás nunca —se burló con malicia—. Pobrecito, hace una semana que está construido y todavía no lo has catado.

—Tuomas, ten cuidado —le advirtió Karol acercándose a él con una peligrosa mirada.

—¿Por qué? ¿Vas a pegarme? Te recuerdo que soy más fuerte, más grande y más listo —se defendió burlón poniendo las manos en la cintura y pavoneándose sin piedad.

—No eres más listo. Pero sí tienes más cosquillas —afirmó Karol lanzándose contra él de repente. Le tiró al suelo e ipso facto comenzó a dedicarle una de las torturas favoritas de Alba y Elke.

Tuomas le miró sorprendido durante unos segundos y luego estalló en la carcajada más sincera y espontánea que había soltado en toda su vida.

—Recuérdame por qué nos hemos enamorado de estos... niños —escucharon sobre ellos la voz airada de Silvia.

—Oh, porque tienen unas pollas extraordinarias y saben utilizarlas —fue la descarada respuesta de Laura.

—¿Cuánto tardarán en terminar mi casa? —inquirió Tuomas.

Estaba sentado a la mesa mientras esperaba impaciente a que Silvia acabara de tomarse el café para irse a la pequeña casita de ella. Algo que, pese a todas sus protestas, estaba deseando. Era sábado, lo que significaba que al día siguiente no tendrían que madrugar para que Silvia llegara a su hora a trabajar. Iban a tener un día y medio para ellos solos. Y Silvia había dicho que le iba a pintar el cuerpo. No podía esperar a que llegara el momento. Ah, esos pinceles... convertían la pintura en un verdadero éxtasis.

—Siete u ocho meses más —contestó Karol.

—Estupendo. ¿No podías haber contratado a unos obreros que fueran un poco más rápidos que los caracoles? —espetó enfurruñado.

—¿Ahora sí te corre prisa tenerla? —replicó Karol, divertido.

—Prueba a vivir tú en una casita de cuarenta metros cuadrados y sin garaje. Ni siquiera tengo bidé en el baño —espetó Tuomas, ganándose un coscorrón de Silvia, quien a cambio recibió un dulce beso.

—Bueno, yo vivo en una de sesenta metros cuadrados que comparto con siete chicos más —resopló Zuper.

Tuomas lo miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Sesenta metros para ocho personas? —inquirió estremeciéndose. Zuper asintió indiferente—. ¿Por qué no te mudas a la Mazmorra de Alba? Seguro que es más amplia que tu casa.

—Sí, pero prefiero mi casa. Si viviera en la mazmorra le quitaría el misterio al asunto, lo convertiría en algo normal y típico y se volvería aburrido —argumentó Zuper, con toda la razón del mundo.

—Entiendo —murmuró Tuomas pensativo para luego fijar la mirada en Karol—. Estoy enamorado y tengo extraños gustos sexuales, de hecho, no hago ascos a ninguna perversión —dijo antes de dar un trago a su café. Karol enarcó una ceja, intrigado. Silvia por su parte enrojeció visiblemente—. Lo que me lleva a pensar que soy el candidato perfecto para uno de tus santuarios.

—No te falta razón —aceptó Karol, ignorando el gemido aterrado que escapó de Silvia. Y de Eberhard. Apoyó los codos en la mesa y juntó las yemas de los dedos a la altura de sus labios—. ¿Quieres uno?

—No —rechazó Tuomas, abrazando a una aliviada Silvia—. Por ahora. —El alivio de la joven se esfumó—. Entiendo que he empezado con mal pie con tus amigos —comentó señalando con indiferente altivez al resto de los allí reunidos—, y



por eso no voy a pedirte ningún santuario. Sería incómodo para ellos tenerme como vecino.

—Vaya, qué generoso —comentó Eber, burlón.

—Oh, no, en absoluto. La verdad es que me ha convencido Silvia —replicó Tuomas esbozando la más peligrosa de sus sonrisas—, es ella la generosa. Aunque lo cierto es que no le encuentra el gusto al tema de los santuarios. En cambio, a mí sí me hacía ilusión veros follar, en especial a ti —dijo mordaz, fijando la mirada en Eberhard—. El sexo con estatuas me intriga bastante. —El alemán bufó enfadado y Tuomas continuó hablando—. Y tampoco haría ascos a ver cómo te torturan tus chicas, pelirrojo —afirmó mirando a Zuper—. Incluso me ofrecería voluntario para darte algunos latigazos.

—Oh, Tuomas, no seas pesado y deja de meterte con Zuper y Eber —le reprendió Silvia antes de que alguien se enfadara y acabaran discutiendo, amigablemente, por supuesto, como solía pasar al menos un par de veces por semana—. Anda, vámonos a casa, tenemos muchas cosas que hacer —le instó levantándose de la silla.

Tuomas arqueó las cejas varias veces y la acompañó presuroso.

—¡Polaco! —le llamó Alba cuando estaba a punto de abandonar el salón. Tuomas se dio la vuelta, intrigado por el tono amistoso de su voz—. Eber y Sofía son demasiado tímidos para dejar que les mires, pero yo no. Tú y tu mujer estáis invitados a la Mazmorra cuando queráis. Podréis mirar, pero no tocar. Zuper y Elke son solo míos.

—Por supuesto —susurró Tuomas sobrecogido por el regalo que la rubia le había hecho. No era una tregua, era mucho más, le acababa de ofrecer su amistad—. Gracias por tan inesperada invitación, me siento honrado. —Y no había ni un solo asomo de burla en su voz.

—¿Inesperada, Tuom? En absoluto. Yo diría que merecida. Puede que comenzáramos con mal pie, pero también los cabrones arrogantes y egoístas que demuestran ser buenas personas pueden tener amigos. Y tú los tienes, mal que te pese.

—No me pesa, Alba, al contrario. Me llena de congoja —replicó Tuomas esbozando una temblorosa sonrisa.

—Hasta para dar las gracias eres pretencioso —susurró Silvia abrazándole—. Anda, vámonos antes de que te pongas a llorar —le instó. Y no estaba hablando en broma.

## Karol

*6 de agosto de 2010*

**E**NTRO presuroso en mi despacho y cierro con llave, aislándome del mundo, reclamando una soledad que aborrezco. No así ahora. En este momento la necesito, la deseo. No quiero estar acompañado.

Miro la carta certificada que el cartero me ha entregado hace apenas cinco minutos. La volteo entre mis dedos una y otra vez, intentando averiguar mediante el peso cuántos folios contiene. La oriento hacia la ventana, intentando intuir a través del sobre las letras que no sé si quiero leer. Gruño frustrado. No puedo. Es demasiado opaco.

La lanzo sobre la mesa, colérico. No quiero abrirla. No me apetece.

Mentira.

No me atrevo a abrirla. Me aterra lo que pueda contener.

Tamborileo con los dedos sobre la pulida madera mientras miro el siniestro sobre por el rabillo del ojo. Color crema. Papel de 120 gramos. Interior blanco y membrete grabado. Sé quién me la manda sin necesidad de leer el remitente. Llevo esperando esta amenaza desde hace dos semanas. Por fin ha llegado. Aunque lo cierto es que esperaba recibirla de otra manera, más bien en forma de dos matones, en un callejón oscuro, tal vez con puños de hierro en las manos. No cabe duda de que una buena paliza le hubiera dado más fuerza a los argumentos que de seguro contiene esta misiva.

Por lo visto Wlod ha cambiado de estrategia desde el último encontronazo que tuvimos.

Vuelvo a tomar el sobre entre los dedos, lo giro un par de veces y al final hundo el abrecartas en uno de sus bordes y lo rasgo. Contiene una gruesa hoja coronada con el membrete de Lojek-Sapk Inc. Pero no son los abogados los que la han escrito. Es la pulcra letra de mi padre la que salta a mis ojos. Cierro el derecho y comienzo a leerla, y según voy analizando cada línea, una sonrisa de admiración se va dibujando en mis labios.

Maldito cabrón.

Ha vuelto a salirse con la suya.

Laura tenía razón, nos va a dejar tranquilos porque ya tiene lo que quiere. O lo tendrá. En un futuro. Wlod me conoce demasiado bien. Sabe cuáles son mis sueños. Lo que he deseado toda mi vida. Una familia. Más exactamente, la familia que nunca tuve.

Releo la carta, analizando de nuevo sus palabras. Por lo visto mi padre y yo tenemos algo en común: a ambos nos gusta Laura. A mí como mujer. A Wlod como

contenedor genético. El muy cabrón la ha investigado y tras averiguar que tiene una inteligencia superior a la media y un carácter diabólicamente feroz e independiente, ha decidido que es más que adecuada para engendrar futuros y fuertes Sapkowski. Por tanto, ha decidido convertir a mi primogénito en su heredero legal. Todo será suyo a su muerte.

El único inconveniente es que yo no tengo ningún hijo. Pero me conoce bien, sabe que esa circunstancia cambiará pronto, quizá antes de lo que se imagina. Wlod hará su santa voluntad, como ha hecho siempre, porque no voy a dejar de formar una familia por él. Y tampoco puedo impedirle que deje sus acciones a mis futuros hijos.

Una sonrisa extraña, casi furiosa, se dibuja en mis labios mientras arrugo el papel entre los dedos. Wlod siempre ha sido mejor jugador que yo. Pero yo tengo algo de lo que él carece: una mujer que me quiere. Y, cuando llegue el momento, varios hijos a los que educaré para que no se parezcan en nada a su abuelo.

Estiro el papel y lo guardo en el sobre, más tarde se lo daré a Laura. Seguro que lo encuentra muy divertido. Es más, seguro que considera que ha ganado la partida. Y no le falta razón. Ha ganado. Ella siempre gana.

Miro el reloj de la pared. Aún es pronto, apenas las diez de la mañana. Y ya la estoy echando de menos. Me siento tentado de ir a su despacho para observarla trabajar. Pero a ella no le gusta, dice que la distraigo. Y tiene razón. Me encojo de hombros y saco los planos de la casa de Tuomas, hay que hacer algunas modificaciones. Ahora que está enamorado ha decidido construir un estudio en la primera planta para Silvia. Aunque eso no lo sabe ella. Va a ser una sorpresa. Es extraño ver a Tuomas tan ilusionado, parece otro hombre. En realidad lo es. Igual que yo.

Ambos somos hombres nuevos.

Extiendo los planos ante mí y busco el lugar propicio para ubicar el estudio. Y, en ese preciso momento, escuchó un ruido como nunca antes había oído. Una cacofonía de carcajadas estridentes, canciones infantiles, sirenas de policía y bomberos, bocinas y timbres telefónicos a cual más alto y estruendoso.

Me giró hasta quedar enfrentado a la ventana. Y allí está Laura. De pie contra la pared. Mirando furiosa los cientos de juguetes para bebés que se despliegan ante sus pies y que le es imposible sortear sin darles alguna patada para apartarlos. Y, claro, son juguetes infantiles, al más mínimo roce se ponen en marcha, como ya ha descubierto.

—Te pillé —afirmo esbozando una ladina sonrisa.

Ella se agacha, aferra un sonajero y me lo lanza a la cabeza.

Lo esquivo a duras penas.

—Te he pillado. Enséñame el santuario —exijo.

Ella me saca la lengua, furiosa, antes de lanzarme un cochecito de policía, un bebé de plástico que llama a su madre, varios bloques de construcción y un teléfono móvil rojo, azul y morado.

No puedo evitarlo. Estallo en carcajadas.

Ella se acerca presurosa a mí, se sienta a horcajadas en mi regazo y, tirándome del pelo con fuerza para que levante la cabeza, me besa con dureza no exenta de pasión.

Me excito al instante. El desafío, las risas y el santuario olvidados en mor de sus labios y su lengua. Respondo a sus envites y alzo las caderas cuando ella desliza la mano bajo la cinturilla de mi pantalón rojo y me aferra el pene. Gimo contra su boca cuando empieza a masturbarme. Intento meter la mano bajo su camiseta y acariciarla, pero ella salta de mi regazo. Dejándome perdido, solo, vacío.

—Diez minutos —me dice, abandonando la estancia.

—Diez minutos —repito.

Poso la mano sobre mi erguido pene, instándole a calmarse, y cuando lo consigo, salgo al pasillo. Me detengo un instante en la cocina para tomar un apresurado café y luego continúo mi camino. Entro en la torre y bajo casi con recelo la escalera que lleva al sótano. A los santuarios. La última puerta del largo pasillo está abierta. Es la que corresponde al nuestro. Al lugar que Laura llama El Edén. Me dirijo hacia allí, pero me detengo remiso frente a la entrada. No tengo ni idea de lo que hay detrás de ella. Empujo con suavidad y entro en una antesala con dos puertas, como todos los santuarios. Laura ha respetado eso, algo que ya imaginaba. Le gusta ser observada y a mí no me importa que nos miren follar. De hecho, me excita. Ignoro la puerta que da a la sala de observación y me dirijo a la del santuario. Empujo. Se abre con suavidad y me adentro en...

Parpadeo perplejo.

Laura ha convertido su santuario en un Edén. El suelo está cubierto por una fragante alfombra que imita un florido jardín. La estancia está dominada por un enorme *jacuzzi* que simula ser un estanque y cerca de este hay una cama, también inmensa, cubierta de pétalos de rosa. Hay sillones de extrañas formas, que desde luego son muy adecuadas para realizar las más complicadas acrobacias sexuales. Cuelgan extraños columpios del techo y yo no puedo evitar lamermelos labios al pensar en Laura allí, balanceándose contra mí.

Pero ¿dónde está mi ladrona?

Inspiró profundamente, pero no detecto su aroma. Solo el de cientos de flores. Frunzo el ceño. Aquí no hay flores. ¿Por qué huele como si las hubiera?

—Aceites esenciales —la escucho decir.

Me giro hacia el *jacuzzi*, y allí está ella, hundida hasta el cuello en el agua.

Entorno los ojos.

—Hueles los aceites esenciales de distintas plantas —explica de nuevo.

—¿Por qué no capto tu olor?

—Porque estoy dentro del agua.

—¿Por qué...?

—Porque no quiero que tu olfato despiste a tus otros sentidos de lo más importante —me responde antes de que pueda terminar la pregunta.

—¿Lo más importante?

—El tacto y el sabor de nuestro amor. Ven.

Y yo voy. Rendido a sus pies. A su amor. A su ingenio. A su audacia. A ella.

# Tuomas

15 septiembre de 2010

**M**IRO a mi chica. Está feliz. Salta de un lado a otro del salón y mueve las caderas eufórica mientras sacude el espantoso trofeo de plástico cutre que le han dado.

Por supuesto, hemos ganado el concurso de *body painting*. No había otra opción. Silvia tiene un talento innato para dibujar sobre mi cuerpo, y, además, mi abogado ha donado un buen montón de dinero a esa estúpida página para que tuvieran en cuenta su opinión, que por supuesto, es la mía. Aunque esto, obviamente, Silvia no lo va a saber nunca. Ni siquiera los administradores saben quién ha sido el generoso y anónimo donante, solo que han recibido una vergonzosa cantidad de dinero por votar a la mejor decoradora de cuerpos: Silvia.

Oh, estoy seguro de que si yo no hubiera intervenido habría sido igualmente la ganadora, pero nunca me ha gustado dejar nada en manos del azar, menos aún la felicidad de la mujer a la que le debo la vida.

Me apoyó en la jamba de la puerta mientras la veo danzar su baile de la victoria. Es preciosa. La mujer más hermosa que he visto nunca. Y es mía. De nadie más.

Siento el móvil vibrar en mi bolsillo. Salgo con disimulo del pequeño salón, entro en el diminuto cuarto de baño y echó la llave. Si es el mensaje que estoy esperando, no quiero que ella lo vea. Abro el correo y observo la foto que lleva insertada. Un hombre moreno con un hoyuelo en la barbilla me observa desde la pantalla, o me observaría si pudiera abrir sus hinchados ojos. Quizá también sonreiría, si no tuviera los labios partidos. La verdad es que Víctor no es tan guapo como Silvia lo describió. Quizá sea porque tiene la cara destrozada.

«Jódete, cabrón».

Sonríó jactancioso a la vez que le doy la conformidad a mi abogado para que pague a los matones que le han hecho una cara nueva al exnovio de Silvia. A mí no me hubiera importado hacérsela yo mismo, pero ¿para qué estropearme los nudillos si puedo pagar a alguien para que lo haga por mí?

Nunca dije que fuera a dejar de ser un cabrón arrogante y prepotente.

Solo dije que quería aprender a amar. Y vaya si he aprendido.

Borro el mensaje y abandono el cuarto de baño.

Silvia sigue en el salón, bailando entusiasmada.

Y yo la miro dichoso.

Soy más feliz en esta casa ridículamente pequeña de lo que he sido nunca.

Tan feliz que a veces me tengo que pellizcar para asegurarme de que no estoy soñando.

¿Quién hubiera imaginado que el amor fuera algo tan... maravilloso?

## Nota de la autora

**Y** llegó el final.

Crónicas del Templo es, de todas las series que estoy desarrollando, la primera que he acabado y siento una profunda melancolía al pensar que no voy a volver a escuchar los susurros de los habitantes del Templo. Pero qué se le va a hacer, es ley de vida, los hijos, aunque sean literarios y ficticios, crecen y abandonan el nido en busca de sus propias aventuras.

Siempre he creído que hay un lugar, un universo paralelo podría decirse, creado por la imaginación de los escritores y lectores en el que los personajes de los libros toman vida. Un lugar en el que continúan sus aventuras navegando entre los sueños de aquellos que han leído sus historias. Un lugar en el que protagonistas y secundarios de libros muy distintos se conocen y se hacen amigos, y hablan de los escritores locos que los crearon y de los lectores apasionados que los leyeron. Sé que Karol, Laura, Tuomas, Silvia, Eberhard, Sofía, Alba, Elke y Zuper estarán allí, quizá charlando sobre mis locuras y travesuras con Sirius y Deneb, o con Jared y Nur; tal vez con Iolar, Gard, Fiàin, Aisling y Kier... Quién sabe, tal vez se encuentren con D'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis o con Long John Silver.

¿Por qué no?

En el universo de la imaginación nada es imposible.

*Noelia A.*



# Notas

[1] *¡Basta, es suficiente!* <<

[2] Frase característica de La Cosa (personaje de *Los cuatro fantásticos*). <<

[3] Parlamento polaco. <<

[4] Vodka popular en Polonia. <<

[5] En ingles: anillos para el pene. <<

[6] Colección de Emporio Armani para Reebok. <<

CRÓNICAS  
DEL TEMPLO

Vol. 5

*La  
Magia  
del  
deseo*

*se*

Noelia  
Amarillo

Lectulandia



